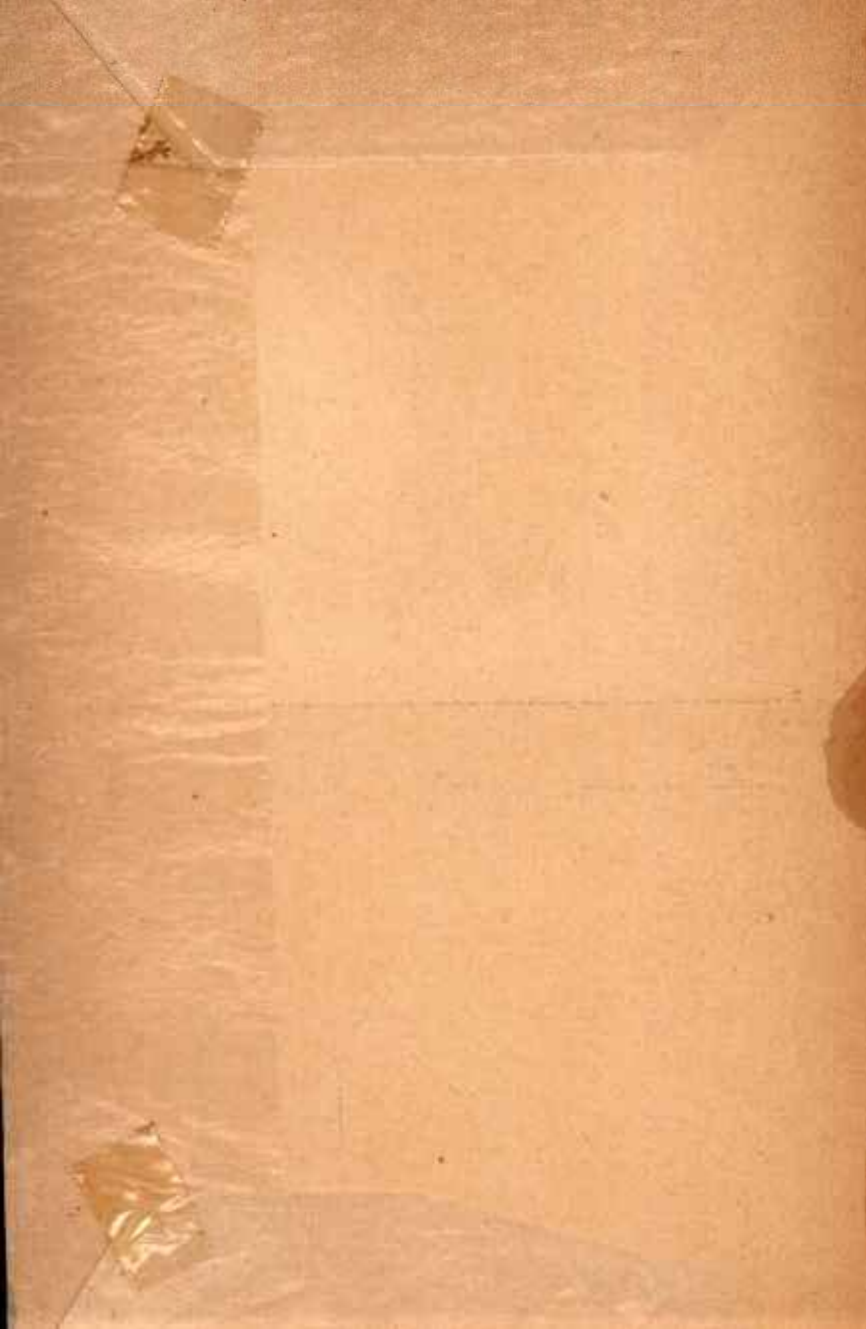




La Fiesta de la Sangre.

OBRAS DE ISAAC MUÑOZ

PUBLICADAS:

VIDA

VOLUPTUOSIDAD

MORENA Y TRÁGICA

LIBRO DE LAS VICTORIAS

EN PRENSA:

ALMA INFANZONA

CÉSAR

Biblioteca Hispano-Americana.



ISAAC MUÑOZ

1
AC
416

LA FIESTA DE LA SANGRE

NOVELA MOCREBINA

MADRID
LIBRERIA DE PUEYO
10, Mesonero Romanos, 10.

ES PROPIEDAD

Madrid. Imprenta de Antonio
Marzo. San Hermenegildo, 32
duplicado. Teléfono n.º 1.977.

DEDICATORIA

PARA EL ILUSTRE ESCRITOR
D. AUGUSTO VIVERO

Usted también, mi querido Augusto, fué amigo de aquel Hamelido que tuvo la esencia de un joven dios cruel.

Séanle gratas estas páginas que hablan del héroe, vividas en el maravilloso encanto africano.

Y que ellas le lleven un perfume caliente de sangre y una onda suave de jardines cerrados.

ISAAC MUÑOZ.



La Fiesta de la Sangre.

I

En el nombre de Dios elemente y misericordioso.

El buen Dios sonreía en los campos mauritanos, y la mañana era toda de gracia, de frescura ondeante, de perfumes de altas hierbas olorosas.

Hameido y yo, cabalgábamos sobre nuestros caballos anyerinos, de largas crines, ojos fulgurantes, y músculos más finos que el acero de Damasco.

A la zaga venían nuestras gentes, sesenta árabes de la montaña, enjutos, protervos, de ojos de águila y blancas dentaduras feroces.

Sonaban guerrera y orgullosamente nuestras armas en el claro silencio matinal.

—Dios lo ha querido.

Y el *fekí* centenario hundió sus ojos hasta sepultarlos en las laberínticas obscuridades de su alma.

Nosotros quedamos en un silencio cruzado por la evocación de los trágicos espectros sangrientos.

Después de unos instantes de grave pausa, preguntóme el *fekí*:

—¿Y tú quién eres?

—Yo soy El-Arbí, guerrero de la montaña y esclavo de Dios.

—Que su bendición sea sobre tu frente, y que El te haga invencible en la batalla.

El *fekí* cerró los ojos, y taciturno y recogido, comenzó á pasar las cuentas de su rosario de cedro.

Nuestras gentes, rígidas sobre la tierra, parecían dormidas por algún mago encantador.

Humeaban las largas pipas, llenando los aires de un aroma pesado y lujurioso.

Toda la tierra era sol, oro crepitante, calor de agonía.

El azur tenía como un sutil velo blanco que empalidecía y alejaba sus fulgores de felicidad.

Ni un rumor sobre la tierra.

La música de los espacios, y el monótono silabeo orante del *fekí*.

Nuestro caballos, con las narices dilatadas

y las pupilas ardientes de sangre, de fuego, de vitalidad, aspiraban el calor con largos estremecimientos sensuales.

Brillaban las pieles, y se dibujaban los músculos con sobrio relieve perfecto.

Después de esta tregua de reposo, Hameido se levantó ágil, y con su bello gesto dominador, gritó á nuestras gentes.

—En marcha.

En un instante cabalgamos de nuevo.

El viejo penitente tornó á mirarme con sus ojos de clara agua y de fe encendida.

—Que la salud sea contigo.

—Que Allah os guíe siempre por el buen camino.

Cubrimos nuestras cabezas con los blancos *sulham*, y clavamos los acicates en las carnes palpitantes de los caballos.

Blancas nubes de polvo nos envolvían, quemante y áridamente.

El sol era como un monstruo devorador y quimérico.

Y en torno nuestro todo era tierra amarilla, desolada, ardiente, maldita, como después de un estrago.

Crujían nuestras fauces abrasadas y ásperas. Lameaban nuestros ojos.

Y era ascua viva el acero de nuestras armas.

El caballo de Hameido galopaba frenético.

—Said... *sáje bi...* vuelas.,.

Los músculos de mi corcel predilecto, saltaban temblorosos en la fiebre de la carrera, se esculpían crispados, adquiriendo una potencia inaudita.

Era mi caballo de batalla, como aquel maravilloso y mago que condujo al Profeta desde Jerusalén hasta los cielos.

Nuestra tropa nos seguía al galope con una algarabía ululante y violenta.

Entre el polvo de oro de la luz, los rostros de color de tierra dura, y las pupilas como antorchas vivas, brillaban con profunda fascinación.

Ni un grito humano, ni un aletazo de vida herían el silencio cósmico.

Sólo la melodía eterna del sol, y el rumor fugitivo de nuestra marcha.

En nuestras almas se desarrollaba el sentido absoluto de lo infinito.

De tarde en tarde, algún árbol erguía su pompa frondosa y fresca.

Alguna serpiente fulgurante, tendía hacia nosotros su cabalística cabeza de llama, y se ocultaba en las entrañas de la tierra, dejando un rastro inquietante de superstición y de temblores de metal.

Bandadas de cuervos descendían á la tierra con graves aletazos funerales.

El cielo en los extremos confines, era de un blancor hiriente y humeante.

A una hora de andadura, nuestros caballos se detuvieron violentamente. Cuatro perros feroces devoraban un cadáver.

El muerto era un hombre joven.

Largas melenas oleosas ocultaban su faz enjuta y lívida.

Estaba desnudo, y su cuerpo de un color de bronce verde, aparecía desgarrado y casi consumido por las voracidades de los chacales y de las bestias del desierto.

Entre los sangrientos jirones de carne, surgían las vértebras calcinadas por el sol.

Detuviéronse los perros, y nos miraron inmóviles, con los hocicos ensangrentados y las pupilas ardientes de crueldad.

Nubes de moscas giraban rumorosas en torno del cadáver.

Ibamos á sepultarlo, con sus pies hacia la Meca, cuando á unos pasos vimos un birrete negro.

—Era un hebreo—dijo Hameido con orgulloso desprecio.

Clavamos nuestra espuelas en los ijares de los caballos, y de nuevo galopamos por aquella tierra, vasta como la eternidad.

Lejos, aún escuchamos el rumor de los perros devorando al hijo de Israel.

Ni un matiz de verdura refrescaba aquella

costra osificada, ni un aroma de fronda alegraba aquella áspera soledad pétrea.

El silencio se desarrollaba en un canto sin fin.

Los cascos de los caballos, sonaban sobre la tierra con una música salvaje y guerrera.

Refrenando el galopar de su caballo, Hameido se acercó á mí.

—¿Crees tú que El-Tussaní nos esperará esta noche en Beni-Nuar?

—Creo que sí, Hameido. Este estado de cosas es imposible, y á él le interesa más que á nosotros saber definitivamente á qué atenerse.

—Yo creo que se decidirá por el Sultán.

—Es posible, pero se arrepentirá después.

—Será demasiado tarde cuando se arrepienta Hameido quedó silencioso.

En sus labios cerrados había un oscuro enigma, y en sus largos ojos meditativos una sombra inquieta.

—Hameido, si El-Tussaní se declara al fin por el Sultán, ¿le harás la guerra?

—Inmediatamente, y arrasaré sus tierras, y quemaré sus casas, y mataré á sus hijos, á sus mujeres, á sus gentes y á sus ganados.

Hameido hablaba con un bello gesto implacable de dios bárbaro y vengativo.

Se acercaba la hora del medio día, y aún no blanqueaban á lo lejos las casas de Beni-Nuar.

Galopábamos con resonante algazara.

Relucían nuestras armas, y en la carrera flotaban al aire nuestros alquiceles como banderas ondeantes.

Ardían los músculos de mi caballo, y su piel brillaba como seda de Bagdad.

Toda mi alma estaba en mis pupilas, llenas de sol y de infinito.

Aspiraba voluptuosamente el olor de la tierra, de las carnes encendidas de mi corcel de batalla; me embriagaba de luz, y mis sienes latían como si estuvieran á punto de saltar dos rugientes cataratas de sangre.

Mi carne, como la de los tigres, se vigorizaba en el asalto, en la fiebre de la carrera, en los ímpetus leoninos, en la embriaguez divina de la guerra y de la muerte.

Detrás de una colina maravillosa y morena como un pecho de doncella, albeó al fin la ciudad.

Sobre el azur, decolorado y metálico, brillaba verde y ágil el alminar de la mezquita.

En la fatiga del camino, del polvo, del sol, la ciudad era como un ensueño, como uno de esos cuentos fabulosos que narran los viejos peregrinos de la Arabia.

Se desprendía de ella un fresco encanto íntimo de huertas rebosantes y umbrosas, de claras fuentes salmódicas de aguas corrientes, de rumorosos patios en sombra.

Antes de llegar á la ciudad, descabalgamos.
Era la oración del medio día.

Hicimos nuestras abluciones con tierra del desierto, y con exaltación férvida, primitiva, adoramos en la plena hora gloriosa al Dios del Islam.

El sol en lo alto, era como la pupila de Allah.

Las ondas, al pasar, tenían profundas sonoridades, y de la tierra ascendía un perfume de vitalidad embriagadora.

Tornamos á cabalgar.

Unas mujeres morenas, con largos aretes de oro y con los rojos cántaros en la cabeza, iban á la cisterna.

Caminaban con ágil ritmo y con gracia noble.

Mancebos anyerinos de perfiles de águila y turbantes pardos, volvían á la montaña con suelto andar y orgullosa traza.

Había en el aire fragancia de jardines y aromas de pan caliente.

Entre los árboles se oía latir el agua.

Sonaba persistente el ritmo de un talar.

Desgarraba el aire la angustia de una lenta canción de tristeza.

Algún viejo aguileño, augusto como un califa, acurrucado en el suelo, calentaba al sol sus huesos centenarios.

Con guerrero son marcial, entramos en la ciudad.

La estrecha calle se pobló del rumor violento de nuestra tropa, de la música salvaje de los cascos de los caballos.

Al llegar ante la casa de Hameido nos detuvimos.

—¿Vendrás esta tarde? No faltes, por Allah.

—No faltaré, Hameido. Quédate con salud.

—Ve tú con ella, y con la bendición de Allah.

Hameido y sus gentes penetraron en el amplio zaguán de la casa señorial, y yo me alejé con los míos, por las calles laberínticas como pesadillas.

Nuestras tiendas estaban enclavadas á breve distancia de la ciudad; la mía, más alta que las demás, listada de blanco y rojo, erguía su fulgente esfera de cobre, anunciando mi condición de *jaliifa*.

En los umbrales de mi tienda, Mujammed, mi esclavo negro, atalayaba inquieto el camino.

Al verme, corrió impaciente á besar mi mano, y á descalzarme los acicates de oro.

—Sidi, tu esclavo, te ama más que á su vida, y ha pedido á Allah que la felicidad guiara tus pasos.

Bajé del caballo y descansé en la paz de mi tienda, sobre los bordados cojines de Fez.

--Mujammed, prepárame el té.

Aposentáronse mis guerreros en sus tiendas, y un silencio absoluto cubrió nuestro campamento.

De los huertos cercanos venía un aroma de nardos y una melodía de pájaros.

Sobre las cúpulas de la ciudad pasaban las palomas blancas, y el estremecimiento de sus alas era suave y dulce, como el rumor de las ánforas que rebosan en la fuente ornada de laureles.

De la tienda contigua á la mía, volaba una alegría de risas de mujer.

Mi esclavo trajo el oloroso té con ámbar en un cincelado vaso de plata, y desapareció con una sonrisa fosforescente de labios muy rojos y dientes marfileños.

Las risas femeninas eran gratas como el primer rumor de la lluvia sobre la verde fronda abundante.

Salí de la tienda y penetré en el harén.

Sulima, la vieja esclava nubia, guardaba los umbrales.

La tienda harén, estaba perfumada de áloe, de nardo y de carne de mujer.

Kamar, mi amada de la carne de oro y de la estrella azul en la frente, me esperaba envuelta entre las nubes ópalo del cigarrillo de Samos.

Levantóse con un acariciador susurro de sedas, y besó mis manos y mi rostro, temblorosa y ardiente.

Kamar era bella como Fátima, la hija del Profeta, hermosa entre diez mil.

Kamar era de la sangre de aquellos Audalas de Mequinez, que fueron reyes en la corte nazarita, en los días de púrpura de nuestra raza.

Ella peinaba sus cabellos de tempestad con peines de oro, y vestía las más ricas telas de Damasco y de Fez.

Ella era morena, y sus miembros más finos y elegantes que columnas.

Era la amada de mi corazón, la que iluminaba mi alma en el fragor de las batallas, la que se me aparecía en las noches solitarias del desierto, toda trémula y blanca, bajo el fulgor de la luna.

Casé con ella en la pasada primavera, cuando de los jardines cercanos venían los perfumes tan densos como aceites aromáticos sobre anchas cabelleras profundas.

La noche de nuestras bodas, fué una noche divina, en que el alma estaba abierta á todos los sueños.

Sonaba lejos la fiesta de las dulzainas y de los atambores.

Gritaban las mujeres en las azoteas, y la noche tenía una melodía sagrada.

Mi alma estaba curvada por la violencia de mis deseos..

Ella entró en mi cámara, y se sentó tímida y silenciosa, sobre un alto cojín morado.

La lámpara de oro á sus pies, recorría con una

danza de reflejos los bordados de las babuchas, las piedras del cinto, las sedas de la túnica.

Yo desaté temblando sus vestiduras, y como un don del cielo se me ofreció el tesoro de su cuerpo virgen y desnudo.

Y con los últimos resplandores de la lámpara, la amada me dió la gracia de su sangre, mezclada con el olor de su carne y de sus cabellos.

—Sidi, amado mío, Kamar, tu esclava, te ha esperado con el alma en los oídos y en los ojos atentos.

Su boca me enviaba su aroma más fragante que jardín lleno, y sus ojos lucían como las estrellas de los caminantes.

—Descansa sobre mis pechos, perfumados de suaves esencias, y cierra tus ojos sobre mi corazón.

Kamar desinayaba entre mis brazos.

El aire era tibio como el perfume de una cabellera joven.

Entre mis dedos crujía pesado el tisú centelleante de su *kaftán*.

—Amame, esposa, carne mía...

Toda ella estaba cargada de un sabor voluptuoso de juventud morena y de corrupción.

—Ven, esposo, te amaré como la lámpara á la luz.

Fosforecían los dientes en la languidez ine-

fable de su boca entreabierta, y suaves óleos velaban sus ojos de quimera.

En la penumbra de la cámara, había un misterio indefinidamente gozoso.

Lejos, sonaban las aguas con sonar de laúdes.

Mientras fuera, en los campos, el sol devoraba á la tierra ansiosa, Kamar entre mis brazos gritaba como una fiera, y sus aullidos resonaban con lujuria bestial.

Cuando en las noches estrelladas, Kamar me amaba, venían los chacales hasta nuestra tienda, y se detenían inmóviles, los hocicos en alto y las pupilas fulgurantes.

La preciosa madera de áloe se quemaba en la cámara, envolviéndonos en un aroma de fascinación.

Por toda la estancia estaba difundido un olor de nardos, de lujuria y de sedas.

Junto á la tienda, un árbol rebosante se inclinaba como una diosa india agobiada bajo la pompa de sus joyas.

Y dijo el Profeta:

«El matrimonio es uno de los actos que yo he practicado; el que no sigue mi ejemplo, no es de los míos.»—*Libro de la Luz, vers. 32.*

Kamar era dulce como el fruto de oro de la palmera, y junto á ella todo era encantada paz.

A su lado, el amor llenaba mis venas, aquel

amor que empurpuró la vida del rey de los reyes, Salomón.

La intensidad furente de mi vida, me extenuaba.

Ella resplandecía toda como un cielo á la mañana, y su frente de curva leve, estaba blanca de pensamientos suaves.

Yo la agitaba como una larga llama, y su carne, aquella carne llena de voluptuosidades como obscuras cavernas, me embriagaba hasta más allá de la vida.

Las ondas cálidas, salobres, húmedas, pasaban por la cara como lenguas voraces.

Mi boca estaba áspera como la de un sediento, mil círculos de fuego cerraban mis pupilas áridas, temblaban mis párpados mortificados y como arenosos, mi espíritu ondulaba como perdido en fabulosos parajes de fuego, un ansia hecha de crueldad y de angustia, laceraba mi alma ávida, mi piel era como la de un felino, seca de lujuria y crepitante de fulgor.

Me incliné sobre aquella criatura bella, hecha de fiebres y de sueños, y salvajemente amé hasta la muerte su carne profunda, salada como la cima de una ola.

Después quedó en mi frente como un deslumbramiento, y en mis manos la viva curva cálida de sus pechos.

Y mi alma, llena de las más altas ansias, se

tendió como un navío de ágil proa rebosante de hierros y de oros.

Aquella tarde, entré en la ciudad llena de sol.

Las altas hierbas tenían un aroma caliente que embriagaba.

En el aire se desarrollaba la música triunfal de las líneas sobre el cielo propicio.

Las aguas tenían ese verde feliz y claro de las hojas de los sauces.

Había como un anxia horrible en la inmovilidad mortal de la tierra cargada de sol.

El viento tenía al pasar por los jardines prolongaciones musicales.

Como un veneno, excitaba violentamente el olor febril del agua.

Primeramente penetré en la *djamma-el-kebir*.

El *mudsin* había llamado desde el alminar á la *salat-el-assar*.

Esta mezquita fué construída en los gloriosos tiempos de *Abu-Jammin-Boad*, soberano que fué del Egipto ó tierra de Mizraim. Este rey cedió en 972 el trono del Mogreb al altísimo *Yusuf-ben-Zeiri*, con cuyo acontecimiento terminó la dinastía de los fatimitas, y comenzó la de los zeiritas.

La puerta de esta mezquita, toda esmaltada de metálicos azulejos verdes, era del suntuoso gusto aristocrático y puro de los árabes *allan-dallús*.

Al llegar á las puerta del templo, abandoné mis babuchas amarillas.

El patio de la mezquita, poblado de palomas y de naranjos, estaba rodeado de un ágil y blanco claustro de mármol.

Había un aroma primaveral y amargo, y una paz clara y feliz.

Una suprema gracia estaba maravillosamente difundida por los aires.

El silencio era sonoro como la caja de un laúd.

Borboteaban las aguas sobre la taza de la fuente orlada de inscripciones cúficas.

Y el cielo aparecía espléndido y grave como para recoger un divino misterio de vida.

Y dijo el Profeta:

«Cuando os dispongáis á hacer la oración, lavaos la cara y las manos hasta el codo, la cabeza y los pies hasta los tobillos.»—*Surat. La Mesa. vers. 8.*

Hice mis *judda* con la fresca agua de la fuente de mármol, y limpio y puro penetré en el santuario.

Y dijo el Profeta:

«Cuando oréis, volved la cara hacia el oratorio sagrado. En cualquier paraje que os halléis, volved la cara hacia aquel punto.»—*Surat. La Vaca. vers. 145.*



En la puerta, el *kajim* sentado en el suelo, pasaba grave y meditativo las cuentas de su rosario.

Altas y esbeltísimas columnas de mármol blanco, sostenían la bóvedas y la cúpula.

Una larga inscripción de caracteres de oro sobre esmalte azul, circundaba la mezquita.

Dos claraboyas abiertas en la cúpula, dejaban pasar una luz de inexistencia y de magia á través de los cristales de colores.

Colgadas del techo, dos amplias lucernas de bronce, sostenían diez cirios encendidos, é innumerables farolillos de aceite, verdes, negros, rojos, amarillos, iluminaban el templo con inquietas luces parpadeantes.

Había en el aire un palor dulce y recogido.

Yo sentía cómo mi espíritu era el aire mismo, misterioso, sonoro y dulce.

Ráfagas de azul fluctuaban en la nave.

En derredor de la mezquita había varias tribunas de madera esculpida.

Las losas de mármol estaban cubiertas por esterillas de paja, y en el centro del templo había un magnífico tapiz de Rabat que era la más ardiente sinfonía de colores.

En la pared meridional, aparecía el *mihrab*, donde se coloca el *imán* que oficia en las cinco oraciones del día, á excepción de las de los viernes, que están reservadas al *kjatib*.

Bajo la cúpula, el *mimbar*, desde donde hablan los *jekes*, estaba cubierto por un amplio paño de terciopelo negro, bordado de oro.

Por entre las columnas, pasaba de cuando en cuando la austera sombra pensativa del *mufti*.

Todos los fieles mirábamos hacia la *Kaaba*, hacia la sagrada piedra negra.

El imán, ante un atril, pasaba las hojas de oro del *Kitab-el-lah*.

—«*Al-lah ju-acbar, asche-jadu-la-ilah in Al-lah ua aschejadu-anna-Mujammed rasul Al-lah.*

--*Bismillah-el rajman-el rajim*—murmurábamos con voces profundas.

Chisporroteaban los cirios con un rumor de palabras misteriosas.

Las llamas, sobre los negros tapices de terciopelo, tenían funerales fulgores de oro.

Las yilabas grises, pardas, azules, los blancos *sulham*, oscilaban rítmicos en la monotonía salmódica de la oración.

Las canturias lentas, sacerdotales, de una tristeza fatal, por la que ha pasado la voz de Dios, se elevaban graves bajo la bóveda, y se apagaban en el silencio obscuro de los terciopelos.

Fuera, sobre algún naranjo, un ruiseñor silbaba su melancolía.

—¡Alabanza á Dios, Señor del Universo!

—¡*Al-lah ju acbar!*

—¡El Clemente, el Misericordioso!

- ¡*Al-lah ju acbar!*
- ¡Soberano en el día de la retribución!
- ¡*Al-lah ju acbar!*
- ¡A ti adoramos y de ti lo imploramos todo.
- ¡*Allah ju acbar!*
- Dirígenos por el camino recto.
- ¡*Al-lah ju acbar!*

Un rayo de sol al pasar por un cristal rojo, vestía de sangre la figura de un árabe extático.

Dos *aissauas*, de caras de alucinación, se estremecían convulsos, llenos del aliento de Dios.

Sonaba el agua, fresca y musical, en la taza de las abluciones.

Salí de la mezquita por la puertecilla secreta.

Apoyado en la pared, sobre una alfombrilla roja, el *caid* y los *aduls*, administraban justicia.

El *caid* Glaní, levantóse al verme, y me abrazó efusivo.

- ¿Cuándo llegaste?
- A la oración del *dojor*.
- ¿Has visto ya á El-Tussaní?
- No.
- En casa de Hameido está.
- Allá voy. Adiós.
- Ve con salud.

Sobre la tierra se extendía un silencio de oro.

En el aire ligero, una juventud nueva desbordaba en mi existencia.

Pasaba algún montañés adolescente arreado su burro cargado de frutas.

Vibraba la campanilla de un *guerrab*, inclinado bajo el peso de su odre rebosante de agua.

Todo el silencio palpitaba en mis venas.

Detrás de alguna celosía, relucían largos y fascinantes unos negros ojos de mujer.

Había en mi pensamiento una embriaguez cálida, que daba á las imágenes suaves y potentes contornos carnales.

En el crepúsculo dorado, todas las cosas resplandecían con una flava luz interior.

De los huertos venían dulces perfumes profundos de frutas maduras.

En mi existencia, ágil como la de un galgo, dormitaban, prontos á erguirse, los antiguos y soberbios instintos de la matanza y de la muerte.

El aire tenía una dulzura desgarradora.

Llegué ante la casa de Hameido, suntuosa como el palacio del Sultán.

Un esclavo con aretes de plata, me aguardaba en los umbrales.

—Pasa, Sidi: Hameido te espera.

Hameido y El-Tussani, tomaban el té, en la estancia de mármol, de azul y de oro, que se abría sobre el jardín de las fuentes, de los cipreses y de los mirtos.

Saludé á El-Tussaní, llevando su mano so-

bre mi corazón, y me senté junto á ellos en los cojines de Egipto.

El-Tussaní, era un noble descendiente de la tribu de *Koraisch*, de aquellos guerreros *Dchujad* que siguieron al Profeta.

Había sido *bachá* de Fez en tiempo del difunto sultán Muley Hassán, pero á la muerte del Emperador, se enemistó con la corte de Muley Ab-del-Azis, y se refugió con sus gentes y sus riquezas en la casa de El-Garb.

Pero El-Mahdi, ministro del Sultán, joven y suave como una mujer de harén, le llamaba de nuevo á la corte de Marrakesk, y el-Tussaní, infiel al convenio de independencia hecho con Hameido y conmigo, pensaba en tornar de nuevo á la ciudad imperial, y en gozar otra vez los altos favores palatinos.

El-Tussaní era un viejo de la más soberbia raza semita.

Su faz recordaba la de los primeros árabes que dominaron la tierra con sus alaridos triunfales.

Brillaban los ojos de pantera, singular y tenazmente, en el largo rostro inmóvil.

La boca, de labios finos, sinuosos, estaba llena de orgullo, de desprecio, de altivo aislamiento.

Una escasa y ensortijada barba blanca, daba una expresión de austeridad viril á su rostro imperativo y agudo.

Y había algo de tortuoso, de equívoco, de ambiguo en su aire señorial y cerrado.

Tenía esa elegancia suprema, sutil como un perfume, de los príncipes árabes *dados á la caza*, al ensueño, á la guerra y al harén.

El-Tussani era padre de cuatro mancebos gentiles, maravillosamente diestros en correr la pólvora, en alancear jabalíes y en azuzar galgos de pelo de fuego.

Hameido hablaba con su voz lenta, suave, apagada en sus últimos acentos.

Una sonrisa suma iluminaba su rostro, que era como el de un adolescente, y como el de una mujer ávida.

Había en él no se qué bestialidad alegre, fuerte, delicada y cruel.

Hablaba, y ondulaban sus manos, aquellas manos perfectas, aptas para todas las matanzas y para acariciar todas las formas vivas.

—Es imposible que tú no hayas meditado largamente todo lo que debes hacer. Tu espíritu es claro, y sin duda tienes ya tomada tu resolución. Dínosla.

—Cree, Hameido, que aún no sé lo que haré. Es cierto que he pensado mucho, pero estoy indeciso.

—¿Te decidirás por el Sultán?

El-Tussani quedó un momento meditativo.

Hameido mirábale levemente con aquella

mirada oblicua, profunda y larga, hecha para todas las seducciones.

El rostro de El-Tussaní estaba sellado y rígido como una máscara.

—No sé... Si me decido por el Sultán, no es por mí, podéis creerme, sino por mis hijos, por asegurarles, si Dios quiere, su porvenir.

El silencio se extendió por la estancia en penumbra.

El cielo aparecía de morado y de plata como las bizarras vestiduras de los antiguos Abencerajes.

En la pausa hablaba la voz de las cosas.

—¿Y te irás pronto á Marrakesk?

Ante aquella pregunta decisiva, se retrajo El-Tusani, recogido y enigmático.

—Ya os contestaré.

Levantóse con ágil gracia, y mientras estrechaba nuestras manos, nos dijo:

—Sabed que seré siempre vuestro amigo, y que no os olvidaré jamás.

Hameido sonreía con aquella sonrisa suya, suave, cándida, de inagotable y fresca adolescencia.

—Sólo Dios sabe lo que á cada uno conviene, y El dirige nuestros actos. Nosotros también seremos siempre tus amigos, y para probártelo, invito á tus hijos á comer mañana en mi casa, después de la hora del *mogreb*.

—Aceptado, y que Dios os pague. Toda la paz con vosotros.

El-Tussaní montó á caballo, y seguido de dos de sus esclavos, partió hacia El-Garb, con orgullosa gentileza.

Cuando quedamos solos, Hameido se acercó á mí, y sonriendo con su sonrisa divinamente ligera y fresca, me dijo en voz muy baja:

—El-Tussaní no irá á Marrakesk.

—¿Por qué?

—Y si va será para clamar venganza.

—¿Qué harás?

—Es una sorpresa que te preparo.

Venía la noche.

Una sombra vestida de fulgor, avanzaba con la apariencia de un oscuro león de oro.

Las ondas nocturnas, al pasar por mi piel, me estremecían como besos.

En la noche, todo el jardín daba su olor.

Salí de casa de Hameido, cuando la última voz del *mudsiñ* se perdía resonante como sobre ondas de metal.

Comenzaban á encenderse luces en las ventanas de las casas.

Y las sombras se extendían por la calles, impetuosas como un tropel de negros corceles del diablo.

De la ciudad ascendía un olor de fieras, de mujeres calientes, de pieles abrasadas por el sol.

El aroma de las flores, era profundo como sabor de dátiles.

Toda mi vida palpitaba como una cuerda musical.

Batiendo sus anchas alas, una bandada de cuervos, devoraba las cabezas negruzcas, colgadas en la puerta de la ciudad.

Algún judío rezagado, corría tembloroso entre las sombras, á encerrarse en el *mellah*.

Se oía el silencio, y era un vasto rumor distante como el zumbir de las conchas marinas.

En la noche, las palmeras semejabán torsos de mujeres desnudas con las amplias cabelle-
ras sueltas.

Salí al campo.

La sombra era como la eternidad, viva y palpitante.

Yo me internaba hasta las raíces de mi ser, y encontraba siempre una fuerza escondida como el agua en las entrañas de la tierra.

Sentía una avidez insaciable y hubiera querido atraer á mi alma toda la vida, para no morir jamás.

La abundancia colmaba mi espíritu, y en el silencio se generaban músicas impetuosas, imprevistas fecundaciones.

Cuando levanté la cortina de la tienda-harén, palpitaba mi mano como si en ella latiera un corazón vivo.

Kamar surgió de la sombra, como de entre los brazos de un monstruo.

Las sombras ocultas en las cavidades de sus ojos, extendidas sobre su faz *rígida*, le daban la apariencia de una máscara trágica.

En su rostro estaba todo el encanto muriente, todo el divino desfallecimiento de la noche primaveral.

Su estancia estaba llena de flores, y yo sentía una ligera fiebre ante las rosas demasiado profundas.

Me tendió los brazos desde las tinieblas, igual que una tempestad.

Su mirada era semejante á las últimas llamas de combate.

Y yo la veía multiplicarse como todas las ondas del agua, como todas las lenguas del fuego.

De mi corazón parecían nacer ríos de una sangre ligera, preciosa y ardiente.

Entre mis brazos, toda ella se desvanecía como si fuera á convertirse en sombra.

El deseo hacía presa en mi garganta, como la garra de un tigre.

Encendí la lámpara, y avancé hacia la puerta.

El campamento estaba en profunda paz.

Las montañas lejanas, semejaban en la noche las alas de la tierra.

En la sombra húmeda, los árboles exhalaban su profunda espiritualidad nocturnal.

En ráfagas venía el olor de la ciudad, un olor de podredumbre, de ámbar, de flores demasiado penetrantes, de aguas muertas en estanques llenos de hojas de rosa, de bestias calcinadas, de cálidas carnes de mujer, de largos cabellos flúidos.

Como sobre un estandarte, brillaba en el cielo la media luna del Profeta.

Cerré la puerta de la tienda.

La tenue llama oscilaba en la lámpara de oro.

La amada estaba, llena de profundos significados.

Llevaba la cabeza descubierta, con la amplia cabellera recogida en la nuca como un yugo.

La curva de la boca fué elocuente como una música, y su mirada tuvo el ímpetu de una iluminación.

Juntamos nuestros corazones.

Fuera, el viento nocturnal pasaba por los campos, doblándolo todo como las antorchas del Destino.

Aullaban los chacales como niños martirizados.

Un ruiñeñor dijo á la luna su tristeza.

Bendito sea el nombre de Dios, elemento y misericordioso.



II

**En el nombre de Dios clemente y misericordioso.
La bendición de Dios sobre su Profeta.**

El cielo lleno de nubes era de una magnificencia oscura y guerrera.

El silencio estaba atento, como esperando un sonar glorioso de trompas imperiales.

Las flores salvajes tenían un soberbio color de sangre.

Ocultas fuerzas luchaban bárbaramente en mi alma, como los fuegos en una montaña.

Cien guerreros de mi tribu me seguían, aprestados para la cercana y probable batalla.

Las aguas de las fuentes, loaban eternamente la divina aristocracia melancólica de nuestra raza.

Sobre el costado palpitante del caballo, descansaba mi espada, aquella espada de mis antepasados, soberbia y aguda como una voluntad.

Mi caballo *Said*, avanzaba por los campos con noble paso arrogante.

En la evocadora gracia matinal, yo recordaba los versos enamorados y suaves del poeta Amru.

«En la dulce mañana, antes de que los pájaros salgan, monto sobre un alto y ágil caballo de pelo corto y reluciente, que adelanta en la carrera á los más ligeros animales. Lleno de fuerza y de vigor, se vuelve, huye, torna, adelanta y retrocede en un instante con la rapidez de la piedra que el torrente desprende y precipita desde lo alto de una roca. Su pelo rojo y brillante, se enciende con el sudor que corre sobre su lomo, como gotas de agua que caen sobre un pulido mármol. Sus ijares son bien proporcionados. En su noble impaciencia y en el ardor que le anima, su voz entrecortada imita el rumor que produce el agua al hervir en un jarro de cobre; y mientras que los caballos más generosos, una vez cansados, imprimen profundamente en el polvo sus huellas, éste precipita más y más su delirante carrera.»

.....

«Sus caderas son de gacela y sus piernas de avestruz; trota como el lobo y galopa como el zorro... Cuando está erguido cerca de mi tienda, sus relucientes lomos asemejan al mármol sobre el cual se trituran perfumes para una novia el día de sus bodas.»

Sobre las piedras austeras, las hierbas tenían una suave ternura.

A paso de andadura entramos en la ciudad.

En una asa de comidas, algunos árabes del

desierto, comían dátiles y cuzcuz, y bebían agua en las ánforas de barro pintadas de rojo y negro.

Detrás del mostrador de su tienda, un moro grave y pesado, de kaftán rojo y de yilaba azul, vendía las babuchas amarillas, las bordadas carteras, las *bedeias* de oro, las bujías y el té.

Un santo ciego, desnudo el cuerpo de color de cobre, extendía su mano pidiendo la limosna.

Y dijo el Profeta:

«Todo lo que habéis dado á los pobres, no por un motivo humano, sino por la otra vida, con el deseo de contemplar la obra de Dios, os será pagado.»—*Surat. La Vaca, vers. 274.*

«Los que hagan la limosna *essadaka* de día ó de noche, en público ó en secreto, recibirán por ella la recompensa de Dios; el temor no descenderá sobre ellos y no serán afligidos.»—*Surat. La Vaca, vers. 275.*

«Socorred á los padres, á los parientes, á los huérfanos, á los pobres y á los viajeros. Todo el bien que hagáis será conocido por Dios.»—*Surat. La Vaca, vers. 211.*

«Los que emplean sus bienes en la senda de Dios, se asemejan al grano de trigo que confiado á la tierra produce siete espigas, y cada espiga cien granos: Dios aumenta los bienes del que quiere.»—*Surat, La Vaca, vers. 263.*

«La liberalidad es una rama del árbol de la bienaventuranza.»

«La limosna hecha con fe, y sin ostentación, calma la cólera de Dios y preserva de muerte violenta.»

«El que la haga descansará bajo su sombra, cuando en el día último Dios juzgue á los hombres.»

«Dios no concederá su misericordia más que á los misericordiosos.»

Dí mi oro al santo mendigo.

Pasaban árabes acerbamente bellos, altas las fieras cabezas, con el turbante de piel de camello.

Hebreos vacilantes, de obscuro kaftán y negro birrete, desaparecían por las callejas arrastrando sus sandalias.

Alguna mujer muy morena, con largos aretes de oro y ajorcas de plata, nos miraba un instante con la condenación de sus negros ojos de augurio.

Seguido de una turba de negros ululantes, pasó un nubio con toda la faz cubierta de sangre; acababan de herirle en el *soko* é iba á quejarse al caid.

Cruzó un *aïssaua* cantando una salmodia bárbara y angustiosa.

Al llegar al campamento, acercáronse algunos de los míos á besar mis rodillas.

Descabalgamos.

Tomé en mi tienda el té con ámbar, y después de un breve descanso fuí al *Jhammams*.

El patio estaba lleno de un aroma perturbador y voluptuoso de profundas esencias, de

calor húmedo, de aguas, de limpias carnes maceradas.

En un ángulo del patio, sobre una esterilla de paja, estaba sentado el dueño, un moro de rostro inmóvil y barba de seda.

Dejé mis anillos, mis armas y mis vestiduras, y penetré en la sala del reposo.

Esta sala, con la luz semejante á la de un antro marino, con los oros, los rojos, los azules de su decorado de estalactitas, tenía como un velo de agua.

Sobre las alfombras, verdes, amarillas, tejidas en Salem, algunos árabes acabados de salir del baño, dormitaban fumando las largas pipas de *kiff*.

Mi espíritu se sentía lleno de una languidez ondeante, de un desmayo feliz.

En aquel ambiente cóncavo, húmedo y lejano como el de una concha de mar, yo hubiera querido desaparecer en aire, en llama, en agua.

Ni un sonido vibraba en aquel espacio que tenía el calor húmedo de una boca cerrada.

Sólo se oía el agua á través de los suelos, de las paredes, en todas partes, siempre lauda, como sangre ardiente en un corazón imperioso.

Dos esclavos me desnudaron totalmente, me calzaron las sandalias de madera, y con sus anchas manos expertas, me condujeron á través de la obscuridad tenebrosa de las cerradas galerías.



Un calor de arena del desierto á la hora del sol, me envolvía en ráfagas sofocantes.

En la sala del baño, otros dos esclavos me tendieron sobre una ancha piedra.

El calor era monstruoso.

Parecíame vivir en la oquedad quimérica de un volcán del sol.

Junto á mí, otros árabes desnudos, inmóviles, rígidos sobre la piedra, semejaban cadáveres recientes.

Bajo la bóveda resonaba el chapoteo de las sandalias, los chorros de agua, el frotar violento de las manos sobre los cuerpos desnudos, los cantos guturales y salmódicos de los bañeros.

El esclavo con ágil mano sagaz fué ablandando mis tejidos, estirando los miembros, suavizando mi piel.

«El mokala ve barud fi sebil illah...

Su voz quemada de tristeza, de resignación, de fatalidad, cantaba monótonamente „ „ más de sus movimientos.

Luego el esclavo se enardeció.

Cogió mis brazos por los codos, y los cruzó hasta hacer crujir los hombros; tiró bárbaramente de mis pies; quebró mis dedos; descoyuntó mis piernas; aplastó mis costados.

Ultimamente, friccionó todos mis miembros, los suavizó con espuma de jabón, y los lavó con agua hirviendo.

Cubrí mi cuerpo con una blanca capa de lana, y penetré en la sala del reposo.

Sentía una inefable y misteriosa *sensación de inexistencia*.

Todo mi cuerpo parecía estar hecho de un flúido más ligero que el aire en las mañanas de otoño.

Era como una muerte diáfana.

Creíame todo vestido de alma, hecho de maravillosa gracia de luz y de sombra.

Mi espíritu se hacía leve como los últimos confines de un sueño, se transparentaba como unas pupilas líquidas de amor.

Mi frente era como de cristal, mis ojos como aguas, y mis manos como las tibias ráfagas de aire que deshojan las rosas en los jardines y apagan las lámparas en la noche.

La felicidad curvaba mi corazón, y pasaba por mi piel como un aroma.

Desde el *jhammams*, fui por las calles extenuadas de sol, á la casa del *kajeuadchi*.

La larga estancia estaba saturada de un olor acre de café, de *kiff*, de carnes amadas por la calentura.

Los espejos producían una ambigua y angustiosa sensación de prolongación, de vacuidad.

Colgadas en las paredes, había estanterías rojas con vasijas de barro y de cobre, largas *sepsi*

amarillas, gummies de plata con anchos cordones de seda verde, láudes y panderetas.

En un ángulo estaba la vasija del *kajua*, hirviendo sobre las ascuas del hogar.

En el fondo, dos árabes jóvenes, con rostros de otra vida, fumaban silenciosos.

Me tendí sobre unos cojines, mientras el cafetero me servía el oloroso vaso de café y la pipa humeante.

Un mancebo espectral, de mirada de agonizante, me saludó en voz muy baja.

Era un *haschichin* pronto á morir.

Desde un extremo, me miró un gato negro, flaco, con abiertos é inmóviles ojos verdes.

Era un alucinado gato de hechicera envenenado por el *kiff*.

Uno de los fumadores se detuvo un instante.

De la frente desnuda y cadavérica brotaron gotas de sudor.

Su cráneo afeitado, lívido, daba la sensación de algo inmundo, monstruoso.

Su respiración se hizo áspera, fatigosa, como el aliento de una bestia herida.

De pronto sus ojos redondos, veteados de fibras de sangre semejantes á víboras nerviosas, me miraron aterrados.

El espectro diabólico pasaba por su espíritu.

La hiena del asesinato corría frenética por su alma envenenada.

Sacó de su cartera un cuchillito corvo y reluciente; entre sus dedos de momia brillaba como una serpiente fascinada.

Inmóviles, tendidos sobre los cojines, los fumadores aspiraban el humo azul de las pipas.

El *haschichin* se levantó como un fastasma.

Su faz estaba blanca como el rostro de la muerte.

Arqueó su brazo, y con rápido movimiento se hundió el cuchillo en la garganta.

Saltó la sangre con un estruendo victorioso, y manchó las albas vestiduras con púrpura violenta.

El *haschichin* cayó rígido.

En sus ojos abiertos, quedó ondeante como una ráfaga de alegría monstruosa.

El *kajeuadchi*, grave, impasible, se acercó al *haschichin*, le miró profundamente, y le levantó entre sus brazos.

Colgaba inerte la cabeza llena de sangre y de ensueños.

Los fumadores continuaban mineralizados bajo la magia del veneno.

Un negro, musitando salmodias, preparaba el *madjun*.

Extendía sobre una tabla *kiff* y cáñamo indio desecado al sol, lo picaba, y luego lo ponía al fuego en la vasija de cobre.

Una niebla azul de humo flotando en extra-

ñas nubes, daba á la estancia la apariencia de un cielo quimérico.

El olor del *kiff* y de las carnes en pasión, desgarraba como una calentura.

Un aroma de sangre hería como una caricia salvaje.

A través de la ventana, la escueta sombra oscilante de un árbol, daba la impresión de un fantástico brazo torturado.

Un silencio absoluto se extendía por nuestras almas como por claustros interminables.

Salí del *kajenadchi* ligeramente entenebrecido.

El cielo estaba abierto como un corazón joven.

Una leve melancolía dulcificaba la ferocidad de mi alma.

La tierra desierta, llena de voracidad, me embriagaba de infinito.

La ágil y preciosa sangre de la vida, ascendía lentamente por mi alma, dura como el hierro machacado en frío.

Un alto ardor me comunicaban las montañas austeras, amasadas con piedra y con fuego.

Blanqueaban mis tiendas sobre aquel suelo desolado, sembrado de las más profundas cosas muertas, y del que no surgían sino flores como de acero y terribles pensamientos divinos.

En la plaza de armas, ante la puerta de mi tienda, varios caballeros de mi tropa, galopaban haciendo las fantasías del *barud*.

Eran los más gentiles y valientes mancebos de mis montañas.

El-Haret, El-Zara, los *Allandallús*, *El-Audí*, El-Kadí, El-Hach, El-Nail, bellos, con todos los nobles y firmes trazos de la raza, perfectos como flores de estirpe.

Cabalgaban con divina elegancia, sobre los caballos ágiles como lenguas de fuego.

Relucían al sol las vestiduras suntuosas, las *bedeia* verdes, rojas, azules, suavemente empalidecidas por la fresca blancura de los amplios *jaic*.

Las mujeres, semiocultas entre las cortinas de las tiendas, gritaban á intervalos el yu-yu, ese grito que es como un alarido de lujuria y como el aullido de una hiena.

—Ya, Mujammed.

Mi esclavo besó mi mano y se inclinó en silencio.

—Mi caballo y mis armas.

Los bizarros jinetes se habían detenido, y esperaban con los caballos piafadores y nerviosos.

Se exhalaba de la tierra como un veneno febril que exaltaba mi sangre hasta el heroísmo.

En mi frente latía tumultuosamente el ritmo de los pensamientos.

Toda mi vida se tendía ávida en el placer frenético de la carrera.

Mi carne se llenaba de flúidos vivos, ardien-

tes, como los que estremecen en ondas de delirio los nervios de los tigres.

Monté sobre mi caballo que brillaba como un fulgor.

Nuestra alfana se dividió en dos grupos.

Mi alfaraz, brillante y tembloroso, se lanzó á la carrera.

Todos los jinetes me siguieron acuchillando el aire con los gritos de guerra, y levantando nubes de polvo de la tierra de oro.

Silbaba el aire como cruzado de serpientes.

El caballo me comunicaba en la carrera la llama que ardía en sus entrañas.

Volábamos sobre el divino ardor de nuestras bestias.

Yo me sentía eternamente joven, con una insaciable juventud desbordante, en aquel simulacro de la guerra, en aquel combate imaginario sostenido con los aires poblados de *chitanes*.

Toda mi alma se hacía luz, y mis músculos alados.

Me levanté sobre los anchos estribos de plata, y disparé al aire mi espingarda cincelada.

Todas las espingardas se dispararon, y el aire se llenó del rumor de la batalla, y del perfume embriagador de la pólvora.

El-Kadí, de rostro de águila y manos de princesa, era el más diestro de los caballeros.

Se inclinaba hasta rozar la tierra con su cabe-

za; se tendía sobre los lomos palpitantes, saltaba ágil de la silla con presteza maravillosa, arrojaba al aire su espingarda para dispararla luego con precisión perfecta, y por último se erguía victorioso, arrogante el *continente*, é iluminados los ojos por resplandores purpúreos.

Kamar, envuelta en sus velos, me miraba desde la tienda-harén.

Ella surgía de la cálida sombra como la expresión viva del deseo.

Venía el crepúsculo, y mi alma se llenaba de una violenta ansia de amor.

Mirando las grandes ondas de las colinas lejanas, yo recordaba la dulce sinuosidad de su boca pensativa.

Dejé el caballo á mi esclavo, y penetré en el recinto de la siempre amada.

Con los latidos de mi sangre, palpitó toda la tienda.

Kamar me tendió sus brazos.

En sus pupilas se encendió un extraño paisaje de fuego puro, y se bajaron sus pestañas prometedoras de lo invisible.

Era divina la palabra de su sangre en las venas preciosas.

De toda ella se desprendía una altiva fuerza de secreto.

Con el ímpetu de un mar voraz, abracé su arne de oro nutrida de claridades.



En un largo beso aspiré toda su alma viva de sangre y de perfume.

Sus manos estaban colmadas de todas las gracias, y ella era la victoria de un dominador.

Cuando me acariciaban, sus dedos se llenaban de la sangre más flúida de su corazón.

—Sidi: mi amor, te esperaba sin respirar, conteniendo mi sangre que saltaba en las venas.

—Esta noche no dormiré contigo, amada mía.

—¿Por qué, Sidi? ¿Volverás á las montañas?

—Almogreb me esperan Hameido y los hijos de El-Tussaní, y no acabaré quizás hasta que haya amanecido.

Fuera, mis guerreros disparaban sus espingardas, exaltando los aires con el rumor glorioso de la pólvora.

Kamar ardía en el amor, como lumbre en el ara.

Las líneas de su ritmo tenían una música vasta como la de las estrellas.

A veces era tan leve como la gota de agua que acaricia la piedra de una fuente.

—Sidi, ¿cuándo tornaremos á nuestras montañas?

—Cuando Dios quiera, Kamar. Hameido me necesita. Hameido es mi amigo, y yo debo morir por él.

—¿Haréis la guerra?

—Sin duda, y Dios nos dará la victoria.

—Sea lo que Dios quiera.

Se elevaban sus párpados, ligeros como para el éxtasis, y su faz se iluminaba de aquella sangre pálida y regia, tantas veces loada en otros tiempos insignes por los poetas aristocráticos de Garnatha, nuestra perdida Damasco de Occidente.

Unas rosas orientales, en un jarrón orlado de caracteres de oro, me llenaban de angustia, me sofocaban como una caricia mortal.

Kamar se levantó suave, con un rumor de sedas y de estofas bordadas.

—Suleima.

La vieja esclava negra, salvaje como un ídolo bárbaro, se presentó en los umbrales.

—Trae el té y los cigarrillos.

En el mismo vaso de plata bebimos Kamar y yo, la substancia aromada de ámbar, y del color del oro antiguo.

Encendí el cigarrillo de Arabia, y me apoyé sobre el corazón de la amada, desmayado por los perfumes.

Mi alma se abría como los campos á la aurora.

Una inmensa paz se extendía por mi sangre como un bálsamo.

A través del camino en flor de sus labios, la amada me daba su alma inagotable y cerrada.

En el fondo de sus pupilas se transparentaba un cielo.

Como una ilusión, me acariciaban sus dedos, aquellos dedos modeladores del divino sueño de la vida.

Se había extinguido el ruido del *barud*, y en nuestra tienda sólo entraba la música de las ráfagas de viento.

—¿Te acuerdas de tus mujeres, mi señor?

—Sólo me acuerdo de ti, Kamar.

—Yo te amo más que todas, y mi corazón está lleno de ti.

Reclinada en los cojines egipcios, entre cuyas bordadas leyendas en oro, asomaba el *uræus* faraónico, sonreía con aquella sonrisa suya, misteriosa y suma, de Cleopatra niña.

La estrella azul tatuada en su frente, brillaba como un signo divino.

Y aquellos ojos iluminados, que guardaban el secreto de una raza, me miraban con su enigma centenario.

—Sidi, si vas á la guerra, fuera de la ciudad, ¿quieres que te acompañe?

—Sí; Kamar, vendrás conmigo.

—Gracias, Sidi, gracias; Kamar será el polvo que bese la huella de tus pies.

Yo recordé á los guerreros de mi raza, que cruzan el desierto llevando las mujeres, los esclavos y los ganados, y que acampan en los oasis de palmeras para beber la leche de las camellas, y para amar á las esclavas núbiles, de

trenzas gallardas y carnes como dátiles, dulces y morenas.

—¿Y si muero, Kamar?

—Sidi, Kamar morirá contigo.

Y sus ojos, de un verde alucinante, como una calentura de algas, de esmeraldas, de estandar-tes cherifianos, de bosques indios, de plantas marinas, me miraban eternamente inmóviles, con aquella expresión máxima y enigmática, que era idéntica en las horas del dolor, en las escuetas fatigas y en las agonías de la lujuria.

—Kamar, bésame.

Hiriente el fulgor de los dientes, tendidos los cabellos como una viva estofa cruzada de reflejos lucientes, Kamar se acercó á mí, y con una actitud de llama me besó en los labios.

Había en Kamar algo ondulante, flavo, que fosforecía en los ojos, en los dientes, en las manos, en el traje, con una vida inusitada, y con un encanto que participaba de la piel del tigre, de las estofas indias bordadas en oro, de las piedras preciosas embrujadas, de las pupilas orientales poseídas por el fuego demoníaco, de las estrellas celestes del Mogreb ó del Ganges.

Kamar abrió su kaftán de seda azul recamado de oro, y con un gesto noble y simple, me ofreció sus pechos adolescentes y dorados.

Luego en pie, con los brazos en alto como las asas de un ánfora, inició lentamente con el vien-

tre aquella danza sagrada de lujuria, secreta como un rito y que aún bailan las gentes agarenas en torno del círculo de Salomón.

Su voz perfumada de sangre, de pasión, de dolor, de tristeza semita, de misterio de *lilah* africana, modulaba una salmodia bárbara, de un solo ritmo, de una sola línea, que tenía algo de los recitados koránicos, de los salmos davídicos, de los alaridos con que los primeros árabes adoraron y loaron á la diosa ambigua que da el amor y la muerte.

Crispábanse sus caderas, y de la boca surgía un vaho ardoroso y humeante como si la divina fuerza del fuego alentase en sus entrañas.

Yo la miraba con el pensamiento peregrino en fabulosas lejanías.

El ritmo de su salmodia daba á mi espíritu una sensación de ensueño, una desfallecida gracia de inexistencia.

Era como un vestigio salpicado de luces, como un recuerdo desmayado y pálido, en cuyo fondo aún quedara la magia obsesionante y esplendorosa de un Oriente visto á través de un delirio.

Kamar danzaba y sonreía.

Brillaba la serpiente azul de su cabellera cruzada de feroces anillos.

Ella era el Oriente entero, Salomé, Judith, Herodias, Balkis, Semíramis, Berenice, Cleopatra.

Suavemente, su cara, toda ojos, calentura, oro

vivo, se animaba y encendía como una llama al viento de la noche.

Fulgían sus collares policromos de piedras talismánicas, los colores luminosos de la faja, el oro centelleante de su vestidura, el esmalte de sus ojos, su piel como ungida de todos los óleos, y de todos los ardores.

El aire que penetraba en ráfagas lentas y misteriosas como avisos del destino, era una melodía de inciensos, de esencias cálidas, de remotas languideces.

Sobre los árboles, florecencias de luz, sobre los alminares, sobre las cúpulas, sobre todas las ágiles y bellas formas exaltadas, vibraba el aire con música exultante.

La divina criatura vibraba y se transparentaba en la luz.

En la feliz hora del sol, la gran alma de la vida, flotaba en el aire con sus cortejos astrales y sus nubes de palomas.

La danza de Kamar había llegado á su último acento.

Por su carne pasaban horribles crispaciones.

Un halo de embriaguez y de lujuria flotaba en torno de su figura.

Tenía una vitalidad tan violenta, que mi alma se perdía en ella como una onda en el agua.

Apagóse en un grito gutural, roto y aullante la salmodia de lejana tristeza fanática.

Kamar quedó inmóvil y dorada.

Un eco de la danza murió en el aire con una cadencia pesada y suntuosa.

Kamar lenta, desmayada, se arrojó sobre los cojines egipcios, que tenían bordadas en oro las alabanzas de Dios.

La cabellera de un azul magno, destrenzada y palpitante, como llena de ansia, tendida sobre las sedas, vivía con una vida propia, de belleza bárbara, de potencia superba, de animalidad divina.

Sus ojos, misteriosos como esmeraldas en el pecho de una muerta, fulgían con aquella luz única, que era un relámpago de eternidad.

Deslizándose sobre la alfombra de Rabat, como una joya viva, como un collar precioso, apareció *Kalb*, mi serpiente, mi amada de la piel astral y de las sangrientas pupilas de rubí.

Acercóse á Kamar, y erguida la bella cabeza fulgurante, con su lengua sutil y sabia, lamió la desnuda carne morena, que vibró torturada de placer.

Kamar pasó su mano de llama por la soberbia piel magnífica y fría, y quedó extática en aquella caricia que hacía correr por sus nervios un soplo helado de monstruosa lujuria.

Mi serpiente *Kalb*, como si percibiese hasta en sus más desconocidos matices la extraña liturgia de placer, parecía que centuplicaba su vida

y que todos los diamantes, las turquesas, las esmeraldas de su cuerpo se encendían al contacto de la carne joven, feroz y divina.

Los aromas del sándalo, de la piel de serpiente, de la carne cruzada de lujuria, de los tabacos de Arabia perturbadores como exquisitos venenos, de los cabellos llenos de obscuridad y de embriaguez, eran la suma invitación al amor, al amor de Oriente, que lleva en sus divinos labios pulposos los amargos adelfos de la muerte.

La luz modulaba un ritmo lleno de gracia.

El aire era tan denso, que semejava un tejido fabuloso hecho de no soñados oros y de esencias jamás gustadas.

Un profundo ímpetu me agitó hasta engendrar un impulso terrible.

El olor divino se desprendía de aquella divina vida.

Caí sobre su carne extática.

Y en el espasmo, su cabellera se desató con una salvaje crepitación sulfúrea.

Cuando salí de la tienda era mi plenitud tan absoluta, como la de una alta montaña nutrida de agua, de fuego y de piedra.

Venía la noche.

Las flores parecían espíritus en el profundo sueño crepuscular.

De la tierra se desprendía un rumor misterioso.

Bajo la última gracia del sol, todas las cosas tenían un velo de ensueño.

Lejos, las montañas áridas, retorcidas, convulsas, parecían hechas con cuerpos torturados, con músculos rotos, con crispaciones de nervios.

Incesantemente, mi vida se magnificaba bajo el ardor de mi llama inextinguible.

Una turba de mendigos centenarios y herrumbrosos, iba recitando oraciones á la *zauya* de Sidi Mujammed El-Jatib.

Envueltas en los *jaic*, dejando entrever sus tobillos ajustados por las ajorcas de plata, caminaban hacia la tumba santa algunas mujeres estériles.

Entré en la ciudad.

—¡*Balak!* ¡*Balak!* gritaban los negros arreando sus burros.

Las casas proyectaban en el suelo fluctuantes sombras azules.

Algún árabe dormitaba inmóvil y blanco.

De entre unas casas ruinosas, surgía el tronco inclinado de una higuera vieja.

Como serpientes bajo las piedras, algunos hebreos desaparecían rápidos, hundiéndose en la sombra.

A través de una celosía brillaban con animidad misteriosa y caliente unos negros ojos de mujer.

Había en el aire un profundo perfume de tuberosas y de jazmines.

De una ventana surgió una mano femenina con uñas encarnadas, que vertió de un jarro de cobre, agua talismánica.

Penetré en el bazar ululante y sombrío.

Era una larga galería angosta, con nichos á los lados, en los que graves moros muy blancos vendían sus mercancías.

La obscuridad, á trechos iluminada por un rojo rayo de sol, tenía la apariencia de una noche fantástica, cruzada de lámparas invisibles.

—*¡Barbarich! ¡Barbarich!*

Pasó un frutero dejándome su aroma jugoso y fresco de frutas maduras.

De una fuente de piedra, elegante y sonora, adornada con inscripciones de esmalte dorado, brotaba el agua con son festivo.

Algunas hebreas de belleza inmóvil, haciendo resonar sobre el pavimento la madera de sus sandalias, recogían el agua en los largos cántaros rojos.

Un tornero, manejando la cuerda arrollada en el eje del torno, fabricaba las pulseras, la sortijas de asta que usan las mujeres nómadas de la montaña.

Un viejo *taleb* avanzaba seguido de sus niños, que recitaban con monótona salmodia los últimos versículos del día.

En el alminar de la Kasbah ondeó la bandera blanca.

Y antes de que la voz del *mudsin* anunciase el crepúsculo, llegué á las puertas de la casa de Hameido.

Hameido rezaba en el jardín, acompañado de su secretario Sidi Absalam El-Muktar.

Silenciosamente me arrodillé á su lado, y elevé mis oraciones entre la fragancia de las rosas.

Cuando hubimos concluido, Hameido me abrazó, sonriendo con su sonrisa femenina de candor y de seducción.

—¿No han venido?—pregunté.

—Aún no. Es temprano.

—¿Tienes preparado el banquete?

—Preparado. ¿Verdad, Absalam?

Absalam El-Muktar reía con sus labios rectos y crueles, y sus dientes afilados de chacal.

—¿Quiénes comeremos al fin?

—Tú, los hijos de El-Tussaní, Absalam y yo, si Dios quiere...

Era de una gracia absoluta el gesto de Hameido, el bello joven, divino como un predestinado.

El era la más preciosa y sangrienta flor de la raza.

Todos los soberbios trazos de la estirpe, aparecían en él con un relieve tan violento, que era casi cruel.

Vestía todo de blanco.

Ni una joya perturbaba la delicadeza inefable de sus manos, largas y puras como de mujer, y que, sin embargo, curvaban el hierro con esfuerzo suave.

Se cogió de mi brazo, y avanzamos hacia el kiosco.

Morían las hojas en los árboles elevados hacia el sereno cielo primitivo.

En la sombra crepuscular, las flores se entreabrían como bocas.

Había en mi alma una ansiedad sin límites, llena de todas las aspiraciones.

El jardín parecía un sueño en la noche.

Un esclavo nos llevó al kiosco *las tazas de té mogrebino*.

—¿Estuviste esta mañana en la montaña?

—Sí, Hameido.

—¿Tienes á tu gente dispuesta?

—Todos mis montañeses están en armas.

—Creo que dentro de muy poco tiempo, El-Tussani nos hará la guerra.

—¿El-Tussani?

—Sí.

—¿Y por qué no nosotros.

—Ese es mi secreto.

Y florecía su sonrisa, juntamente con aquella inaudita llama de audacia, que volaba desde su frente como un arcángel.

El kiosco estaba lleno del olor amargo y profundo de los laureles.

En el fondo se veía una galería alta, de ligerísima arcada, cerrada por celosías, que era el harem.

En el jardín había un vasto silencio, sólo interrumpido por el correr eterno de la vida.

Antes de terminar el té, un esclavo nos anunció la llegada de los huéspedes.

Salimos á su encuentro.

Por una calle de cipreses, envueltos en sus capas, se adelantaban solos, Ahmed, Abdallah, Mujammed y Abdelkader, los cuatro hijos del El-Tussaní.

Eran cuatro mancebos altos y gentiles, ágiles y enjutos, de noble gesto señorial, como cuatro príncipes reales.

Nos abrazamos, y con viva animación penetramos todos en la casa.

Por el cielo morado, avanzaba una nube que tenía el misterio trágico de un destino que va á cumplirse.

Descansamos un instante en el saloncito.

Preciosos arabescos en relieve ornaban las altas paredes.

Una pequeña cúpula, labrada de estalactitas de colores, coronaba la estancia.

Brillaba el oro en las aristas de las vigas de cedro.

Cuatro filigranados ajimeces se abrían á la noche, con sus columnitas leves, doradas y en espiral, como trenzas rubias.

Descansamos un instante, en tanto que unos esclavos nos presentaban los aguamaniles de plata, y otros nos perfumaban con el agua de rosas de divino aroma.

Por una galería larga, iluminada con cirios y con luces de aceite en vasos de colores, penetramos en el comedor.

El comedor era amplio, de altos techos artesonados.

Los muros estaban cubiertos por *haitis* ó tapices mogrebinos con dibujos de arcos árabes y de esbeltas inscripciones.

Las colgaduras eran de terciopelo negro con franjas de oro.

Veinte cirios en las dos lámparas de cobre, encendían la estancia con luz fantástica.

De los pebeteros de plata surgían ondeantes nubes de sándalo, de mirra, de áloe.

Nos sentamos en torno de la mesa.

Los ojos de Hameido, brillaban como la hoja de una espada que se agita en el aire.

Los cuatro mancebos sonreían corteses, pero en sus rostros pálidos había una oculta y profunda inquietud.

Absalam estaba lívido, pero en su boca recta se reprimía un ansia feroz de crueldad.

Los esclavos de los aretes de oro nos sirvieron los manjares, el succulento alcuzcuz de gallina, la deliciosa *quefta*, la *schua* de sabor profundo, la exquisita *melogia*, y luego la divina *hab-el-gazel* ó pie de gacela, las dulces *chubai-kias*, los *uelchs* de mieles y de azahar.

Mientra tomábamos café en una silenciosa beatitud, nos acariciaba el alma una orquesta invisible de laúdes, de *rebabs*, de *camanyas*, de *derbukas*.

Cantaban los músicos un *ala* de tristeza desgarradora, una de esas *sikas allandallús*, que nos trajo el *chairs* Haig, con la melancolía infinita de nuestra patria perdida.

Un viento misterioso tendía la llama de los cirios.

La música me dejaba en éxtasis, perdida el alma en un encanto desmayado.

Hameido hablaba suave y amablemente con sus huéspedes pálidos.

Una alegría luminosa brillaba en el rostro de aquella bella fiera poseedora de todas las gracias de la vida.

Absalam El-Muktar observaba á Hameido con la faz rígida.

Se habían retirado los esclavos.

Las últimas flores del festín, se deshojaban con un perfume tan violento que era como un olor humano.

Y la música llegaba fatal, como el grito de agonía de una raza.

A una larga mirada oblicua de Hameido, Absalam volvió la cabeza hacia los *haitis*, y de una puertecilla secreta, oculta por la tapicería, surgieron como por conjuro cuatro negros atléticos, armados con corvos cuchillos de Damasco.

Se detuvieron expectantes.

Luego, como cuatro tigres, saltaron sobre los hijos gentiles de El-Tussaní, y con bárbara ferocidad hundieron sus puñales en las gargantas adolescentes.

Una ola de sangre manchó la mesa, las alfombras, nuestras vestiduras.

Cayeron los mancebos sin un grito, pálidos, tristes, desdeñosos.

Hameido se levantó rápido.

Horriblemente bello, con su eterna expresión ligera y femenina, dijo á Absalam:

—Que íes corten las cabezas, y que esta misma noche se las lleven á El-Tussaní.

Abandonamos la estancia, y cogidos del brazo nos perdimos entre las sombras fragantes del jardín.

En la noche, sólo se escuchaba correr el tiempo en la voz eterna de las aguas.

**Bendito sea el nombre
de Dios en los labios de los creyentes.**



III

**En el nombre de Dios elemente y misericordioso.
Alabanza á Dios, Señor de los mundos.**

La amada era toda noche ante las sombras.

De la tierra se desprendía la muerte tan profundamente, que en algunos instantes me parecía sentir en mis espaldas las alas de Azrael.

La luna del desierto nos ungía de fulgor divino.

Todos los árabes de mi campamento, estábamos sentados en torno de un santo peregrino venido de la Siria.

El santo era un viejo de pupilas hondas y austeras como sentencias, y de voz resonante como viento en el mar.

De vez en cuando se oía la música de la noche, el aullido lejano de los chacales, y el tintinear de las ajorcas de plata y de los aretes de oro.

Perdidos en la noche como en un ensueño, orábamos.

Las cuentas de ágata del *tesbigh* del peregrino, brillaban como pupilas. Sus labios salmodiaban:

«Dios, fuera del cual no hay Dios.»
«El Compasivo.»
«El Misericordioso.»
«El Rey.»
«El Santo.»
«La Paz.»
«El Fiel.»
«El Protector.»
«El Excelente.»
«El Gigante.»
«El Muy Grande.»
«El Criador.»
«El Coordinador.»
«El Fortificador.»
«El Amigo del Perdón.»
«El Triunfador.»
«El Liberal.»
«El Provisor.»
«El Vencedor.»
«El Sabio.»
«El Inmenso.»
«El que dilata.»
«El que abate.»
«El que exalta.»
«El que engrandece.»
«El que humilla.»
«El que oye.»

- «El que ve.»
- «El Juez.»
- «El Justo.»
- «El Bienhechor.»
- «El Hábil.»
- «El Dulce.»
- «El Magnífico.»
- «El Propicio.»
- «El Generoso.»
- «El Elevado.»
- «El Grande.»
- «El Custodio.»
- «El que alimenta.»
- «El que tiene en cuenta.»
- «El Glorioso.»
- «El Honorable.»
- «El Observador.»
- «El que se place en cumplir.»
- «El que tiene poder de dilatar.»
- «El Prudente.»
- «El Afectuoso.»
- «El Glorificado.»
- «El que hace resucitar.»
- «El Testigo.»
- «La Verdad.»
- «El que preside á todo.»
- «El Fuerte.»
- «El Valeroso.»
- «El Presente.»
- «El Alabado.»
- «El que cuenta.»
- «El que ha dado principio.»
- «El que conduce al bien.»
- «El Señor de la Muerte.»

- «El Viviente.»
- «El que existe por sí mismo.»
- «El Inventor.»
- «El Glorificador.»
- «El Unico.»
- «El Eterno.»
- «El Poderoso.»
- «El Todopoderoso.»
- «El que está al principio de todo.»
- «El que está al fin de todo.»
- «El Primero.»
- «El Ultimo.»
- «El Aparente.»
- «El Oculto.»
- «El Director.»
- «El Muy Alto.»
- «El Puro.»
- «El Remunerador.»
- «El Vengador.»
- «El Indulgente.»
- «El Piadoso.»
- «El Rey de los Reyes.»
- «El Dotado de Gloria.»
- «El Dotado de Magnificencia.»
- «El que mide justo.»
- «El que reunirá.»
- «El Rico.»
- «El Señor de las Riquezas.»
- «El Señor de los obstáculos.»
- «El que puede hacer *caño*.»
- «El Señor de los socorros.»
- «La Luz.»
- «El Guía.»
- «El que reproduce.»

- «El Permanente.»
- «El Dueño de los tesoros.»
- «El Conductor.»
- «El Paciente.»

Concluído el rosario, el *emkaddem*, nos recitó fragmentos de *El cajaf*, el milagro de los Siete Durmientes, enterrados junto á la zauya del Santo Sidi-Bel-Abbes:

«Señor, envuélvenos en la sombra de tu misericordia, y haz que tu divina justicia nos guíe por el camino.»

«Vers. 10.—Nosotros les hundimos en un sueño misterioso y profundo que duró largo tiempo.»

«Vers. 11.—Nosotros les despertamos después, para saber cuál de ellos calcularía mejor el tiempo de su sueño.»

«Vers. 12.—Nosotros, en verdad, te contaremos la historia. Esos niños creían en Dios, y por eso su fe era fuerte.»

«Vers. 13.—Pusimos la firmeza en sus corazones, cuando rindiéndose á la única verdad, dijeron: «Nuestro Dios es el Soberano del cielo y de la tierra: no invocaremos á ningún otro, pues de hacerlo, faltaríamos á nuestro Dios.»

«Vers. 14.—Nuestros vecinos adoran á otros dioses distintos del verdadero Dios. ¿Pueden demostrarnos que sus dioses son la verdad? ¿Hay mayor perversidad que la de forjar mentiras en torno de Dios?»

«Vers. 15.—Y se dijeron los unos á los otros: Huyamos, dejemos á nuestros conciudadanos

con su ídolos, y retirémonos á una lejana caverna. Dios velará por nosotros.»

«Vers. 16.—Todo el tiempo que permanecieron en la caverna, el sol se detuvo en los umbrales del retiro para no herirlos con sus rayos. La mano omnipotente del Todopoderoso hizo este milagro. Aquel que está con Dios, se halla en el verdadero camino. Aquel que lo pierde, no encontrará jamás la luz, y no tendrá un protector.»

«Vers. 17.—Se les hubiera creído despiertos, y dormían. Nosotros les volvimos á uno y otro lado. El perro que les acompañaba, quedó acostado á la entrada de la caverna, con las patas extendidas. El que los hubiera visto de repente, lleno de terror, despavorido, huyera.»

«Vers. 18.—Nosotros les sacamos de su sueño á fin de que se interrogasen los unos á los otros.—¿Cuánto tiempo—preguntó uno de ellos—hemos permanecido en esta caverna? —Un día —le respondieron—ó quizá menos tiempo todavía.—Dios sabe el tiempo que hemos dormido en esta caverna. Enviemos á uno de nosotros con este dinero á la ciudad para que compre alimentos. Que el que vaya guarde silencio sobre el lugar de nuestro retiro.»

«Vers. 19.—Si los habitantes de la ciudad nos hallaran, indudablemente nos lapidarían, ó nos forzarían á adorar á sus dioses y perderíamos la dicha para siempre.»

«Vers. 20.—Nosotros los llevamos á la ciudad, á fin de que vieran el cumplimiento de las promesas de Dios, porque sus palabras son inmutables. La ciudad toda discutió acerca de

ellos. Se propuso construir un santuario sobre la caverna donde se ocultaron. El cielo les protegía, y los fieles que defendían su causa, exclamaron: —Sin duda, levantaremos en aquel lugar un templo.»

«Vers. 21.—Se discutirá sobre su número y se dirá que eran tres y el perro, cinco y el perro, siete y el perro: pero intentar averiguarlo; es querer penetrar en un misterio que no debes saber. Conténtate con decir: Dios conoce perfectamente su número, y con esto basta.»

«Vers. 22.—No hables nunca de esto, sino bien informado, y no cuentes jamás tan peregrina historia á los infieles.»

«Vers. 23.—No digas nunca: Yo haré esto mañana, sin añadir, si tal es la voluntad de Dios. Eleva hacia El tu pensamiento cuando hayas olvidado alguna cosa y dí: Quizá El me ilumine y me dé á conocer la verdad.»

«Vers. 24.—Esos niños estuvieron en la caverna trescientos años, más nueve.»

«Vers. 25.—Dios sabe perfectamente el tiempo que allí permanecieron. Todos los secretos de los cielos y de la tierra le son conocidos. Todo lo ve y todo lo oye. No hay mejor protector que El; pero no se asocia á nadie en sus juicios.»

«Vers. 26.—Lee el Korán que Dios te ha revelado. Su doctrina es inmutable, y no hay amparo contra las resoluciones del Muy Alto.»

Todas mis gentes escuchaban tocadas de unción.

Los cabellos de Kamar relucían como zafiros, bajo el velo.

Su faz en la sombra era profunda como bajo el ala de la muerte.

Venía el amanecer con una gracia flúida y palpitante.

El cielo tenía una apariencia fresca y ligera de agua, y azuleaba el aire suave.

Dormían lejos los chacales, y ni un rumor pasaba por la tierra.

Nuestras almas recogían sus alas, un momento abiertas sobre el ensueño, y gustaban la infinita sonoridad de las ondas prolongadas en los espacios interiores.

Apoyado en su bastón centenario, de la madera de los árboles sagrados que protegieron con su sombra á los profetas, el viejo santo se alejó lentamente por la tierra agarena.

Su silueta se perfiló en la lejanía, y luego se hundió en la zona del silencio y de la sombra.

Aún persistía el hechizo en mis guerreros y en las mujeres de la tribu.

Inmateriales veladuras cubrían los rostros.

Divinos óleos estaban difundidos por las pupilas religiosas.

Levantáronse mis gentes y desaparecieron en las tiendas.

Se encendieron las lámparas, y el campamento se llenó de misteriosas y temblantes claridades.

Kamar y yo quedamos solos.

Ella se valía de la luz y de la sombra como de joyas magníficas para hacerse un tocado divino.

Besé sus labios y miré sus ojos.

Las fibrillas leonadas que serpeaban en sus pupilas, le daban una expresión dulcísimamente cruel.

Y toda su boca era un jardín cargado de noche y de perfume.

El sol iba surgiendo, rojo como un inmenso corazón ensangrentado.

Y venía en caricias largas una frescura suave y aromada, como de algas y de olas.

Entre mis brazos desmayaba la amada.

Su carne era tan leve que penetraba la luz en sus venas.

Y su cabeza rebosante de amor, se curvaba como una flor de agua.

Ligera y dócil la levanté entre mis brazos.

Viéndola como muerta, yo pensaba en el divino goce de desposarse con una virgen, amarla fieramente toda una noche, y matarla con nuestras propias manos á las primeras luces del amanecer.

Brillaban las perlas de su collar, más luminosas y más puras que las perlas inmortales de Cleópatra.

En la tienda, ella encendió la lámpara, y la levantó con un mago gesto de fascinación.

Mi deseo era tan impaciente y tan profundo, que me producía vértigos.

Detrás de su figura, toda la tierra parecía desvanecerse como un sueño.

Mi amor era como una vasta primavera, voraz y mortal.

—Amado mío...

Todo su cuerpo se estremecía en una caricia que era una onda.

Una ráfaga de aire apagó la luz de la lámpara, y un jazmín nos dió sus olor.

**Bendito sea el nombre de Dios por los siglos
de los siglos.**



IV

En el nombre de Dios clemente y misericordioso.

Una luz de oro brillaba en las páginas de mi *Kelm-at-Al-lah*.

Venía del patio de la mezquita un perfume amargo de cipreses.

Era en la mezquita verde, que fué construída á devoción de Uasik-Abd-Allah, el último Almohade destronado por los Benimerihitas.

Rodeaba á mi alma un silencio más que humano.

De tarde en tarde se oían los pasos del *marabut* que cruzaba lento por entre las columnas.

Sonaba la fuente, y mi alma estaba llena de músicas á las que hacía coro el ritmo laudo de las aguas.

Con mi frente curvada bajo una inmensa nube de pensamientos y de ensueños, leía.

La sombra descendía desde lo alto, lenta como un velo.

Y dijo El Profeta:

»El Korán es una advertencia.

»El que quiera lo retendrá en la memoria;

»Está escrito en páginas honradas;

»Sublimes, puras;

»Trazado por mano de escritores justos;

»No juraré por las estrellas retrógradas;

»Que corren rápidamente y se escapan.

»Lo juro por la noche cuando llega,

»Por la aurora cuando surge.

»El Korán es la palabra del enviado ilustre.

»Antes de El Korán, existía el Libro de Moisés, dado para ser el guía de los hombres, la prueba de la bondad de Dios. Ahora, El Korán confirma en lengua árabe al otro, á fin de que los malos sean advertidos, y á fin de que los buenos sepan felices nuevas.

»Dios ha establecido para nosotros una religión que recomendó á Noé; esta religión es la que se te revela ¡oh Mahoma! es la religión que habíamos recomendado á Abraham, á Moisés y á Jeschua, diciéndoles: «Observad esta religión, no os dividáis en sectas...»

»Unico en los cielos y en la tierra, dice, así que ha resuelto algunas cosas: Sé, y es.

»Dios es el solo Dios. No hay otro Dios que él, el viviente, el inmutable.

»Dios es el mismo testigo de que no hay otro Dios que él; los ángeles y los hombres dotados de ciencia y rectitud, repiten: No hay más Dios que él, el poderoso, el sabio.

»Ciertamente que en la creación del cielo y de la tierra, en la sucesión alternativa de los

días y de las noches, en los navíos que cruzan el mar, en esa agua que Dios hace caer del cielo, y con la cual devuelve la vida á la tierra antes muerta, y por la cual ha diseminado los animales de toda especie; en las variaciones de los vientos, y en la nubes reducidas al servicio entre los cielos y la tierra, en todo esto hay por cierto advertencias para todos los que tienen inteligencia...

»En verdad, Dios es indulgente con los hombres á pesar de la iniquidad de éstos;

»Pero también es terrible en sus castigos.

»Lo juro por el alba y por las diez noches.

»Por lo que es doble, y por lo que es sencillo.

»Por la noche cuando prosigue su curso.

»¿No es este un juramento digno de un hombre cuerdo?

»¿No ves á qué ha reducido Dios al pueblo de Ad?

»Que habitaba Irem, la de las grandes columnas.

»¿Ciudad sin igual en el país?

»¿A qué ha reducido á los Theinuditas, que abrían sus casas en la roca viva?

»¿Y á Faraón, el inventor del suplicio de las estacas?

»Todos éstos oprimían la tierra.

»Y propagaban en ella todo el mal.

»Dios les azotó con el látigo del castigo.

»Los que no crean en las señales de Dios, sufrirán un castigo terrible. Dios es poderoso y vengativo.

»Cuando Dios se apodera de las ciudades criminales, se apodera de ellas terriblemente y con violencia.

»El es quien hace brillar el relámpago delante de nuestros ojos, para inspirar el temor y la esperanza. El es quien suscita las nubes cargadas de lluvia.

»El trueno celebra sus alabanzas, y los ángeles le glorifican, penetrados de espanto. El lanza el rayo y hiere á los que están discutiendo á Dios, pues Dios es inmenso en su poder...

»Cuando el estridente sonido de la trompeta resuene,

»El día en que el hombre huirá de su hermano,

»De su padre y de su madre,

»De su compañera y de sus hijos;

»Cuando el cielo se hunda,

»Cuando las estrellas sean dispersadas,

»Y los mares confundan sus aguas,

»Y las tumbas sean revueltas de arriba abajo,

»El alma verá sus acciones pasadas y recientes.

»Lo juro por el cielo y por su claridad.

»Por la luna.

»Por el día en todo su esplendor.

»Por la noche.

»Por el cielo y por el que lo construyó.

»Por la tierra y por el que la dilató.

»Por el alma y por el que la ha formado,

»Y le ha inspirado su malignidad y su piedad;

»El que la conserve pura será feliz;

»El que la corrompa estará perdido;

»Día vendrá en que la tierra y los cielos serán cambiados; los hombres comparecerán delante de Dios, el único, el victorioso.

»Entonces veréis á los criminales con las manos y con los pies cargados de cadenas.

»Se tocará la trompeta, y todo lo que hay en los cielos y en la tierra, espirará, excepto aquello que Dios deje vivir; después se tocará la trompeta otra vez, y veréis como todos los seres se levantan y esperan.

»Y la tierra brillará con la luz de su Señor; y he aquí que se presenta el Libro, y que los profetas y testigos comparecen, y la sentencia será pronunciada con justicia, y nadie quedará perjudicado.

»Y cada alma será pagada según sus obras. En verdad, Dios es el que mejor sabe lo que los hombres hacen.

»Los infieles serán empujados hacia la Gehenna.

»Y hará caminar á los creyentes hacia el Paraíso.

»El condenado á la morada del fuego, estará obligado á beber agua hirviendo que le despezará las entrañas.

»Los hombres de la izquierda

»Se hallarán en medio de un viento pestilencial y de agua hirviendo,

»En la sombra de un humo negro.

»Lo juro por la luna,

»Y por la noche cuando se retira,

»Y por el alba cuando aparece

»Que el infierno es una de las cosas más graves.

»He aquí el cuadro del Paraíso que ha sido prometido á los hombres piadosos: ríos de agua que nunca se corrompe, ríos de leche cuyo gusto no se alterará jamás, ríos de vino, delicia de los que lo beban,

»Llegándose unos á otros, los bienaventurados se hallarán

»Estábamos antes, dirán, llenos de solicitud por nuestras familias

»Dios ha sido benévolo con nosotros, y nos ha preservado del castigo pestilencial

»Nosotros le invocábamos antes, y él es bueno y misericordioso

»Los justos habitarán en medio de unos jardines, y de corrientes de agua.

»Descansarán apoyados los codos en tapices cuyo aforro será de brocado; y los frutos de ambos jardines se hallarán á disposición del que quiera cogerlos.

»Allí se verá á las jóvenes vírgenes de mirada modesta, que nunca han sido tocadas por hombre, ni por genio alguno.

»Se parecen al jacinto y al coral.

»Además de aquellos dos jardines, hay también otros dos:

»Dos jardines cubiertos de verdura,

»Donde saltarán los surtidores.

»Allí habrá frutas, palmeras y granadas.

»Allí habrá buenas y hermosas mujeres.

»Los hombres de la derecha.

»Vivirán entre árboles de loto sin espinas.

»Y entre árboles cargados de fruto, desde la copa hasta el suelo.

»Bajo umbrías que se extenderán hasta muy lejos.

»Cerca de un agua corriente.

»En medio de frutos abundantes.

»Que nadie arrancará y á los cuales nadie prohibirá acercarse.

»Y descansarán en camas elevadas...

»Las peores bestias de la tierra para Dios, son los ingratos; los que en nada creen.

»Los que no esperan vernos nunca; los que se contentan con la vida de este mundo, y confían en ella con seguridad; los que no ponen ninguna atención en nuestras señales.

»Estos tendrán el fuego por habitación, como premio de sus obras...

»El verdadero camino se distingue bastante del error.

»Tras los pasos de los otros Profetas, hemos enviado á Jeschua, el hijo de Mariem, para confirmar el Pentateuco; y le hemos dado el Evangelio que contiene la dirección y la luz; el Evangelio contiene también la advertencia para aquellos que temen á Dios.

»Las gentes del Evangelio, deben jurar según el Evangelio. Los que no juran por un Libro de Dios, son infieles.

»Sufre con paciencia las palabras de los infieles, y sepárate de ellos de un modo conveniente.

»Hemos establecido para cada nación unos ritos que debe seguir. Cesen, pues de discutir contigo sobre esta materia. Llámales al Señor porque tú te hallas en el sendero recto.

»Los que creen en la religión hebrea, y la siguen, como también los cristianos y los sabeos, en una palabra, el que crea en Dios y en el juicio final, y se haya portado bien, todos éstos recibirán una recompensa de su Señor; el temor no bajará sobre ellos, y no serán afligidos.

»Entre los hebreos y los cristianos, hay los que creen en Dios y en los libros enviados á vosotros y á ellos; que se humillan delante de Dios, y no venden su enseñanza por vil precio

»Ellos hallarán la recompensa en Dios,¹⁵ quien está dispuesto á arreglar todas las cuentas.

»No trabéis controversias con los hombres de las Escrituras, sino del modo más honrado. Decid: Nosotros creemos en los libros que nos han sido enviados del mismo modo á nosotros que á vosotros. Nuestro Dios y el vuestro son uno mismo, y nosotros nos resignamos enteramente con su voluntad...

»Vosotros no podéis querer sino lo que quiere Dios, Soberano del Universo.

»Todos los asuntos dependen de Dios. Aunque hubieseis permanecido en vuestras casas (los que sentís haber combatido), aquellos cuya muerte estaba escrita allá arriba, hubieran ido á sucumbir en aquel mismo sitio.

»Dios es quien os ha creado del limo de la tierra y ha fijado un término á vuestra vida. El término fijado de antemano está en su poder, y sin embargo, todavía dudáis.

»Cada nación tiene su fin. Cuando su fin ha llegado, los hombres no podrían retardarlo ni adelantarlo.

»Nosotros no avanzamos ni retardamos el término puesto á la existencia de cada pueblo.

»Nada hay en los cielos ni en la tierra, aun cuando sea más pequeño ó más grande que un átomo, que no esté consagrado en el Libro evidente.

»La hembra no lleva ni da á luz nada de que Dios no tenga conocimiento; nada se añade á la edad de un ser que viva largo tiempo; y nada se suprime de ella que no esté consignado en el Libro.

»Cuando llega el término fijado por Dios, nadie más que El podría retardarlo.

»Ninguna desgracia alcanza al hombre sin el permiso de Dios. Dios dirigirá el corazón del que en él crea.

»¿Quién profesa más hermosa religión que aquel que se ha abandonado enteramente á Dios, que hace el bien y sigue la creencia de Abraham?...

La sombra tibia y aromada como una boca de mujer, penetraba en el mihrab, ondeaba entre las columnas, fíotaba en torno de los cirios, y las lámparas de cobre.

Mi alma se abandonaba en los ríos de lo invisible.

Diríase que todos mis instintos se espiritualizaban, y que mi espíritu se cubría de un óleo sutil y suave.

Mi alma se hacía tan leve, tan ligera, que hubiera podido ser guardada en el espacio cóncavo de una ancha mano profética.

Dios llenaba mi frente con la inmensidad de un vasto relámpago, y encendía mis abismos interiores con altas cimas de luz.

Apoyado en una columna, oraba un creyente con la faz inmóvil y los ojos abrasados.

Ni un rumor llegaba de la ciudad.

Se presentía la melodía del sol sobre la tierra, y del aire sobre los pomares en flor.

Decía el agua su leyenda clara y fresca, ca-

yendo sobre la taza de piedra ornada de inscripciones, pulida y cincelada como una joya.

Alguna ráfaga, cargada de la calentura de la primavera, venía á mis labios musitando divinas palabras de amor y de desmayo.

Mi pensamiento me extenuaba como una lánguida caricia sin término.

Todo yo no era sino una oración viva, como un salmo crepitante de fuego inextinguible.

¡Dios de mi raza, Dios de los guerreros y de los poetas, tu aliento hacía luminosa mi sangre, y valiente mi espíritu como la hoja de un alfanje!

¡Morir por ti entre el fragor ululante de la batalla, humeando de sangre las manos, quemados los ojos por los resplandores del incendio, abierto el corazón como una boca desbordante!

Cuando salí de la mezquita, el cielo se exaltaba con cruel magnificencia.

Las formas tenían en la luz inmóvil un relieve tan violento que hacía sufrir.

Una fiebre espantosa ardía en mis sienes y en mis manos.

Brillaba la tierra nutrida de oro, y el cielo fulgía como una turquesa limpia.

Yo me transfiguraba en el esplendor eterno é incesante de mi vida.

Eran tan violentos los relámpagos de mi pensamiento, que me iluminaban con luz divina.

Y un ansia frenética me estrangulaba bajo la inmovilidad del sol.

—¿Adónde vas?

Sidi Mujammed El-Glaní, moro rico de Fez, me hablaba con su sonrisa amable de cortesano.

—Voy al Suk, Mujammed. ¿Quieres venir conmigo?

—Sí, te acompaño.

—¿Cuándo regresas á la corte?

—Pronto, si Dios quiere. Ya he terminado mis asuntos, y sólo espero el aviso del ministro.

—¿Qué noticias tienes del príncipe?

—Apenas ninguna. Sé que estuvo en Tánger, que habló con El-Torres, y que desapareció misteriosamente.

—¿Y qué piensa el Sultán, Mujammed?

—Hay alguien muy poderoso en la corte que tiene interés en que el Sultán no sepa nada.

—¿Crees tú?

—Yo asistí á la reunión de los notables de Marrakesk, y pude convencerme de que hay una influencia que protege al príncipe, tan grande como la del Sultán.

—¿El-Charif?

—No puedo decirte más, Arbi. ¿Y Hameido?

—Bien, gracias á Dios.

—¿Habéis sabido últimamente algo de El-Tussaní?

—No, nada. Esperamos.

—¿Cuándo crees tú que tendréis la batalla?

—No sé, ni puedo contestarte con fijeza. Mis gentes y las de Hameido están en armas.

—Habeis hecho mal, muy mal, Hameido y tú. El-Tussaní tiene amigos en la corte.

—¿Y qué nos importa eso? El Sultán volverá á pedir otra vez nuestras cabezas, y enviará á sus askaris; nosotros los derrotaremos, y á eso quedará reducido todo.

El Suk relucía como un tapiz de oro.

Surgía en el aire con sus azulejos del verde enfermo de la malaquita, la torre de la djamma-el-kebir.

Perturbaba un olor de fieras, de carnes negras, de pieles quemadas, de pan de trigo y de sexos al sol.

Moras viejas, acurrucadas en el suelo, y envueltas en rotos jaik, vendían naranjas llameantes, tortas doradas, dátiles del color de las mujeres del desierto.

Agitando su campanilla, pasaba el guerrab con el odre hinchado de agua.

Un vendedor del Sus, de túnica azul y largas melenas brillantes, gritaba anunciando los talismanes, los amuletos, las piedras de noche, los collares de colores bárbaros y suntuosos.

Anyerinos ágiles y torvos, limpiaban sus caballos de fieras crines y músculos de acero.

Un viejo santo, con las órbitas ensangrenta-

das y vacías, como devoradas por el pico de un cuervo, pedía la limosna con un canto alucinante.

Camellos con la pupilas llenas de agua y de infinito, descansaban en una zona de sombra, junto á una antigua fuente goteante.

Bajo la tierra parecía latir la calentura.

Me hacía sufrir el olor de la primavera. Era como un desgarramiento de mi alma, como una angustia espantosa, como un ansia frenética de darme todo, de difundirme en aquella voracidad insaciable del sol, de la tierra, del perfume.

El aire era caliente como un contorno de mujer.

Y todas las formas en la luz, eran como cosas vivas, ávidas y palpitantes.

Golpeaba mi corazón con un rumor de manantial que se rompe.

Ardían mis cabellos, crujientes como víboras inquietas.

Y mis manos eran llamas cruzadas de profundos reflejos sangrientos.

En un extremo del Suk, rodeados por una multitud ferviente, estaban los *aissauas*, los hijos peregrinos de Sidi-Ben-Aissa, el santo prodigioso que floreció en los tiempos dorados del Sultán Muley Ismail.

Habían llegado aquella mañana, con sus es-

tandartes verdes, y sus pupilas fosfóricas, desde las tierras maravillosas del Dukala.

Y esparcidos por el Suk, ejecutaban sus milagros llenos del aliento y de la gracia de Allah.

El-Glaní y yo nos acercamos á un grupo.

Sobre un tapiz negro, con bordados de oro deslucido, dos mancebos morenos, de ojos de abismo y anchas melenas, recitaban salmódicamente las alabanzas de Dios, ante una cesta cubierta con una piel de chacal.

Terminadas las recitaciones, uno de ellos comenzó á tocar una flauta de caña, semejante al ala de una paloma, mientras el otro, descubriendo la cesta, iniciaba una danza lenta y rítmica, acompañándose con un motivo triste, de una tristeza fatal que no era de este mundo.

Atraídas por el canto fascinante, las serpientes salieron de la cesta, desenroscando sus anillos, con un rumor de pergamino que se rompe.

Unas serpientes eran largas, flexibles, de cabeza aplastada que se erguía alta y voraz, de pieles de bronce con reflejos de zafiros, de esmeraldas, de turquesas, de oro viejo, y las otras eran cortas, anchas y carnosas, de pieles blancas con manchas amarillas.

Como joyas preciosas brillaban sobre el tapiz negro los bellos animales ardientes de veneno.

El encantador cogió á la más terrible de las

serpientes, la extendió sobre el tapiz, y le pasó varias veces la mano por la piel constelada.

A los breves instantes el animal quedó como muerto, largo y rígido.

Ni una onda vibraba en su cuerpo; era semejante al báculo de un profeta.

El músico continuaba haciendo pasar por los tubos de su flauta, una melodía bárbara, primitiva y misteriosa.

El fascinador tornó á pasar su mano por la piel del animal, y la serpiente se agitó convulsa y frenética de vida.

Entonces la enroscó á su brazo tatuado, y con lentitud sabia, fué acercando la cabeza del áspid á la suya.

Magnéticas y feroces se cruzaban las miradas humana y bestial.

De pronto, la serpiente alargó la cabeza, y con sus sutiles dientes curvos, mordió la ancha lengua roja del encantador.

Brotó la sangre ardiente del fanático, y la serpiente irguió triunfal su cabeza, llevando entre los dientes palpitantes fibras vivas.

El aliento divino penetró en el cuerpo del hijo de Sidi Aissa, con el veneno de la bestia.

Cogió un haz de paja, la humedeció con su saliva ensangrentada, y recitando secretas palabras de profundo significado, sopló.

Una invisible candela quemó la paja, y la roja llama santa se agitó en el aire inmóvil.

El-Glaní y yo dejamos al fascinador, y continuamos andando.

Aissauas, jóvenes y viejos, desnudos, con las cabelleras revueltas como crines salvajes, llenos de horribles heridas, cubiertos de sangre, se clavaban largas agujas de acero, se desgarraban la piel con las uñas ansiosas, se hundían en los oídos hierros aguzados y retorcidos como garfios, devoraban lagartos vivos que crujían al ser masticados como bolsas hinchadas de podredumbre.

Un aissaua, espantoso como el espectro del miedo, se retorció en la tierra poseído del mal divino.

Tenía una feroz herida en el pecho, de la cual salía la sangre negra, espumosa y compacta, y bajo la sangre se veían temblar los labios de la herida, con un esfuerzo incesante y agónico.

Una enorme cuchillada cruzaba su frente y partía un ojo.

Media cara era como un tumor deshecho, como una monstruosidad sangrienta, y la otra media era lívida, azulada, como la de un cadáver sepultado mucho tiempo.

El peregrino se agitaba convulso, y la tierra penetraba en sus heridas y se mezclaba con su sangre.

Otro, aullante, fiero, con las melenas erizadas y las pupilas de un blanco enloquecedor, se arrancaba la piel de sus muslos tremantes y nervudos.

Se hincaba las largas uñas y con un movimiento cruel y diestro, arrancaba tiras de la áspera piel de cobre, hasta dejar al descubierto el músculo vivo, rojo y húmedo.

El aire estaba lleno de un divino aroma de sol, de primavera y de sangre.

La melodía de las formas se extendía limpia y pura sobre el azul triunfal.

Yo bebía el aire con grandes aspiraciones, y me parecía que entraba en mi pecho la felicidad.

Un rumor de voces, de relinchos de caballos, de gritos desgarrantes, de músicas quemadas de tristeza, llenaba el espacio con resonante algarabía.

Avanzábamos por el Suk, desfallecido de sol.

Hechiceros de la Arabia vendían los talismanes verdes para atraer la gracia de Allah, los corales de color de sangre enferma para conjurar el mal de ojo, el benjuí para alejar á los chaitanes, el veneno para dar la muerte en un suspiro.

Narradores coptos y siriacos contaban maravillosas historias de princesas y encantamientos.

Alguna mujer velada, andaba con débil gracia, y se detenía un instante para escuchar el peregrino cuento de oro.

—¿Ves aquella que viene hacia nosotros?— me dijo El-Glaní—, es la mujer de El-Tazí, al cual está envenenando. El-Tazí la adora, y sólo toma las comidas, los refrescos y los dulces que ella le prepara y que le matan suavemente. Hace días le encontré apoyado en el hombro de un esclavo; ya no tiene vida más que en los ojos llenos de calentura y de amor.

Envuelta en su *jaik*, pasó lentamente junto á nosotros, aquella mujer bella, cruel y vengativa.

Tenía los ojos verdes como esmeraldas oscuras, é iba perfumada de cinamomo y de áloe. Arrastrándose por el suelo, un *dervich* pedía la limosna.

El sabio ha dicho:

«Diez cualidades comunes á los perros debe tener un dervich: estar siempre hambriento; no tener sitio fijo para dormir; no tener herederos; no abandonar á su amo aunque sea maltratado por él; velar de noche; contentarse con el sitio más miserable; ceder su lugar al que lo quiera; estar siempre sumiso al que le da un pedazo de pan, aunque le azote; irse á un rincón á comer; y, por último, mientras esté con su amo, no volver al sitio de donde partió.»

«El buen islamita, antes de retirarse del mundo, debe pensar que un solitario sin doctrina es una casa sin puerta; un *dervich* sin piedad es una casa sin luz; que los bienes de las socie-

dades religiosas pertenecen á los pobres, y que el *dervich* avaro es un ladrón de camino real.

El sol iluminaba los alminares, los altos capiteles cuyas volutas semejaban ligeros bucles de oro.

El porvenir se me ofrecía como un mar luminoso y claro en la vasta profusión de mi vida.

Yo daba mi llama á las cosas áridas, y éstas se encendían con un súbito fulgor.

La tierra hecha de fuego sagrado, era siempre propicia á los faustos de mi vitalidad.

La potencia de mis pensamientos arduos y soberbios, se exaltaba en la tierra áspera, y sobre aquel fervor de vida yo sentía aguda ansia de abrir el caudal imperioso de mi sangre, y de llenar la tierra en un rito sangriento y magnífico.

■ Mi vida llegaba á su máxima plenitud, á ese instante pródigo en el que nuestras fuerzas necesitan elevarse como humos de sacrificio.

Mi existencia se desenvolvía como en un mito primitivo, como en un amplio ciclo de ágiles y puras potencias.

■ Mi voluntad, templada como un acero, se curvaba dócil para erguirse después dominadora.

Y todos los actos dispersos de mi vida se ennoblecían y se purificaban á través del infinito bien del fuego.

Las cimas rabiosas de espuma, de un mar que

presiente la posesión delirante de la tempestad, se elevaban en mi alma y me arrastraban hacia vórtices frenéticos, abiertos como desesperadas fauces.

Todo, á través de mi sangre, se me aparecía como un sueño encantado y fulgurante.

Las hojas de los árboles, semejaban llamas ardientísimas elevadas hacia el fulgor inmenso de los cielos.

Y mis instintos también se tendían como lenguas de fuego, hacia confusas ansias y dominadores deseos.

La profundidad de mi vida se extendía como una nube.

La primavera tenía un denso aroma amargo.

Un amor sonoro, como agua en el corazón de una fuente, se extendía por todo mi ser, y me hacía pensar en maravillosas fecundaciones, en prodigiosos actos de animación, en heroicas y fabulosas génesis.

El aire, como un flúido en el que hubiera disuelto ámbar y oro, me traía perturbadores perfumes desconocidos, como de remotas islas de ensueño.

Una violencia de embriaguez bárbara me exaltaba, y hasta mis cabellos palpitaban sacudidos por el ímpetu, como las crines hoscas de un caballo de batalla.

Desde mis más ocultas raíces, se desenvolvía

la espiral sin límite de una exaltación y de un frenesí divinos.

Mi alma lanzaba á los aires sus tigres ágiles, sus leones rugientes, sus crueles leopardos.

Una alegría casi feroz, poseía mi carne como una tempestad.

La sangre de las cosas borboteaba crepitante.

Mi alma se encendía en cien llamas, y mi vida era como un corazón que recogiera todas las sangres.

La luz era amor, amor desgarrante, angustioso, divino.

Resplandecían las lejanías flavas y quiméricas.

El Suk era como una entraña viva del sol.

Quemaba la tierra como fuego.

Relucían las pieles de los caballos, las frutas llameantes, las mantas de fuertes colores simples, rojos, verdes, azules, amarillos.

Los hombres del desierto, de largos ojos hechos para mirar todos los horizontes, pasaban lentos, inmateriales, silenciosos.

Un hebreo rico, gordo y suntuoso, cruzó sosteniéndose en los hombros de dos bellos mancebos pálidos.

Gentil y aristocrático, el caid detuvo su caballo al vernos.

—Que la paz sea contigo, Arbí, y contigo, Mujammed.

Inclinóse ligeramente, y en voz muy baja, me dijo:

—El Sultán quiere mandar gentes á El-Tussaní, para ayudarle, y sobre todo para haceros daño; estad prevenidos. Hoy no puedo decirte más, pero cuando tenga noticias os avisaré.

Y clavando las espuelas en el caballo, partió supremamente ágil y elegante, entre la turba clamorosa.

Una gran multitud, formando círculo, recibía salmodias con voz grave.

Era la iniciación de un aissaua.

El-Glaní y yo, nos acercamos.

Un adolescente de ancha boca feroz, y ojos dulces y claros como los de las hienas, estaba sentado en el suelo sosteniendo entre sus manos un hacha de brillante acero y sutil filo.

Era la cara del mancebo inmóvil y serena.

Un ligero matiz de sangre encendía las pupilas, misteriosas de tanta paz.

Un aissaua viejo y retorcido como la mecha de una antorcha, preparaba en sus manos de garra un montón de tierra.

Levantóse violentamente, deteniéndose ante el mancebo, le miró largo rato con ojos de otra vida, impregnados de una monstruosa atracción más que humana.

Poco á poco, las pupilas del adolescente se iluminaron con un claror de inexistencia.

Se entreabría su boca, y la faz inmutable se hacía absorta y espectral.

Todos sus músculos quedaron rígidos, y el hacha pareció incrustada en las manos contraídas.

El aissaua comenzó las invocaciones á Sidi Ben-Aissa, con una voz extraña, desconocida y lejana como si saliera de las entrañas de la tierra ó viniera por los aires de un paraje quimérico.

Movía la cabeza con un ritmo monótono, y sobre su cráneo azulado, brillaban al sol largas y como oxidadas cicatrices.

Un leve temblor estremecía el cuerpo del fánático.

Vibraban los músculos con un sufrimiento penoso, y la piel seca, calcinada, parecía pronta á crujir y á desgarrarse.

Terminadas las invocaciones, el aissaua cantó una melodía de ensueño, llena de pasión desesperada, de fatal encanto, de renuncia absoluta, y de entrevisión de eternidad.

Penetraba la música en el alma, como una alucinación, como una pena más que humana, sin consuelo en la tierra.

Parecía creada por un visionario en fiebre, cercano á la muerte, por un alma devorada de tristeza que nada espera ya ni de Dios ni de los hombres.



El adolescente permanecía extático, como esculpido sobre la tierra.

Con un ágil movimiento de fiera, el aissaua le arrancó el hacha, y levantándola en alto, la descargó sobre la cabeza juvenil, que se partió con un ruido breve y seco.

Una catarata violenta de ardiente sangre, saltó limpia y luminosa.

Era una bella sangre joven, nutrida de alegría y de fuerza.

Corría con un fausto rojo y borboteante.

Se desbordaba por la frente, inundaba las pupilas inmóviles, las mejillas tersas, corría por la boca abierta y feroz.

A través de la sangre resplandecían las pupilas del mancebo, con un goce animal y divino.

Un charco de sangre humeante y compacta se había formado en el suelo.

El aissaua, siempre murmurando oraciones, amasó su montón de tierra con aquella sangre, y elevando los ojos al cielo, comenzó á comer aquella horrible mezcla, lamiendo con su lengua la sangre todavía caliente que goteaba por sus labios.

Los ojos del aissaua eran los de un tigre devorando unas entrañas.

Crujía la tierra sangrienta entre sus dientes, y todo su rostro temblaba de ferocidad y de placer

Ante la sangre, todo mi ser vibraba torturado por crueles ansias.

Sentía como una especie de agonía, como un espasmo entre la vida y la muerte.

Todos mis pensamientos eran sangre y eran fiebre.

Se despertaba en mí un impulso agudo y bárbaro de matar, de hundir mis manos entre vísceras crepitantes, entre sangre olorosa, y de sentir á lo largo de mis dedos el escalofrío de la muerte.

El sol me exaltaba como el aliento de un Dios.

Mis ojos veían las formas á través de un velo de ámbar y de sangre, y en las raíces de mi existencia, yo percibía esa misteriosa sensación de frío precursora de las más grandes lujurias de la vida.

El rumor del Suk, el respirar caliente de la bestias, el aroma de la sangre y de las carnes fanáticas, me embriagaban bajo el fuego solar.

Los creyentes, en círculo, musitaban oraciones de gracias.

Cuando el aissaua concluyó su banquete de tierra y de sangre, levantóse con el gesto de un sonámbulo, y se acercó al herido.

De nuevo miró al mancebo con aquellos ojos inhumanos que debían contener toda la sabiduría de la serpiente.

El adolescente parecía *dormido en un sueño fabuloso*.

Acercóse á él el aissaua, cogió los labios de la herida que temblaban con la expresión de una boca humana, los apretó fuertemente, lavó con saliva los coágulos de sangre, y manteniéndolos unidos recitó en voz muy baja, una oración secreta, sólo conocida por los hijos de Sidi-Ben-Aissa.

El milagro se hizo.

Cerróse la herida de anchos labios bestiales y sobre el cráneo del mancebo, sólo quedó una leve y obscura cicatriz.

--*El-jam-du-li-llah!*

Otros aissauas, frenéticos, aullantes, llenos de la calentura de Dios, se ofrecían al sol cubiertos de sangre, abiertas las carnes, trágicamente bellos y horribles en el divino sacrificio.

Las imágenes se me aparecían en una violentísima sucesión de relámpagos.

Y era como un deslumbramiento rojo en mis pupilas, como si una mano ensangrentada me cogiera el espíritu, y lo apretara profunda y dolorosamente.

De todas las formas veía yo surgir cúspides de llamas tendidas hacia el cielo, magnífico en su absoluta desolación.

Sentíame vivir en un soberbio mundo monstruoso, en el que todas las cosas florecieran ator-

mentadas y sangrientas como extraños bosques de coral, y en el que el olor de la calentura lo envolviera todo como en óleo de embriaguez.

Levantando nuestras blancas vestiduras para no mancharlas con la sangre, El-Glaní y yo avanzamos por el Suk.

Una turba clamorosa y salvaje gritaba en un extremo.

Un aissaua agonizaba entre el ardiente relinchar de los caballos del desierto.

Triunfal ondeaba en los aires la bandera verde de Sidi Ben-Aissa.

—*Jatta gadda, incha-allah. Abkalajeir.*

—*Emsi-bis-selam...*

Agilmente me perdí entre las calles solitarias, húmedas de fresca sombra y aromadas de un misterioso perfume de jardines.

Inmóvil dormitaba algún árabe junto á una pared azul.

En la penumbra de una celosía, fascinaban unos ojos negros y desconocidos.

Lejos, como un recuerdo, se oía la canción lenta y soñolienta de una mujer meciendo á un niño.

Las calles estaban desiertas.

Sólo el misterio pasaba estrangulador y alucinante entre las galerías de la sombra.

Ni un rumor de vida á través de las puertas cerradas.

Fulgía de pronto el alminar de una mezquita y otra vez la sombra azul cubría el aire.

En el silencio se oía al corazón latir con angustia.

Sobre un mulo blanco, un árbol viejo erguía su pompa muerta, y los vástagos del árbol se entrecruzaban como las venas en un cuerpo.

Caminaba como perdido en los laberintos de un sueño.

De pronto, unos alaridos de mujeres, rotos y agudos, gritaron *a huili, a huili*.

Unas voces graves que cantaban el *lah illah illa Allah Mujammed rasul Allah*, resonaron con pavorosa profundidad, y un cortejo tétrico desfilaron lentamente por la calleja oscura.

Era un entierro.

Llevaban al muerto en una camilla, con los pies hacia la *Kebla*, y todo envuelto en la bandera blanca de una *zauya*.

Los parientes y algunos *tolbas*, iban en dos filas, semiocultos en los albornoces, recitando tristemente la profesión de fe.

Detrás se arrastraban las mujeres lívidas, desmelenadas, rojas las pupilas, desgarrándose las caras y gritando enronquecidas *a huili a huili*.

Entre las sombras, los rayos del sol parecían lejanos, casi lunares, como vistos á través de una antorcha funeral.

Y el Profeta ha dicho:

«No creáis que los que han sucumbido combatiendo en la senda de Dios han muerto; viven cerca de Dios que les distribuye un alimento delicioso. Llenos de alegría á causa de las bondades de que Dios les colma, contemplan con placer á los que siguen sus huellas.» *Sura! La familia de Imram, vers. 163 y 164.*

En el cortejo, pálido y taciturno, estaba El-Medani, joven prócer y antiguo guerrero del Majzen.

—¿Quién murió?—le pregunté.

—¿No sabes, Aíbí? El-Makk, mi primo, asesinado por Hameido. Lenguas perversas dijeron que mi pobre primo era amigo de El-Tussani, y anoche le mataron. Ha sido una infamia, pero Allah castigará al asesino.

—¿Y estás cierto de que ha sido Hameido?

—Por Dios que nos oye, te juro que fué Hameido el que le partió el corazón. Mi hermano le vió huir con la yilaba llena de sangre y con el puñal en la mano.

Rápidamente salí de la ciudad.

En el campo las hierbas tenían un extraño olor enfermo que producía dulcísima languidez.

Mi alma se hacía infinita contemplando lo infinito del horizonte.

Por el aire pasaba una música de una inocencia divina que surgía pura como el agua de la fuente eterna de las cosas.

Yo estaba lleno de la embriaguez de la sangre y de la muerte.

Un profundo desvanecimiento me abría en el espíritu insondables abismos.

Todo mi pensamiento estaba como impregnado de sangre.

Y me sentía morir divinamente y sentía cómo mi cadáver devorado por el sol se convertía en un humo rojo.

Era una agonía de luz, de aromas mortales, de calenturas de fuego.

Bajo mis pies ardían las hierbas, y la tierra caliente como una piel humana.

Yo sufría como si mi corazón fuese una úlcera en carne viva.

Y mi ser entero se desgarraba de amor, de un amor de muerte, de crueldad y de sangre.

Kamar me esperaba entre nubes de áloe, envuelta en un kaftán de seda roja.

Resplandecía en su frente el pensamiento, lleno de luces de oro, de reflejos de esmeralda, de perfumes dulces y mortales como venenos.

Estaba mi carne tan llena de amor, que todos mis gestos eran como profundas caricias.

Su vestidura roja aumentaba mi ferocidad, dándome la imagen viva y humeante de la sangre.

—Esposo, amor mío...

Temblaba junto á la mía su cara de un maravilloso matiz leonado.

—Tienes fiebre en tus manos. ¿Qué te pasa, amado mío?

—Tengo calentura de ti, Kamar.

—Sidi, dejemos la ciudad, volvámonos á nuestras montañas, ¿quieres?

—No puedo, Kamar; sabes que es imposible.

—¿No tiene Hameido su gente?

—No hablemos de esto, amada. Pronto, muy pronto, cuando termine la guerra, si Dios quiere, volveremos á nuestra casa de la montaña.

—¡Ah! amado mío, una noticia. La mujer de El-Zahra ha estado en el mercado de El-Arba, y ha visto á unos camelleros de Mequinez, que le han dicho que mi hermano Abdallah ha vuelto de la Meca, y que vendrá á Beni-Nuar.

Traía el aire un pertume profundo, como el de las cabelleras oleosas de las esclavas.

Sobre mis párpados sentía el aleteo de sus pestañas, y veía reflejada mi imagen en sus ojos claros y fieros como los de las leonas.

Un aire suave hacía ondear sus cabellos, aquellos cabellos que me daban la sensación de una música extraña.

A través de la piel flúida, yo percibía el olor de su sangre.

—Salgamos, amada, salgamos á la luz.

En el azul ondeaban las cimas de las montañas como olas.

Bajo mi mano que resbalaba por la seda, se

estremecían animosamente las curvas de su cuerpo.

Ella era la hembra eterna y perfecta.

Avanzábamos, ciegos los ojos y unidas las manos temblorosas, á través de la tierra muda.

Bajo el sol, parecía toda vestida de una sangre llameante.

Una sed extraña abrasaba mis fauces.

En vez de agua, yo hubiera querido beber sangre, en el cuenco de una bella mano desnuda.

Nuestras sombras se confundían en la irradiación de las palmeras y del azul.

Ibamos tan juntos, que yo sentía á lo largo de mis piernas, la caricia de seda de sus carnes palpitantes.

Todos sus gestos eran como una música.

Ella caminaba hacia el amor, como á un divino sacrificio en el que toda el alma estuviera en alto.

Desfallecía, y apoyaba su cabeza en mi hombro con una gracia inefable de moribunda.

Estaba pálida, horriblemente pálida; pero en sus ojos brillaba un fulgor más profundo y misterioso que la muerte.

La levanté entre mis brazos, y anduve así llevando junto á mi corazón aquella preciosa substancia hecha de ansiedades y de perfumes.

El sol atravesaba mi cuerpo como una lanzada bárbara.

Bajo el oro del kaftán latía su pecho leve y tibio.

Tenía los párpados cerrados sobre la faz inmóvil y transparente.

Pasó una golondrina, y la sombra movible de sus alas se reflejó sobre la cara pálida de la amada.

Ante nosotros se extendía la tierra en un silencio infinito.

Era el desierto, sobre el cual sólo vive el ágil fulgor de las serpientes.

Para calmar la sed áspera de mis labios, bebaba de cuando en cuando los labios de Kamar, rojos como si hubiera bebido sangre.

Lejos del campamento descansamos sobre la tierra en luz.

En el silencio, pasó junto á nosotros el ala de un ensueño.

La sangre latía en mis sienes con voz ronca y por mis ojos deslumbrados pasaban monstruosas visiones y quimeras encendidas.

Con impetuosa mano implacable, desnudé á Kamar de sus vestiduras centelleantes.

Sólo con sus ajorcas de oro, quedó desnuda y dorada entre la luz de oro, sobre la tierra dorada.

Hasta nosotros llegó un olor acre y horrible de podredumbre.

Lejos, unos cuervos negros, con las alas abier-

tas, devoraban un cadáver, del cual apenas si quedaba el blanco esqueleto calcinado.

Ambos sentíamos la embriaguez divina de la muerte.

La amada estaba llena de presagios misteriosos.

Irguió su cabeza, y con un gesto ávido de tierra me besó en los labios.

Luego pálidos, rígidos, conteniendo el impulso salvaje de aniquilarnos, nos acariciamos lenta, sabia, cruelmente.

La tortura dolorosa de la espera, hacía nuestro goce casi divino.

Su rostro estaba velado por una gracia misteriosa de éxtasis y de dolor.

Toda ella vibraba ardiente.

Sólo sus ojos permanecían lejanos, dulces, fríos como las estrellas.

De pronto, sus dientes de pantera se clavaron en mi cuello, y unas gotas de sangre corrieron como rubíes de fuego.

Caímos abrazados, rugientes.

Ella gritaba feroz, clavándome sus uñas pintadas de rojo, estrangulándome con sus brazos.

El cuerpo dorado y caliente del desierto se unía á nuestros cuerpos.

El sol abrasaba nuestra sangre como una caricia más.

Yo la sentía morir entre mis brazos y amaba

á aquella criatura como algo que no es de este mundo.

La sombra de Azrael cerró nuestros ojos.

Se detuvo nuestra sangre en las venas inmóviles.

El desierto parecía bogar hacia lo infinito.

Y sentimos descender el cielo sobre nuestros cuerpos muertos.

El calor del desierto era suave como el de una piel joven.

Morir...

Crujían en el aire las alas sonoras de los cuervos.

Bendito sea siempre el nombre de Allah en los corazones puros y ligeros de los creyentes.



V

En el nombre de Dios clemente y misericordioso. La bendición de Allah sobre su Profeta.

Reclinado sobre unos altos cojines de terciopelo negro, Hameido hablaba con su voz suave, desfallecida, de un indecible encanto femenino.

A su lado estaban El-Tail y El-Massudí, dos nobles de Tettauen, elegantes y melancólicos.

Absalam, en un extremo de la sala, fumaba silenciosamente su kif, semicerradas las pupilas de ámbar denso, inmóviles los labios rectos y fríos.

Por los ajimeces penetraba la luna.

Y con el alma perfumada de la noche, venían ráfagas de música.

En el kiosco de los laureles, al son de los laúdes, de las camanyas, de los rebabs, de las derbukas, cantaban los músicos *alas* y *sikas*.

En bandejas de plata cincelada, nos ofrecían los esclavos negros las confituras de cinamomo

y de rosa, los refrescos helados, los dulces que saben á nardo.

Los cirios de las lucernas nos iluminaban á veces con trágicos reflejos de muerte, y á veces con violentos resplandores purpúreos.

Decía Hameido:

—Os he llamado, primos míos, porque necesito á todo trance vuestra ayuda. Sé que el Sultán quiere proteger á El-Tussani, pero cómo aquél tiene á sus principales mehallas en Dar-el-Baida, y no puede disponer de ellas porque se le rebelarían otra vez las tribus, es seguro que acudirá á las fuerzas de Tettauen, y si vosotros queréis, podréis darme la victoria sobre El-Tussani.

—¿Cómo, Hameido?

—Simplemente con que digáis al *bachá* que vosotros mismos habéis presenciado una algarada entre las tribus de El-Arbí, y que debe enviar gente para dominarla.

—¿Y nos creerá el bachá?

—Ciegamente. Vosotros sabéis tan bien como yo quien es el bachá, y sabéis que si Tettauen tiene gobernadores, sois vosotros y no el pobre Bugta.

El-Tail y El-Massudí se miraron un instante con rápida mirada profunda.

—No, Hameido, nosotros no podemos hacer eso. Sería una traición indigna de nosotros.

—¿Por qué traición? Es política, primos míos...

—Imposible. ¿No comprendes, además, que el Sultán se apercibiría de nuestro engaño?

—¿Y qué importa? El Sultán es el mayor intrigante de la corte...

—Perderíamos toda nuestra influencia con él.

—Pero me ganaríaís á mí...

Y un relámpago cruel pasó por los ojos de aquel divino ser, mitad arcángel y mitad demonio.

Sonrióse sin, embargo, con su cortesanía caballeresca, de una mágica fascinación, y besando las manos de los nobles, dijo:

—Basta, primos míos, no quiero que esto sea causa de la más ligera sombra entre nosotros. Habéis sido siempre los predilectos de mi corazón, y nuestra amistad entrañable sólo acabará con la muerte.

Absalam fumaba inmóvil su kiff, sin que una onda obscureciera la ambigüedad de sus pupilas de ámbar.

Hameido hablaba siempre sonriente, y en su faz inmutable y en sus ojos suaves, había el reposo sereno de la fiera satisfecha.

Los músicos cantaban el *Ya aza/i*, esa melodía desgarradora, con que mis padres los *allandalús* se despidieron de su Gharnatha.

«¡Cuánto lloro el pasado que huyó de nosotros! ¡Oh, Dios mío! ¡Cómo no recordar los días de dicha, las noches dulces y suaves! ¡Oh, nuestras mansiones de Andalucía, con cuánto dolor os dejamos! No, no os olvidaremos nunca.»

«Ya no gozamos las divinas noches de Ghar-natha, ciudad de delicias. ¡Oh, nuestras mansiones de Andalucía, con cuánto dolor os dejamos! No, no os olvidaremos nunca.»

«¡Oh, Dios mío! Yo te pido que en tu infinita bondad me concedas volver á ver aquella tierra de bendiciones. ¡Oh, Dios mío, devuélveme lo que amo, y deja que lo disfrute en paz! ¡Oh, nuestras mansiones de Andalucía, con cuánto dolor os dejamos! No os olvidaremos nunca.»

En los *alatichs*, una tristeza inmortal penetraba en nuestras almas.

A través del ajimez, la noche aparecía llena de hechizos y de fantasmas.

Se encendían antorchas entre las calles de mirtos, se oía un rozar de túnicas entre la fronda, y el susurro de los árboles semejaba el rumor de una asamblea de viejos profetas.

Hameido callaba, y el silencio estaba lleno de inquietudes y presentimientos.

Sobre los haitis negros, la luz de los cirios era trágica y funeral.

A una señal de Hameido, un esclavo trajo á los músicos del kiosco.

Sentáronse sobre un tapiz y acompañando *el*

barid con un *kaim-unuz* de panderetas y de *almasafih* comenzaron á cantar alegres *grihas*, ligeras y graciosas como bucles rizados sobre nu-
cas juveniles.

Aquellas *negaim* de ritmo animado y festivo, eran como una sonrisa suave en la tristeza secular de nuestras almas.

Cantaron el oriental y cascabeleante *mchergui*, el leve y burlón *meksur-el-djneah* mogrebino, el *neslug* del Sus violento y aullante como un delirio.

Todas las más clásicas y famosas *mó alagas* de Mohalkif Imron-el-kuais, y de Ib-Zotaiba, se desgranaron como el collar de perlas de la leyenda.

Y la alegría tendió por los aires sus pompasas guirnaldas de rosas rojas.

El-Tail y El-Massudí reían seducidos por aquella atracción de Hameido indefinible y penetrante.

Hameido mismo, reía con la clara ingenuidad de un niño, y al reir, se estremecía su ancho cuello bárbaro, de una solidez heroica.

Los negros esclavos gigantescos, servían las confituras de sabor profundo, los refrescos helados con la nieve del Atlas.

Humeaban nuestras pipas con el humo azul del kif, oloroso y acre como un sexo de mujer morena.

Y la noche entraba por los ajimeces fulgurante y sonora.

A la mitad de la noche, El-Tail y El-Massudí se levantaron para tornar á la ciudad.

—¡Oh! es muy pronto—les dijo Hameido—, os lo pido de todo corazón, esperad; veréis á Kadudji, mi mejor *almec*.

Sentáronse los caballeros, y la música inició el ritmo de una danza.

Toda envuelta en un velo blanco con franjas de plata, penetró Kadudji en la estancia.

Ante la aparecida, la música se hizo misteriosa, apagada, sutil como un aroma en la noche.

Las camanyas tenían como lejanos temblores cristalinos, y las derbukas sonaban huecas y profundas.

Con un amplio movimiento, Kadudji se despojó de sus velos y surgió brillante y suntuosa.

Sujeta por un hilo de oro, una ancha esmeralda lucía sobre su frente.

Sus largos ojos de infierno alucinaban entre el negror azulado del *kojhol*.

De sus orejas, semejantes á dos conchas de nácar, colgaban largos y tintineantes aretes de oro.

Un collar de rubíes sangrientos ceñía su garganta, dando la sensación bárbara y magnífica de estar degollada.

Su traje era todo de oro, y su ceñidor de un verde triunfante y profundo.

Las manos largas, finas, ambiguas, como floraciones de una extraña nerviosidad, brillaban consteladas de zafiros, de esmeraldas, de topacios, de rubíes y de turquesas.

Las uñas pintadas de *jhenna*, parecía que hubiesen estado largo tiempo sumergidas en sangre.

Kadudji danzaba con los ojos en alto, envuelta la cara en una violenta luz purpúrea.

Con un frenético espasmo agitaba su cuerpo suntuoso, y luego su gesto se hacía lento, suave y terrible como la caricia de una fiera.

Kadudji tenía un alma magnífica, enamorada del oro, de los mármoles y de la púrpura.

Era una criatura divinamente inconsciente y divinamente feroz.

Como Salomé la hechicera, ella tenía en su alma un ritmo eterno, y para ser semejante á la hebrea, sólo faltaba entre sus manos la cortada cabeza sangrienta de Jokanán.

Un instante se detuvo la música.

Kadudji, con los ojos cerrados, temblaba con un estremecimiento apenas perceptible.

Agonizaba de una lujuria más misteriosa que los ritos de la Kabala.

Desde sus pies hasta la raíz de los cabellos, parecía consumirse como una llama dorada.

De pronto, un grito caliente y bestial rompió

su garganta, cayeron rápidamente las vestiduras, y con un brillar de topacio, surgió la corrupción soberbia de su vientre desnudo.

La música aceleró su ritmo como el latir de un pulso desbordante.

Kadudji levantó sus brazos, arqueó su vientre, y con una destreza que hacía doler los nervios, movió sabiamente sus caderas simulando una posesión monstruosa con un fantasma ó con un dios.

Su boca ensangrentada sonreía con una sonrisa enigmática y fascinante.

Y sus ojos semicerrados parecían acariciar la sombra lasciva del monstruo ó del dios.

Como un sueño, Kadudji se envolvió en su velo de plata y desapareció tras un haiti.

En el aire de la estancia quedó la huella de su cuerpo dorado y caliente.

Cesó la música.

El-Tail y El-Massudi se levantaron para partir.

Hameido se levantó también, y con sus aterciopelados movimientos de tigre, abrazó y besó en el rostro á los caballeros.

—¡Que Allah os acompañe primos míos! Hasta la muerte seré siempre vuestro amigo y vuestro hermano.

En tanto que besaba en el rostro á El-Massudi hacía una rapidísima seña á Absalam, que salió prestísimo.

Hameido los acompañó al jardín, sonriendo siempre con su sonrisa femenina de una inagotable frescura de adolescencia.

Desaparecieron los músicos y yo quedé solo en la estancia.

Las ráfagas de aire consumían en las lucernas los cirios chisporroteantes.

Penetraba como una música silenciosa, tejida con melodía de almas.

Al viento se agitaban los haitis, como movidos por invisibles manos.

El jardín en la noche tenía una tristeza igual á la de mi alma.

La soledad me servía para hacerme sentir toda la profundidad de mi vida.

Venía un aroma de una opulencia angustiosa, embriagante de amor.

Mi boca se tendía para besar la frente húmeda de la noche.

Un rumor extraño y confuso como de lucha rápida, cruzó por el jardín.

Después el silencio se extendió por las calles de mirtos, por los bosques de laureles y de rosas, por la fronda oscura.

De muy lejos traía el aire la salmodia de un creyente en oración.

La tierra tenía un perfume que me recordaba las noches sin fin del desierto.

Yo me inclinaba hacia las fuentes llenas de

pensamientos divinos, y mi espíritu se hacía ligero como una onda.

Se presentía el alba y las estrellas se apagaban.

Una humedad suave refrescaba mi frente ardorosa.

Bruscamente penetró Hameido en la estancia. Venía pálido y todo manchado de sangre.

—¿Qué has hecho?

—Ellos lo han querido, Arbí. A toda costa necesitábamos destruir la acción del Sultán. Escucha; yo sé, y ellos también lo sabían, que las fuerzas de Tettauen estaban perfectamente armadas y dispuestas para partir al primer aviso.

Si estas tropas ayudaran á El-Tussaní, nuestra situación sería verdaderamente peligrosa. Ahora creo que estamos salvados.

—¿Cómo?

—Absalám imitando la letra de El-Tail, ha escrito al bachá, diciendo que detenga á los *askaris*, y ha sellado las cartas con los sellos de mis primos.

—¿Y si el bachá recibe órdenes directas del Sultán?

—No las recibirá, porque tengo gente en todos los caminos de Tettauen para impedir que entre ningún mensajero de la corte.

—Lo que Dios quiera. ¿Y los muertos?

—Enterrados junto á los cipreses, en el extre-

mo del jardín. ¡Oh! El-Tail se defendía como un tigre hambriento; creo que me ha mordido.

Con una sonrisa llena de gracia y de seducción, Hameido descubrió su brazo.

La dentellada del moribundo había arrancado un fragmento de carne, y entre la sangre coagulada, se veía el músculo roto, encendido y palpitante.

—¡Magníficos dientes!

Y Hameido reía gozoso, con su bella boca femenina y sus ojos ambiguos y fascinadores.

Cubrió su brazo ensangrentado, y se tendió sobre los cojines de terciopelo negro.

—¿No te extraña, Hameido, que El-Tussani no haya hecho ni la más leve insinuación de guerra?

—No me extraña, porque el reunir gentes le cuesta un trabajo inmenso. Me dijeron que hace dos noches encendió las hogueras en todas sus montañas, y apenas si llegaron cien hombres á su casa. Sus tribus están muy mal unidas y entre ellas tengo yo muchos amigos.

—Hameido, ¿es cierto que mataste tu mismo á El-Malek?

—Sí; dijo en el patio de la *djamma-el-kebir* que cuando empezara la guerra se iría con El-Tussani; aquella misma noche le encontré en la calle, le dije que era un traidor y lo maté.

—¿Y sus parientes?

—¿Qué me importan? Quiero que la ciudad sea mía, y lo será, si Dios quiere.

Absalam entró en la estancia, siempre rígido y hermético.

—Hameido, ahora mismo parte el *raha* con las cartas para el bachá. Toma los sellos.

Hameido recogió las sortijas de plata con las cifras señoriales, y las guardó en su cartera de oro.

—¿Y los dos esclavos?

—Ya estarán ahorcados fuera de la ciudad.

—Messiam.

Besé á Hameido en el rostro y partí en la noche.

Las calles estrechas estaban negras como cajas funerales.

Alguna luz inquieta como un presentimiento temblaba en una ventana abierta.

Se oía el sollozar de una criatura, triste, desgarradoramente triste, con una tristeza horrible de inconsciencia y de fatalidad.

Aí pasar junto á una tapia, unas rosas desbordantes me rozaron el rostro como besos misteriosos.

Tras una ventana iluminada, una vieja hechicera preparaba sus venenos y sus talismanes.

El alba venía lenta por los cielos.

Tropezaban mis pies con cadáveres de perros en putrefacción.

De una calle tenebrosa como una alucinación, surgió una sombra blanca y sigilosa.

Algún enamorado ó algún asesino.

Los chaitanes me envolvían invisibles.

La obscuridad parecía poblada de manos ondeantes, ligeras y terribles, estranguladoras en una caricia helada.

Cuando crucé el *Bab-el-medina*, el aire del campo me recogió como una fuerte ola.

A la luz marina del amanecer, los montes lejanos tenían helados matices de acero.

Un viento frío doblaba las hierbas inocentes.

Todo el campo era noche, y lejos, una claridad azul se abría como un nuevo mundo.

Entre los árboles, dos largas sombras en el aire, se movían con un ritmo igual y oscilante.

Eran dos ahorcados.

Quizá los esclavos de los caballeros de Tet-tauen.

El campamento estaba envuelto en el silencio y en la sombra.

Mujammed me esperaba en los umbrales de mi tienda.

—Enciende la lámpara y déjame solo.

El esclavo besó mis manos y se retiró.

[La llama de la lámpara era larga y movible como un reptil.

Me arrojé sobre mi lecho de piel de pantera con el espíritu desvanecido.

Mi pensamiento se perdió en quimeras monstruosas, en ensueños de infinito.

Todo mi ser pareció hundirse en un cielo de sangre y de fuego.

Acariciaban mis dedos la piel de pantera, tibia como una cabellera humana.

Un relámpago fosforeció en mi cámara, y el trueno resonó en los aires como un tropel de carros de batalla.

Como una humedad salobre impregnó mi piel sedienta.

Cerré los ojos.

La tempestad rodaba por las montañas.

Se apagó mi lámpara.

Las anchas gotas de lluvia caían en el silencio como en el fondo de una copa sonora.

Mi alma fué como agua de los cielos.

Bendito sea el nombre de Dios. Que los espíritus suaves y piadosos gocen de Dios, como del sol, las mañanas de los campos.



VI

**En el nombre de Dios, el clemente, el
misericordioso.**

Aquella mañana fragante, ella se me apareció impregnada de un aroma amargo de hojas nuevas, y toda la divina carne, vestida con el verde líquido de la fronda.

Ella era en aquel instante la expresión absoluta de mi alma, y la perfecta expresión de la tierra.

Su figura era la luz, en una luminosa onda más.

Aquella riqueza pródiga que ella había alimentado con el calor de su entraña, latía á lo largo de su cuerpo con un profundo golpe sonoro.

Su mano cóncava, fría y perfecta, me comunicaba en toda la extensión de mis venas abiertas, un magno sentimiento de orgullo y de imperio.

El sol nos elevaba á una exaltación idolátrica.

Y el aire hecho de azul de sombra, de verde de

hojas, de morado de incierto, nos envolvía en ondeantes velos de gracia.

La crueldad, esa marca divina de los seres privilegiados, aparecía en su boca en una bella curva florecida.

Al ser que naciera de su sangre, ella habría de enseñarle la voluptuosidad animal y divina de morder la presa, y de saborear el estremecimiento sobrehumano de la muerte.

Y ella con sus ojos, habría de encender en las pupilas del hijo, las cúspides llameantes del dominador.

Todo fué dicho entre nosotros, desde las más oscuras raíces de nuestra existencia.

Nada me ocultaban sus pupilas movibles y llenas de ondas como el mar.

Y su corazón brillaba en su mano como una intacta lámpara encendida.

Ella era la sal de mi vida, y la criatura que espera de noche en los umbrales como un reflejo más de la luna.

Brillaban sus cabellos como una torre suma, ennoblecida por una inextinguible luz interior.

Cuando la expresiva sonrisa breve entreabría la pulpa ávida y cruel de su boca, se iniciaba en mi alma una pálida melodía de matices, que me daba la clarividencia de hallarme entre ondas, en un aire ligero y rumoroso.

Semejante á una vena rota, el aire nos envia-

ba su música de frescas alegrías sobre las tierras húmedas.

Las plantas vivas, animadas, palpitaban en una vibración de sus almas, en una luminosa difusión de sus energías.

La tierra, signada por el amor, concentraba en una música lauda, todas las voces que volaban de nuestras almas. Ella poseía el perfecto amor, el amor que todo lo recoge y todo lo prodiga.

Ella, como un instrumento propenso, estaba pronta á extender y á propagar todos los sonidos.

Ella era tal y como mi ambición sin límites la hubiera deseado, y tal como la hubiera elegido entre cien doncellas.

Su alta figura, creaba sobre la tierra una larga columna de sombra.

El sol vivificaba la piedra de la fuente, iluminaba las frescas aguas rumorosas, encendía en oros de tigre sus pupilas.

Aquella mañana gloriosa, el sol me elevaba á la máxima intensidad de mi fuerza, á la vasta plenitud en que sentimos latir los deseos como corceles ágiles y en que se generan en nuestra substancia las corrientes que conducen al esfuerzo sumo.

Mis tigres interiores corrían por mi espíritu, fosfóricas las pupilas y relucientes las pieles consteladas.

Toda la angustia de la primavera ascendía por mi sangre.

Una brisa vibrante como un plectro, venía de la fronda estremecida.

Kamar tenía las manos sumergidas en el agua, impregnando su piel de nuevas frescuras.

Se entregaba al agua con una gracia suave, y en sus ojos se reflejaba toda la líquida dulzura del elemento puro.

Yo la veía bajo la luz, arcangélica y tocada de silencio y de misterio, en la grave hora que pasaba.

Toda ella parecía tener el deseo de desvanecerse en el agua, de disolverse en un círculo de ondas, para quedar encantada en el musical secreto de la fuente.

Y su espíritu se plegaba taciturno y recogido en una tácita conformidad con las cosas.

Kamar era la criatura única que convenía á mi ansia de vida implacable é insaciable.

Ella, como yo, extraía todo lo que hay de fuerte y de imperecedero en una materia que vive.

Ella se inclinaba hacia las cosas y recogía hasta la última esencia de su vitalidad.

Era inagotable de ansiedad é inagotable de potencia.

Ella sabía que ninguna otra criatura podía ofrecerme un don tan alto, ni escuchar con oído más atento todas las voces de mi corazón.

Sola era entre todos los seres, y privilegiada como una elegida de Dios.

Realizaba la armonía perfecta superándose en todo instante, y extinguiéndose hasta transformarse en sueño.

Si algún instante pudo mi alma encontrarse prolongada en un sueño más que humano, ella me tendió sus velos y ella levantó ante mis ojos extáticos la lámpara de la gracia.

Pobló mi soledad de tantas imágenes y de tantas fascinaciones, que mi espíritu fué como una primavera cargada con todas las abundancias de la tierra.

Un rayo de sol la seguía como un lebril de oro.

El más leve gesto de ella era obscuro como un presagio, é imperioso como un yugo.

Una virtud había en su substancia marcada por una estirpe de reyes; ella resucitaba de sí misma, radiante, con una gracia imprevista, y con algo de eternidad.

Cuando entre la pompa de los oros del día yo interrogaba mi destino, se me aparecía cumplido y próximo á la más alta expresión.

Imaginando la muerte ante ella, la concebía como un sumo esplendor, como la más vasta exaltación á que podía aspirar mi alma tras las victorias de mi vida.

Ella era la vida, toda la vida, y su cuerpo maravilloso absorbía la luz.



De las hierbas húmedas ascendía un sentimiento inefable de inocencia, de ternura suave, de languidez ondeante.

Y contemplando á la amada, toda llena de gracia y de misterio, yo hubiera querido abrir su pecho y colocar su corazón en el *mihrab* como en un depósito sagrado.

La onda que nos había unido en aquel encuentro bajo los laureles inmortales, mantenía la armonía excelsa en nuestros espíritus fervientes

La melancolía infinita de la fugacidad, no existía para nosotros.

Nuestros actos participaban de una amplitud de eternidad.

Yo acariciaba aquella alma que tenía el enigma y la belleza de la piel del mar.

Todo lo que ella excitaba en mí era extraordinario y de una potencialidad jamás presentida

Estábamos signados por el destino, y éramos los elegidos de una vida única y sola.

Con el alma en fiesta yo recordaba aquel día en que la amada penetró en mi casa, toda envuelta en sus velos.

Mi noble jardín antiguo estaba habitado por la presencia misteriosa de un espectro trágico.

Era la dominación de una sangre imperial y maldita.

Y la funesta sombra de horror vivía en el la-

tido angustioso de las fuentes, entre los mirtos de leyenda, bajo los árboles antiguos, á lo largo de los tapices de Bagdad.

Aquel fantasma miserable era como el genio de la casa, vigilante y voraz.

El, con su polvo de siglos, había sumergido las cosas en un trágico encantamiento.

El asistía, eternamente atormentado, á la destrucción de mi raza.

El era como un veneno que se filtraba por las arterias de la piedra, que corría por los terciopelos y por las sedas, como una antorcha tétrica que se encendía en la noche, como algo fascinante y mortal que empalidecía las mejillas y que detenía el alma en un oscuro sueño fabuloso.

Rompí el silencio con la espuela de oro de mi voluntad, y mi alegría recorrió toda la casa, recogida y atenta como un claustro.

Abrí en torno mío todos los surtidores de la vida, multipliqué las músicas, y llené el espacio de sonoridades como un batir de alas de metal.

Infundí fuego en las tenues cosas que se extinguían, hice palpar lo inerte, y abrí á la luz el sombrío recinto cerrado.

Y sentí yo mismo la voluptuosidad suprema de la piedra, muerta mucho tiempo, éxanime en la húmeda sombra, que recibe de pronto la divina y frenética caricia de la luz.

Las flores abrieron á mi estímulo imperativo, anchas y calientes bocas bestiales.

Toda la casa se entregó al gozo, húmeda y delirante como una doncella violada por un héroe.

Resonaron los muros, vibró el jardín, rimó el viento con los árboles, y todo lo inundó una fresca armonía como un incesante sonar de aguas.

Ella entró como una bella reina adolescente en un palacio poblado de espanto y de cadáveres

Ella fué el triunfo en el día gentil y sonoro.

Y su belleza de inmortalidad, fué en el silencio de olvido, como un don de los cielos.

Ella tenía la maga virtud de curvar las cosas y de someterlas á su encanto.

Estaba fuera de la baja vida común, y todo lo que de ella emanaba poseía una secreta gracia y una eficacísima bondad.

Había una correspondencia precisa y perfecta entre su voluntad absorbente y las vivas cosas circundantes.

Nada era superfluo en su actitud ni en su figura y hasta la sombra misma era como una corona que se ceñía en torno de su cabeza.

Su abundancia esparcida en fulgurantes tesoros, animaba lo rígido, lo inmóvil, y destruía la fascinación maldita del trágico espectro de mi raza.

Aquellos ascendientes de estéril sangre heroica, que vieron morir sus destinos más que hu-

manos, aquellos hombre melancólicos que dejaron languidecer sus músculos de acero en la soledad del lar, oirían dentro de sus cajas de hierro, bajo los funerales terciopelos, el estruendo de nuestras dos sangres insaciables, milagrosas y tiránicas.

La casa de mi raza era como un pensamiento de muerte y de orgullo, en la inocencia primitiva del paisaje.

Todas sus galerías y sus salones estaban habitados por la sombra, y cuando en alguna estancia llameaba la luz de un candelabro, se esperaba encontrar un fantasma bajo la suntuosidad de un terciopelo.

Largas procesiones de terrores cruzaban en la noche por las alucinadas galerías.

Luces diabólicas se encendían en los rincones.

Se escuchaba el deshacerse de los antiguos damascos en la infinita melodía nocturnal.

Y se aspiraba el olor acre, angustioso, horrible, del cadáver del tiempo.

Las puertas abiertas en la penumbra nocturna, producían una inquietante sensación de prolongación, de abismo, de misterio.

De cuando en cuando lucía en la obscuridad el cristal de alguna lámpara como una mano espectral llena de joyas.

Y sobre todas las cosas flotaba una angustia trágica, una tristeza de fatalidad.

Kamar pasó por el lar como una triunfal alegoría de la juventud y de la gracia.

Ella extraía de la sombra fecundas corrientes de vida.

Sobre todo lo existente ella tendía sus velos y envolvía nuestras vidas en un grave tejido de ensueño.

Ella despertaba en mi espíritu el milagroso sentido de la clarividencia y me hacía presentir dentro de mi substancia el espectáculo superbo de mi victoria sobre las cosas.

Era tanta la plenitud de mi amor, que la amaba desde el alba de su génesis.

Ella se iluminaba repentina y gloriosamente, é iluminaba mi alma con vivos resplandores.

Para mi espíritu, ávido y ansioso de indagar todos los secretos de la vida, el suyo poblado de infinito me revelaba inmensidades jamás presentidas.

Una lucidez inconcebible diafanizaba mi espíritu.

Mi alma ascendía á cimas tan altas como el sol, y en la luz inaudita se veía reflejada como en cien espejos magos.

De la divina carne de ella se desprendían relámpagos que me comunicaban una vibración grande y terrible.

Ella adivinaba mis más secretas palabras y el

silencio estaba lleno para nosotros de profundos significados.

Bajo la piel de la tierra latía una viva calentura que caldeaba inefablemente mi existencia

Junto á ella, yo me sentía infinito de amor, como un Dios.

El ala de la muerte tocaba la tierra en espera.

Sólo la muerte era digna de la criatura soberbia.

Y yo la ofrendaba, en un silencio poblado de fervores, la llama siempre altiva de mi alma.

Entraba la noche por los ajimeces.

Sobre el mar del cielo pasaban las nubes como navíos desbordantes.

Y el inmenso bien del azul serenaba mi alma como un bálsamo.

Habíamos compuesto en el silencio una música delicada que oreaba nuestras almas como un aire perfumado de sol.

Y nuestra pasión se espiritualizaba en la soledad sonora y llena de rebosantes venas.

Todas las cosas tenían una gracia religiosa, que concordaba con la unción suave de la amada.

Kamar se desvanecía en la noche, sobre la sombra del jardín iluminado de una incierta luz marina.

Se hacía sombra, noche, criatura inmaterial que estuviera á punto de partir hacia un misterio fabuloso.

Con los ojos claros como aguas, habíamos visto florecer las bellas formas ágiles y puras.

Y habíamos creado una leyenda de fuego y de sangre sobre la tierra inmóvil.

Juntos habíamos sentido el olor de las tempestades, y en las cumbres de las montañas habíamos tendido nuestras alas como dos águilas.

Un mismo resplandor heroico había iluminado nuestras figuras y había proyectado nuestras sombras sobre los campos arduos.

Igual sortilegio había fascinado nuestras juventudes voraces y tiránicas.

Y el mismo aroma agrio y superbo de la tierra había encendido nuestros pensamientos como llamas, y había fortalecido nuestras almas.

Cuando pisamos los graves umbrales del lar, sonoros como arpas, una salvaje vehemencia de vida nos invadió y hasta el jardín lleno de paz antigua, tembló bajo la violencia resonante de nuestro ímpetu.

Agitáronse los antiguos cortinajes suntuosos que velaban la muerte, atravesó las estancias un viento cargado de todas las dulzuras opulentas de la vida, hubo como un deshojar de rosas sobre los espejos sin brillo, flamearon las luces en los candelabros con vivas alegrías de resurrección.

Y el lar habitado por la tristeza, por la trage-

dia y por la muerte, se estremeció palpitante ante la invasión audaz de nuestra fuerza.

Yo penetré en la casa de mi raza como una larga espada, y ella como el aroma divinamente hechizado de la primavera.

Aquella noche inolvidable, por sus pupilas pasaron todos los zafiros nocturnales.

Y su palabra fué augural en el fausto muerto de las antiguas estancias.

—Kamar...

En torno de su cabeza estaba arrollado el ensueño como un velo.

—Sidi, ¿amas todavía á tu Kamar?

—Kamar, te amo á ti sola y siempre. Todas las mujeres de mi harén no son sino sombras. Tuyo es mi corazón y del buen Dios.

En las pausas de amor yo acariciaba su alma, y la sentía latir bajo mi mano como un corazón joven ó como una flor llena de perfume.

—Sidi, una vieja hechicera me dijo anoche en mi tienda que concluída la guerra Hameido debe morir.

—Sólo Dios lo sabe.

—¿Y si Hameido muriera, tornaríamos á nuestra tribu para no volver?

—Sí, Kamar; pero Hameido no debe morir.

Como un presentimiento, cruzó por sus ojos un resplandor enigmático.

—Sidi, ¿quién viene?

Entre una nube de polvo avanzaba un tropel de caballeros.

En medio de sus cortesanos, Hameido galopaba bello y magnífico.

—Es Hameido, Kamar; vete.

Agil como una gacela, la amada desapareció en su tienda.

Adelantándose á todos, Hameido descabalgó y me besó con su gracia undosa, ligera y femenina.

—¿No sabes? Este amanecer cogieron mis gentes á un espía de El-Tussaní y no he conseguido hacerle hablar. Te lo traigo para que tú le convenzas, porque necesitamos tener noticias de nuestro *ilustre aliado*.

A una señal suya, los esclavos me presentaron al cautivo.

Era éste un mancebo de las tribus de El-Garb, escueto, protervo, de altiva boca y ojos de chacal.

Venía aherrojado, y con los pies y las manos cubiertas de sangre.

Yo le pregunté:

—*Dui, arrayel* ¿qué has hecho?

Me miró con las pupilas rojas y feroces, y no respondió.

—Contesta, por Allah.

Hameido se había acercado al prisionero, y le envolvía en una intensa mirada de fascinación y de crueldad.

—Habla, esclavo, ¿á qué has venido? *Si respondes, nada te haré, pero si callas...*

El rostro del preso pareció desvanecerse como un humo.

Cerrados violentamente los labios, inmóviles los ojos, callaba.

Sobre sus piernas desnudas, tintineaban las cadenas con un son agudo.

—Llévalo junto á los árboles, dijo Hameido.

Los esclavos negros le condujeron al pie de un árbol de tronco centenario y de fronda ru-
morosa.

—Amarradle, y preparad la hoguera.

Cuando el espía estuvo fuertemente sujeto al árbol, Hameido mismo ayudó á preparar los troncos para el sacrificio.

—Por Allah, habla. Di tu palabra y te perdonaré.

Pálido, pero con el rostro rígido, el árabe mantuvo su silencio.

—Tú lo quieres, sea.

Los esclavos amontonaron al pie del cautivo anchos troncos y secas y retorcidas ramas.

Hameido y yo, rodeados de moros cortesanos, nos sentamos en el suelo.

Encendieron la hoguera, y las primeras lenguas de fuego largas y ondulantes lamieron los pies desnudos del preso.

Se abrasó la carne morena y nerviosa, pero

ni un grito salió de aquellos labios duros y orgullosos.

Crujían las ramas retorciéndose como nervios endiablados, chisporroteaba el fuego y la lumbrarada se hacía ancha, móvil y sangrienta.

Entre las columnas de humo, la figura del preso se hacía opaca y como lejana.

El olor de la carne quemada me enloquecía como un veneno.

Cuando las llamas subieron á lo largo de la parda yilaba y envolvieron el cuerpo, un grito horriblemente animal desgarró los aires.

Un humo acre y osbcuro flotaba en torno nuestro.

De pronto, y haciendo un esfuerzo monstruoso, el prisionero rompió las amarras que lo sujetaban al árbol, y apareció ante nosotros como un espectro, lívido, con los ojos aterrados, y azul la boca entreabierta.

Tenía los pies como dos llagas, deshechos por el fuego; intentó avanzar, pero no pudo y cayó sobre la tierra, jadeante, tembloroso, lleno de horror y de fiebre.

Levantóse Hameido, y acercándose, le dijo:

—Habla, es la última vez que te lo digo, habla y te perdono.

El preso apretó obstinadamente su dientes, que relucieron con una ferocidad bestial, saltó

como una fiera, y con las manos en garra quiso abalanzarse sobre el cuello de Hameido.

Pero éste, frío, sonriente, le detuvo con sus manos de mujer, domadoras del hierro.

—Atadle, pero con fuerza—ordenó á sus esclavos con el mismo acento suave que si hubiera recitado una kasida.

La hoguera crujía, saltaba, brillaba como un haz de víboras.

Colocaron de nuevo al preso entre las llamas y con sus negros rostros hinchados, los esclavos soplaron vigorosamente para avivar la candela.

Otra vez el olor de la carne quemada me desvaneció como un vértigo.

Las altas lenguas de fuego penetraron en su pecho, lamieron la torturada faz convulsa.

Elevaba al cielo los ojos apagados como cristales sin agua, y sus labios repetían con un son de locura:

—*¡Allah-ju-acbar! ¡Kan mectub!*

Comenzaba la agonía.

El fulgor divino de la muerte, se extendía por aquella cara orgullosa y hermética.

El fuego era ya la única vestidura de su cuerpo.

—Vamos—dijo Hameido poniéndose en pie.

Levantáronse los moros cortesanos, pálidos y con los ojos bajos.

Sólo Hameido permanecía eternamente li-

gero, con su sonrisa fascinante, inconsciente y femenina.

Se me aproximó, y con su voz apagada me dijo:

—Esta noche debo tener noticias exactas de El-Tussaní. Vente al mogreb á mi casa, ó estate prevenido, porque te avisaré inmediatamente.

—Messiam, Hameido. Esperaré tus noticias en el campamento, por si fuese preciso disponer las gentes. ¿Sabes con certeza si acompañarán á El-Tussaní tropas del Sultán?

—Sí, y más aún, sé que será El-Kitaní el enviado de la corte.

—¿Y no te importa?

—*Ualu*. El-Kitaní es más cortesano que guerrero; además no conoce estas montañas, ni sus *askaris* son gentes de armas. Venceremos, si Dios quiere.

En el claro aire azul se desvanecía el olor horrible de la carne quemada.

Como voces de otro mundo aún escuchábamos las palabras del moribundo.

—¡Kan mectub! ¡Kan mectub!

—¿Y tu hermano, Hameido, vendrá con nosotros?

—No sé. Está en *Tancha* y nada me dice.

—¿Sigue en la Kasbah?

—Sí, en el mexuar.

—¿En qué relaciones está con el ministro?

—Es el amigo íntimo de Ahmed, según me han dicho, pero ya se arrepentirá el ministro de esta amistad.

—¿Por qué, Hameido?

—Porque mi hermano lleva la sangre de mi padre Muley Mujammed.

Y Hameido sonreía con aquella ingenua sonrisa adolescente que guardaba un secreto indefinible de misterio y de crueldad.

Algunos pasos detrás de nosotros, los moros cortesanos de albas capas y perfumadas barbas de seda, hablaban grave y recogidamente.

Ante las tiendas, mis montañeses sostenían los caballos de los rojos bridajes.

Cabalaron Hameido y los suyos, y clavando sus acicates, á galope partieron hacia la ciudad.

—Hasta el mogreb.

—*Incha-Allah.*

Después del *dojor*, hice mis oraciones en la *djamma-el-kebir*, y á media tarde torné á la tienda-lar.

Un esclavo salió á mi encuentro.

—Sidi, Abdallah, tu hermano, te espera en tu tienda.

Abdallah, el hermano pimogénito de Kamar, me tendió sus brazos y me besó en el rostro.

Venía pálido, mordido por la fiebre y por el sol de la Arabia, con las pupilas llenas de vi-

siones fabulosas y con el turbante verde de los *jadch*.

Cuando hubo descansado, los esclavos lavaron y perfumaron sus pies y sus manos, le presentaron el té con ámbar de aroma profundo, y la amarilla pipa de kif.

Kamar le acariciaba con aquellas sus manos milagrosas, mágicas, animadoras de todo cuanto tocaba.

—Abdallah, tengo ansia por escuchar las maravillas de tu viaje. Cuando hayas descansado, espero que nos cuentes todas tus gloriosas jornadas.

—Sí, sí, hermano mío, cuéntanos todo lo que hayas visto en las tierras sagradas del Profeta.

Y Kamar se inclinaba hacia el hermano con su gracia suave de paloma.

Abdallah sonreía dulcificando la expresión austera de su rostro, del color moreno de las tierras del Yemen.

Y dijo el Profeta:

«El que emprende la peregrinación debe abstenerse del comercio con las mujeres. Llevad provisiones para el viaje, mas la mejor de todas, es la piedad, el temor de Dios.»—*Surat. La Vaca, vers. 190.*

«El primer templo que se fundó entre los hombres fué el de la Meca; se fundó para servir de dirección á los hombres. En él veréis señales evi-

dentes de milagros; allí está la estación de Abraham. Todo aquel que en él penetra está exento de peligro.» — *Surat. La familia de Imram, vers. 90 y 91.*

Djafa, pariente del Profeta, ha dicho:

«Estábamos nosotros hundidos en las tinieblas de la ignorancia; adorábamos á los ídolos y entregados á nuestras pasiones, no conocíamos otra ley que la del más fuerte, cuando Dios ha colocado entre nosotros á un hombre de nuestra raza, ilustre por su nacimiento y glorioso por sus bondades. Este apóstol nos ha enseñado á profesar la unidad de Dios, á desechar las supersticiones de nuestros padres, y á despreciar las divinidades de madera y piedra; nos ha ordenado huir del vicio, ser sinceros en nuestras palabras, fieles en nuestros contratos, y buenos con nuestros parientes y vecinos. Nos ha prohibido violentar á las mujeres, nos ha recomendado el ayuno, la oración y la limosna; y nosotros hemos creído en su misión, y hemos aceptado los dogmas y la moral que nos traía de parte de Dios.»

Y dijo el Profeta á Kadidja, su mujer, al tornar del monte Harra:

«Vagaba yo esta noche por la montaña, cuando la voz del ángel Gabriel, ha resonado en mis oídos diciéndome: En nombre del Señor que ha criado al hombre, y que viene á enseñar al género humano lo que no sabe, Mahoma, tú eres el Profeta de Dios, y yo soy su ángel. Tales han

«sido las palabras divinas, y desde este momento, he sentido dentro de mí la fuerza profética.»

Y el ángel Gabriel dijo al Profeta:

«Lee, en el nombre de Dios, que ha creado al hombre de sangre coagulada; que le ha enseñado la Escritura, y lo que no conocía,»—*Surat. La sangre coagulada.*

Y dijo el Profeta:

«Dios es la verdad. Infiel es todo el que diga que Dios es un tercero de la Trinitad. Dios ni ha engendrado ni ha sido engendrado. Lejos de su gloria tal blasfemia. Todo aquel que diga que yo soy un dios al lado de Dios, tendrá el infierno por recompensa. Dios perdonará á todos los pecadores, menos aquellos que le han asociado criaturas humanas; el crimen de éstos es irremediable. Dios existe por sí solo. El reina solo.»

Y dijo el Profeta:

«La proximidad del juicio final será anunciada por horribles señales. Un humo espeso y negro cubrirá el mundo; el sol saldrá por el Occidente; el Iblis destruirá las naciones; Jeschua tornará á la tierra y abrazará el islamismo; las mujeres abortarán; las nodrizas dejarán caer de sus brazos á las criaturas que críen; los hombres estarán como ebrios, y los lazos del parentesco dejarán de existir. Aquel día, cuando el ángel Israfil toque la trompeta, la tierra y las monta-

ñas serán levantadas en el espacio, y destruidas de un solo choque; las estrellas se dispersarán; los mares confundirán sus aguas; el cielo se rajará y caerá en pedazos; las tumbas se abrirán, los muertos resucitarán. Entonces será cuando los hombres vean todas las acciones de su vida. No solamente los hombres comparecerán en el día del juicio delante del Señor, á dar cuenta de sus actos, sino también los animales y todos los seres creados. La balanza será tenida con equidad, y dos ángeles, uno sentado á la derecha y otro á la izquierda del hombre, recogerán sus palabras. Aquel á quien pongan el libro de sus obras en la mano derecha, pasará á gozar con los bienaventurados de las delicias del Paraíso, y aquel á quien se ponga en la mano izquierda, será cargado de cadenas, y entregado á las llamas del infierno.»

«Los culpables serán cargados de cadenas; sus túnicas serán de alquitrán y el fuego consumirá sus rostros; sobre sus cabezas tendrán una capa de fuego, y otra bajo sus pies. Zakum es un árbol que sale del infierno; sus ramas parecidas á cabezas de demonios, serán el alimento de los condenados; este alimento hervirá en sus entrañas como metal derretido; después beberán agua hervida.»

Abdallah, comenzó á hablar.

—Nuestra *Raqueb* salió de Fez el mes de *redcheb* bajo el mando del *cheij* Ali-Ben-Bugta. Después de atravesar la Argelia, Trípoli y Túnez, nuestra caravana se detuvo en el Cairo, ciudad de oro. Allí se nos unieron los peregrini-

nos del Egipto, y una clara mañana de sol rodeamos el mar Rojo con el alma puesta en la tierra de Dios.

Al mismo tiempo que la nuestra, salía la caravana de la Siria, con gentes de Damasco, de Turquía y del Asia Menor, y la de Bagdad, con los creyentes de la India y de la Persia. Éramos en número 80.000 peregrinos. Ibamos comidos de calentura, de devoción, de llagas y de sol. El polvo negro de todos los caminos cubría nuestros cuerpos miserables. La sed quemaba nuestras fauces; el sol devoraba nuestros espíritus. Morían á centenares viejos santos, hombres convulsos, mujeres delirantes. Las noches eran breves en los desiertos de arena; descansábamos sobre nuestros camellos, y á la primera luz partíamos de nuevo cantando las alabanzas de Dios. Cuando llegamos á la ciudad santa, nos revestimos del *Ijram*, nos descubrimos la cabeza y nos descalzamos. El templo de la Kaaba, *Bil-al-lah*, fué construído en el cielo dos mil años antes de la creación, allí era adorado por los ángeles á los cuales Dios había impuesto las mismas prescripciones que más tarde fueron ordenadas á los creyentes sobre la tierra. Cuando Adán fué arrojado del Paraíso, pidió á Dios que le permitiera construir un templo semejante al que había visto en la mansión de las delicias. Allah entonces le envió un

modelo formado de rayos de luz, que bajó perpendicularmente sobre la Meca. A la muerte de Adán, Sett levantó un templo según tan maravilloso modelo; y después del diluvio, Abraham recibió de Dios la misión de salir de la Siria, para reedificar el templo santo en compañía de su hijo Ismael, que vivía con su madre Agar, cerca de la Meca. Las paredes de la Kaaba están revestidas de mármol de suntuosos colores, y por la parte de Occidente se ven seis mihrab de plata clavados en la pared y cubiertos de inscripciones en oro y en plata, esmaltada de un tono obscuro bronceado. Las paredes, desde el suelo hasta la altura de cuatro *arech*, se conservan en su primitivo estado, pero desde esta altura hasta el techo, se hallan cubiertos de losas de mármol ornamentadas de arabescos y esculturas. La mayor parte de la Kaaba está siempre cubierta por un inmenso velo negro, excepto en el sitio en donde se halla la piedra sagrada; este velo empieza á algunos pies del suelo, y durante los primeros días de la peregrinación, lo rodea por el centro de su altura una banda con inscripciones del Korán en letras de oro. Este velo se renueva una vez al año. En el mismo patio de la mezquita, hay otra construcción que cubre el manantial que el ángel hizo nacer en el momento en que Agar, errante en el desierto, se cubría la cara para

no ver á su hijo morir de sed; este manantial se llama el pozo de Zem-zem, y lava todos los pecados. La piedra negra, llamada la mano diestra de Dios sobre la tierra, está colocada á la derecha de la entrada. Esta piedra cayó del Paraíso con Adán; fué conservada durante el diluvio, y el arcángel Gabriel la llevó á Abraham cuando construía la Kaaba. Esta piedra perdió su blancura por los pecados de los hombres, pero el día del juicio tornará á su estado primitivo. La piedra blanca está á la izquierda; sobre ella se colocaba Abraham cuando edificaba el templo; aún se ven en ella las huellas de sus pies. Llegado el día para visitar la Kaaba, dimos siete vueltas en derredor del templo; en las tres primeras, íbamos á pasos cortos pero rápidos, y en las cuatro restantes, con paso grave y meditado; cada vez que pasábamos ante la piedra negra, la besábamos y la tocábamos con nuestras manos. Dimos los siete paseos entre los montes Safa y Merua, unas veces corriendo y otras á paso lento, representando la marcha de Agar en aquel paraje. El noveno día fuimos á la montaña de Arafat en donde oramos. El décimo, á la hora del mogreb, marchamos al oratorio de Mozarifa, entre Arafat y Mina, y allí pasamos la noche orando y leyendo el Korán. Al día siguiente visitamos el Moser-el-Haram, que abandonamos antes de sa-

lir el sol, dirigiéndonos después al valle de Mina' en el que arrojamos las siete piedras á imitación de Abraham.

Una esclava, toda envuelta en el jaik, penetró en nuestra tienda.

—Sidi, un esclavo de Hameido te llama en nombre de su señor.

Me envolví en mi sulham, y despidiéndome de Abdallah y de Kamar, salí rápidamente.

Uno de aquellos negros gigantescos de Haméido, me esperaba entre los árboles.

—¿Qué pasa, esclavo?

—Yo no sé sino que los espías de Hameido en el Garb, han llegado ansiosos, cubiertos de polvo y con los caballos agonizantes.

La hora del mogreb venía de los cielos religiosa y profunda.

Las sombras surgían largas, misteriosas, de los huertos cerrados y fragantes.

El aire tenía esa melancólica y jugosa dulzura del otoño.

Mi alma estaba llena como un fruto maduro.

En aquella tarde divinamente ardiente y profunda, parecía estar concentrada toda la vida.

Ante el anuncio de la futura embriaguez, se despertaba en mí toda el ansia de sangre, de mi raza orgullosa, guerrera y cruel.

Una dulcísima fiebre se encendía en mi carne como una llama suave.

El susurro de las hojas en los árboles seme-
jaba un rumor de estandartes desplegados.

Perros como espectros, aullaban en torno de
los huesos de algún cadáver.

En las puertas de la ciudad, unos mendigos
de color de cobre viejo cantaban pasando las
cuentas de su rosario.

Por las calles cruzaban mujeres sosteniendo
en alto el cántaro rojo.

Turbas negras de pálidos hebreos regresaban
al mellah.

La casa de Hameido estaba llena de árabes
venidos de todas sus tribus.

Unos fumaban sus pipas sentados en el sue-
lo y apoyados en el zócalo de azulejos, otros pa-
seaban por el jardín gesticulando vivamente.

Al verme, Hameido salió á mi encuentro y
me abrazó siempre sereno y sonriente.

—El-Tussaní nos dará mañana la batalla.

—Incha-Allah.

—Prepara esta noche á tus gentes en las avan-
zadas; yo esperaré con las mías en las puertas
de la ciudad y en cuanto notes algo me avisas.
Nada he de decirte. Sé que tú solo serías bas-
tante para conseguir la victoria.

—Gracias, Hameido.

—Creo que antes de que amanezca habrán
atacado nuestras línea, y me imagino que serán
los askaris del Sultán los que hagan los prime-

ros tanteos. Coloca á tus montañeses en primera línea. Yo estaré escondido en la ciudad, y en un instante dado caeré con los míos como un torrente.

En el rostro de Hameido vibraba un divino fulgor homicida.

—¿Tienes seguridad en la victoria?

—Sí, Arbí, venceremos. Allah está con nosotros.

En las pupilas de Hameido brillaron dos negros resplandores, semejantes á dos águilas con las alas abiertas.

Y mi corazón se encendió como una espada en la luz.

Bendito sea siempre el nombre de Dios.



VII

En el nombre de Dios. La gloria eterna para los creyentes.

Acababa el día.

Galopando en sus caballos de hoscas crines, huían por los montes los guerreros de las tribus de El Garb.

En el horizonte se deshacían largas columnas de humo, enredándose con las cabelleras difusas de las palmeras.

En lo alto de una colina, sobre mi caballo Sájebi, negro como la noche y misterioso como una quimera, yo contemplaba los últimos fulgores del combate.

Por un desfiladero profundo, un tropel de caballeros de mis montañas, perseguía á una legión de rojos askaris fugitivos.

El aire y el cielo parecían manchados de sangre.

Sonaban herrajes, armas de temple puro, alaridos de ira y de agonía.

Sobre oscuros charcos de sangre pataleaban los caballos con las fauces humeantes.

De cuando en cuando desgarraba el aire el rumor seco de una descarga.

Mis gentes dominaban todas las cumbres de las montañas.

Las líneas de mis infantes avanzaban por la llanura con absoluta precisión.

La luz en la lejanía era un vapor rosa de infinita dulzura.

Las legiones vencedoras desfilaban ante mí, rápidas, cubiertas de polvo, centelleantes las armas, replegándose bajo los muros de la ciudad.

Un clamor inmenso se elevaba de la tierra ensangrentada.

Apretando ansioso los músculos del caballo, toda el alma en los ojos, contemplaba el combate.

Una descarga cerrada resonó con un rumor seco y mate.

Tendieronse en alas mis infantes, y con una precisión geométrica envolvieron á un destacamento de *mischam*.

Silbaban las balas como sierpes.

La lucha era áspera sobre la tierra desnuda.

La curva de mis infantes avanzaba implacable.

De pronto, como una nube de sangre una inmensa llamarada se elevó de uno de los extremos de la ciudad,

Un grito largo y desesperado acuchilló el aire.

Y con ululante algarabía pasó ante mí una ola de armas, de crines, de relámpagos, de ojos feroces.

Saltando por encima de los cadáveres, corrían mis infantes por la llanura.

Destruídos por el incendio, los blancos muros se derrumbaban; crujían las anchas vigas de madera devoradas por el fuego; un almiar ágil y florido cayó deshaciéndose en mil fragmentos que brillaron al sol.

Por entre una abertura de la muralla, apareció una montaña de cadáveres tostados, tumefactos, en dislocadas actitudes monstruosas.

Hería el olor de la sangre.

Nubes de color de cobre caían sobre las llamas de la ciudad, sobre la tierra poblada de cadáveres

Entre lejanos clamores mi caballería cargaba sobre los *bu-jaris* negros del Sultán.

Como un huracán de arena me ocultaba á veces el ancho paisaje.

Una agitación infinita se extendía por aquella masa guerrera.

Vibraba unánime como un corazón estremecido.

Las líneas de infantes se movían en largas crispaciones.

Entre el humo sucio de las descargas, aparecía á instantes el cielo implacable, de un morado violento.

Repentinamente hubo en la llanura un flamear de curvas armas, de estandartes rojos, verdes, un incendio de lanzas, de ardientes pieles de caballo.

El valle era un abismo de fuego, de nubes, de humo.

Sucedíanse las cargas sin interrupción.

El silbar incesante de las balas rozaba los nervios como una uña feroz.

De pronto, un continente de negros *bu-jaris* se lanzó en desesperada carrera frenética sobre los muros de la ciudad.

Iban ciegos, llenos de bárbara animadidad impulsiva, avanzando locos hacia la muerte.

Clavé los acicates en mi caballo, y me uní á un resto de mis fuerzas que esperaba inmóvil la acometida de los *bu-jaris*.

En pie sobre los anchos estribos de plata, dirigía á mis guerreros de rostros rígidos, de ojos de oro y de bocas contraídas.

Los *bu-jaris* cayeron sobre nosotros como una tempestad de gritos, de caballos, de alfanjes relucientes, de pupilas fulgurantes.

Yo sentía una embriaguez de sangre, de músculos, de polvo, de muerte.

Hundía mi espada en carnes febriles, y borboteante sangre caliente manchaba mis brazos y salpicaba mi rostro.

Resplandecían las espadas agitadas por largos brazos llameantes.

En el silencio terrible, sólo se oía el jadear de los pechos y el batir de las armas.

Una horrible cabeza ensangrentada rebotó sobre el cuello musculoso de mi caballo.

Una mano crispada, desfigurada en garra tremó un instante ante mis ojos.

El cielo, la tierra, todo era rojo.

Encabritábase mi caballo, erizadas las crines, y la pupilas como relámpagos.

En la embriaguez de la batalla, yo miraba profundamente todas las cosas como si hubiera de morir.

Una hora más tarde, los *bu-jaris* quedaban sobre la tierra con los ojos hacia las estrellas y llenos de heridas, abiertas como bocas.

Un instante encontré á Hameido entre los *cheik* de sus tribus.

Brillaban sus ojos llenos de sangre y de fulgor, y sonreía siempre con su divina sonrisa de seducción y de crueldad.

Pasó á galope, y desapareció entre los resplandores del incendio.

Sonaba lejos el rumor oscuro de la fusilería.

Venía la noche trágica y espectral.

Y con la noche venían legiones de cuervos,
con las alas abiertas y los picos feroces.

El aire estaba lleno de olor de muerte y de
sangre podrida.

Concentrábanse mis guerreros bajo los muros
de la ciudad, esperando la nueva y decisiva acometida de El-Tussaní.

A la hora del mogreb, con tierra y con sangre
hicimos nuestras abluciones.

El incendio se extendía por la ciudad.

Largas llamas sulfúreas se elevaban al cielo
en el silencio infinito de la noche.

Con gritos largos y como humanos, los chacales y las hienas rondaban en torno de los cadáveres.

Derrumbáronse algunos lienzos de la muralla,
y las mil serpientes del fuego corrieron por los
aires hasta perderse en las vastas sombras.

Mis gentes, arrastrándose con suaves movimientos de tigres, espiaban la densa obscuridad.

De pronto, en el horizonte surgió una inmensa masa de sombras, y una estruendosa y unánime descarga de fusilería, relampagueó roja en el aire.

Un largo clamoreo corrió por los campos.

El grueso de las fuerzas de El-Tussaní avanzaba hacia la ciudad.

Otro lienzo de la muralla se desplomó apuñalado por las mil heridas de fuego.

Rojos por la sangre y por el incendio, hundíanse los cadáveres en los escombros humeantes.

La espesísima humareda daba á la noche un misterio insondable.

A intervalos, entre el rojo sangriento de las llamas, se veían rostros demoníacos, caballos torturados, heridos cubiertos de sangre.

Atraídos por la fascinación del incendio y de la sangre, nuestros enemigos se precipitaron sobre los muros de la ciudad.

Fué aquello la más horrible confusión.

Hundióse el alminar de una mezquita sepultando á una legión de asaltantes.

Una espantosa tempestad de gritos subía hacia los negros cielos inmóviles.

Mis montañeses, en loca carrera frenética, corrieron en persecución de los sitiadores .

Penetramos en la ciudad, ardiente como la entraña de un horno.

Las calles, iluminadas por violentos resplandores, estaban llenas de cadáveres monstruosos.

Desde las ventanas de las casas, sombras extrañas disparaban sobre los negros *bu-jaris*.

En un amontonamiento indescriptible se cruzaban ululantes oleadas de guerreros.

Encabritábanse los caballos, y caían los jinetes lanzando feroces alaridos.

Caían sobre nosotros maderas incendiadas, enormes piedras desprendidas de las cúpulas y de los alminares.

Como un dios, Hameido apareció en el extremo de la calle, al frente de su caballería.

Venía todo ensangrentado, magníficamente sereno y bello.

Rápidamente cargó sobre los *askaris*, y los cascos de sus caballos aplastaron bárbaramente á los soldados del Sultán.

Avanzaban mis montañeses, acuchillando cuerpos que se revolvían como serpientes.

Mi mano, temblorosa de embriaguez, mataba incesantemente á negros atléticos tatuados de rojo, á jóvenes *askaris* de Fez, blancos como doncellas.

En el divino tumulto de la batalla, toda mi vida estaba concentrada en mi mano, en mi mano homicida, ágil como una espada, cruel como una garra, y ancha como un escudo.

En los ángulos de las calles, mis montañeses asesinaban á los enemigos con diestra agilidad felina.

Era una lujuria horrible, salvaje, de dioses ó de fieras.

Toda la ciudad, poseída por la sangre y por el fuego, palpitaba en un espasmo frenético, bajo los cielos inmutables.

Sobre nosotros pasaba, de cuando en cuando, un divino sueño de tinieblas y de oro.

Galopando sobre sus hoscas caballos, huían los *bu-jaris* por las calles pobladas de cadáveres y de terrores.

Muy de tarde en tarde, los relámpagos del incendio iluminaban los aires.

Llegamos al *soko*, aún humeante y lleno del olor de la pólvora.

Legiones de perros hambrientos devoraban los cadáveres amontonados sobre compactos charcos de sangre.

Lejos sonaba alguna descarga que se desvanecía opaca en la noche.

Por el cielo silencioso rodaban nubes negras, cerradas y fatales como destinos.

Lentamente tornaban mis montañeses, ensangrentadas las yilabas, ennegrecidos los rostros, aún temblorosas las manos sobre las armas relucientes.

Pájaros agoreros de alas negras, pasaban silbando sobre nuestras cabezas.

El aire era un perfume perturbador de pólvora y de sangre.

La noche era misteriosa como el cielo negro del Iblis.

Un negro colosal, avanzó entre mis montañeses, se adelantó hacia mí y besando mi pie, me dijo:

—Sidi, Hameido te espera, ven conmigo.

Descabalgué, cubrí mi rostro con el *sulham*, oculté entre las vestiduras el fino puñal envenenado y desaparecí con el negro por las callejas llenas de cadáveres y de perros feroces.

Cuando estuvimos solos, el esclavo se acercó á mi oído y me dijo:

—El Tussaní está preso, Sidi.

—¿Preso, en dónde?

—En casa de Hameido, Sidi.

—¿Estas seguro?

—Seguro, Sidi; yo mismo le encerré en los sótanos de la casa.

—¿Y cómo le apresaron, sabes?

—Sidi, Hameido le buscaba y le encontró rodeado de *askaris* en las puertas de la *djamma-el kebir*; se arrojó sobre él como un león y con sus mismas manos le agarró del cuello, y le entregó á los esclavos. Cien *askaris* envolvieron á Hameido, pero éste saltó sobre ellos y como el diablo, desapareció por los aires.

El portalón de la casa de Hameido estaba obscuro como una tumba en la montaña.

—Salám...

Abrióse la puerta del jardín, y un esclavo con una antorcha encendida me guió hasta un aposento ancho, de mármoles claros, con una amplia fuente de surtidores en el centro.

Me recosté sobre un tapiz, gustando profundamente la gracia y la dulzura del reposo.

Un esclavo, suave y ondulante, lavó y perfumó mis manos y mis pies, roció mis vestiduras con agua de rosas, quemó en las copas de bronce el áloe y el benjuí, y siempre ágil y silencioso me sirvió el café en un vaso de oro y de cristal.

Dormíame bajo un conjuro de fulgor y de felicidad, cuando una mano ardiente se posó en mi hombro.

Hameido ante mí, blanquísimo el *sulham*, dorados los ojos, roja la boca femenina, sonreía con su sonrisa de adolescente, cándida y enigmática.

—Arbí, el nombre de Allah sea siempre bendito; gracias á El hemos vencido.

Me levanté del tapiz y besé á Hameido en las mejillas.

—Arbí, siempre fuiste el amigo de mi corazón; desde hoy serás para mí el hermano predilecto.

—Gracias, Hameido. Toda la sangre de mis venas es tuya.

—Desde ahora sabrá ese Sultán de miserable sangre judía, quiénes son los guerreros de la montaña. Han huído los soldados imperiales, hemos roto las *jarkas* de *El-Garb*, y *El-Tussaní* está en mi poder. Mañana saldrá *El-Mahdí* de la corte, á que lo proteja el viejo *Mujammed*.

—¿Tú mismo apresaste á El-Tussaní?

—Yo mismo. El viejo zorro chillaba como una *almec* violada y se revolvía desesperado, pero todo fué inútil; mis esclavos le amordazaron, le cargaron de cadenas y le arrojaron á mis sótanos.

—¿Y qué harás con él, Hameido?

—Dar un festín á mis perros. ¿Merece más, Arbí?

Hameido se adelantó hacia la puerta de labrado cedro, y silbó agudamente.

Escueto y felino, Absalam surgió del jardín.

—¿Qué quieres, Sidi?

—Que traigan los esclavos á El-Tussaní, y que suelten á los perros.

Hameido me cogió del brazo, y juntos nos sentamos sobre el tapiz.

A los pocos momentos oímos un áspero sonar de hierros, y El-Tussaní se presentó ante nosotros.

Venía con la faz pálida y deformada como la de un asesinado.

Una ancha herida partía su frente, y varios hilitos de sangre sucia acuchillaban su cara.

Bajó sus ojos al vernos, y cerró su boca con un gesto imperativo y violento.

Miróle Hameido, y con su sonrisa más sutil que la lengua de una serpiente, le dijo:

—No irás á Marrakesk, Tussaní; desde Beni-

Nuar irás con los *chitanes*. Esto te enseñará para la otra vida, á no ser traidor, y á no faltar á la palabra que des á tus amigos y á tus aliados

El-Tussaní permaneció inmóvil, como tallado en piedra.

Hameido hizo una seña á Absalam y éste desapareció entre las sombras del jardín.

Hubo un silencio tenebroso y decisivo. Traían los aires los últimos gritos de la guerra.

Y venían en ardientes ráfagas rojas los posteriores resplandores del incendio.

Cuando entró Absalam con los cuatro negros sacrificadores, El-Tussaní irguió su cabeza fiero y horrible.

—¿Vas á matarme como á un perro, Hameido? Que la maldición de Allah caiga sobre ti, sobre tus hijos y sobre los hijos de tus hijos.

Hameido le miró, altivo y desdeñoso, y dijo bruscamente:

—Pronto, Abdelkader, acaba.

Un negro enorme y misterioso como un dios salvaje, se adelantó con la gumia desnuda y reluciente.

La levantó un instante, y con magnífica destreza cortó el cuello de El-Tussaní de un golpe puro, rotundo y soberbio.

Cayó la cabeza rebotando sobre el mármol, entre una ola de sangre delirante.

Un momento quedó el cuerpo erguido, y luego se desplomó pesado, muerto.

—Hacedle pedazos—dijo Hameido con los ojos encendidos por diabólicas luces.

Los cuatro negros, con la precisión de cuatro feroces carniceros, comenzaron á despedazar el cadáver.

Las negras manos crueles arrancaron fragmentos de carne torturada, y los anchos dedos de uñas de ámbar se hundieron entre las vísceras ennegrecidas por el dolor.

Un goce horrible, monstruoso, transformaba el rostro de Hameido.

Y sus ojos iluminados por un fulgor inconcebible, contemplaban aquella carnicería con una sensualidad lenta, como una caricia.

Cuando el cadáver estuvo hecho pedazos, entraron los perros en la estancia, palpitantes, humeantes las bocas y rojas las pupilas.

Abalanzáronse sobre el cadáver, y con los dientes fulgurantes devoraron los músculos sangrientos, las rotas costillas, la piel amarilla y lívida.

Un frío de horror estremecía mi alma, y en mi propia boca me parecía sentir el acre gusto pulposo de la sangre humana.

Me levanté del tapiz y besé á Hameido en las mejillas frías y pálidas.

Algo sobrehumano había en sus ojos, algo

como la gloria de un dios ó como el resplandor del Iblis.

—*Jata gadda, incha-allah. Alkalajeir.*

—*Em-si-bis-selam.*

La media luna del Profeta brillaba en el cielo.

Con agudos gritos, los chacales chupaban sangre de los cadáveres.

Los alminares surgían sobre la ciudad, largos y extraños como esqueletos.

Bendito sea siempre el dios de mi raza.



VIII

En el nombre de Dios. Su bendición sobre los hijos de Agar.

Ya habían partido mis guerreros hacia la montaña.

Sólo quedábamos en el campamento Kamar y yo, con las mujeres y con los esclavos.

La ciudad en paz, dormía blanca bajo el sol.

En el silencio perfumado de la tienda, Kamar reposaba en mis brazos.

La sombra estaballena de su presencia, de su vida animadora y profunda.

Ella se transfiguraba siempre, creándome á cada hora una nueva y fresca gracia.

Alguna vez sus ojos se encendían con una luz tan extraña, que me parecía una criatura distinta.

Del desierto venían ráfagas que embriagaban mis pensamientos, que los arrastraban como un torbellino de arena.



Suleima, la vieja nubia, abanicaba á Kamar salmodiando canciones de su patria, lentas y febriles.

—Ya soy feliz, Sidi: Nos iremos á la montaña, y no volveremos nunca, ¿verdad? No quiero que te separes jamás de mí; tu vida es mi vida, y sufro horriblemente cuando pienso que puedes morir.

—¿Y qué importa morir, Kamar? La muerte es á veces tan dulce...

—Sidi, una adivina me ha dicho que tú eres noble como el león y como los hijos del Profeta, pero que Hameido es malo como el tigre, y de corazón negro como la noche sin estrellas.

—No, Kamar. Hameido lo es todo; él es más que un hombre.

—No te comprendo, Sidi, pero mi corazón me dice que Hameido te traerá la desgracia.

—Además, Sidi, tú eres valiente y eres generoso, y quizá ignoras que Hameido roba, asesina, que mató á su padre, á su hermano mayor, que envenenó á sus mujeres, que asesinó á todos los nobles de su tribu. El ha sido traidor á su raza y á su sangre, él por el goce de matar ha inventado los suplicios más horribles. Ese es tu amigo, Sidi; acuérdate, por Dios, de las palabras de Kamar.

—¡Calla, mujer! Hameido no es mi amigo, es

mi hermano. Suya es mi sangre, y su vida para mí es sagrada.

Kamar me tendió sus brazos, se enroscó á mí como una serpiente tibia y flexible, y su boca en mi boca me dijo:

—Perdóname, Sidi. Te amo tanto que todo me produce miedo. Si te he hecho sufrir, olvida todo cuanto te he dicho y piensa que tu esclava Kamar quisiera cubrir hasta el mismo sol, para que sus rayos no te hirieran.

El canto de Suleima resonaba lento, penetrante y pesado como un melodía solar.

Y la alegría de la mañana entraba en un aire festivo, agitando las sedas de la tienda, los cabellos flúidos de Kamar.

La amada me miraba con las pupilas distantes.

Había en ella ese encanto breve, lleno de presentimientos, de las criaturas que tienen una esencia demasiado profunda para una vida humana.

En las pausas de amor, yo acariciaba aquella alma y la sentía latir bajo mi mano, como un corazón joven ó como una flor llena de perfume.

Blanca y misteriosa, una figura se alzó en los umbrales de la tienda.

—Que la paz sea con vosotros.

—Y contigo sea también la paz. Pasa y descansa.

Descubriéndose el rostro, penetró en la tienda la aparecida.

Era una vieja de ojos altos, conformados para el éxtasis y la elevación.

Llevaba pendiente del cuello retorcido, seco y áspero como una cuerda, un collar lleno de huesos, de talismanes, de piedras embrujadas, de manos del Profeta.

Sentóse la vieja sobre un cojín de plata, y descubrió sus manos largas, en forma de garra, con las uñas pintadas de un rojo violento, como si las hubiera hundido en sangre.

La vieja miró á Kamar y dijo:

—Mañana vuelvo al desierto, paloma de plata, y antes de partir he querido poder revelarte el destino de tu amado. ¿Consientes, Sidi, en que te diga tu estrella?

Kamar me miró suplicante.

—Sea. Hágase vuestra voluntad.

Levantóse la vieja, cerró la puerta de la tienda, corrió todas las cortinas, y sacando de entre sus vestiduras dos largas velas verdes, las encendió musitando una salmodia en la lengua bárbara del desierto.

Después sacó un hñesecito amarillento, y me dijo, entregándomelo:

—Tenlo en tu mano izquierda, Sidi; es de la tumba de nuestro padre Abraham.

La hechicera se inclinó, tocó la tierra con

sus manos, con su boca y su frente, y cuando se irguió, su rostro se había transformado hasta adquirir un misterio fascinador.

Con lentos movimientos extrajo de su pecho unos granos de color ambiguo, y los arrojó al braserillo donde se quemaban los perfumes.

Un humo azulado ascendió recto como un espíritu.

Acercóse á mí la vieja, y poniendo su mano esquelética, que temblaba convulsa sobre mi corazón, comenzó á hablar con una voz incierta y lejana de sonámbula:

—Sidi... tu alma... es vasta y fiera como la del león... Sangre, mucha sangre mancha tus manos, pero no toca á tu alma... El espíritu de Dios vive bajo tu frente ancha... Tienes enemigos feroces... pero una mujer, clara como la mañana, te salvará de la traición... Te aman tus mujeres, más que á sus propias vidas... Una gran desgracia... herirá pronto tu alma... El futuro... será para ti de gloria... y serás alto y noble... como un Charif...

Calló la vieja y abrió suavemente sus ojos.

Kamar escuchaba pálida, toda el alma en la boca entreabierta.

—Mujer de Dios—dijo tímida—, haz tu conjuro para que mi amado me ame siempre.

La hechicera nos miró alegre y sonriente.

—Dame un pelo de tu barba, príncipe mío,

y tú, lirio de Jerusalén, dame otro de tu cabellera de nardo.

Unió la vieja nuestras manos, quemó nuestros cabellos en el braserillo de los perfumes, y recitó una larga oración en su lengua extraña.

Luego sacó un largo alfiler de plata, y nos pinchó hasta hacer saltar dos gotas de sangre.

Mezcló con mi sangre la sangre de la amada, y dijo:

—Sólo Allah separará vuestras vidas, sultanes míos. Amaos siempre como en este día dichoso.

Dí unas monedas *hassaní* á la adivina, y salió de nuestra tienda colmándonos de bendiciones.

La amada estaba llena de una armonía ideal, como los seres predilectos de Dios.

La estrella azul de su frente, resplandecía como una aurora.

—Amado mío, dame el más dulce beso de tu boca.

Cuando desfallecía, su alma temblaba en las pupilas claras.

—Kamar, esposa mía, mi espíritu está lleno de presentimientos angustiosos. No sé qué temo; algo secreto y fatal está para cumplirse. La hechicera me ha predicho una desgracia, y mi corazón me la anuncia.

—Sidi, mi muy amado, volvamos pronto á

nuestra casa; el aire de la ciudad es como un veneno.

—Mañana, Kamar, mañana tornaremos á nuestra soledad y á nuestro silencio. Esta noche, la última, debo pasarla con Hameido en la fiesta de los *aissauas*.

A la hora del *mogreb*, y después de hechas mis oraciones, penetré en la ciudad.

Era sábado, y las judías en fiesta parlaban en los umbrales de sus casas pintadas de azul.

En lo interior de las mansiones hebraicas, se veían largas galerías de ligeras columnas, puertas de cedro tallado, patios llenos de largas sombras.

Viejas judías dormitaban recostadas sobre las paredes.

Doncellas hebreas de largas trenzas y *kajtañes* de oro, reían con frescas risas sonoras.

Cuando llegué á la casa de Hameido, era la noche ancha, azul y profunda.

Hameido y yo, comimos juntos en el kiosco del jardín, al son de la *derbuka* y del *camanya*.

Ocho nubias impúberes, vestidas solamente con sus ajorcas de oro y con sus largas cabellera oleosas, nos sirvieron los dulces de azahar y de nardo, y los refrescos helados con la nieve del Atlas.

Hameido, bello como el arcángel, con su voz apagada y suavísima, me hablaba de nuevas

guerras, de dominar todo El-Garb, y de llegar hasta la misma corte.

—Arbí, mi destino es despertar á nuestra raza inmovilizada y ciega. El-Mogreb en manos de este Sultán, morirá. No hay un solo príncipe de mi sangre capaz de darle vida; todos son cortesanos con almas de mujeres. El *srani* triunfa en Tánger, en El-Araich, en Dar-el-baida, en Fez, en Marrakesk, y su camino es lento, pero inmutable. No quedaremos sino los árabes del desierto y los de la montaña. Yo llevaré á mis hermanos á los tiempos de oro de los Omeyas.

Por las pupilas de Hameido pasaban luces inauditas.

El tenía la sangre de los Charifes, de los hijos del Profeta, y su frente estaba signada como la de un dios.

El, con su mano imperativa y soberbia, hubiera podido conducir una raza á su cumbre más alta.

El era la flor preciosa, la criatura de hierro y de fulgor, cuya vida se ha nutrido con los nervios de los leones.

Terminada la comida, salimos.

Era la noche toda azul.

Envueltos en nuestras blancas vestiduras, oculto el puñal entre los pliegues del *sulham*, avanzábamos por las calles iluminadas de ensueño.

La puerta de la mezquita de Sidi-Ben-Idriss estaba abierta.

Nos descalzamos, y penetramos en el interior.

Una galería en forma de herradura rodeaba el templo.

El suelo estaba cubierto de espesos tapices negros y amarillos.

Del techo pendían innumerables lámparas de cristales de colores con huevos de avestruz.

En el fondo, en un nicho de azulejos policromos, y entre estandartes verdes y rojos, se hallaba sentado el jefe de los sectarios de Sidi Aissa.

En el centro, sentados en círculo, estaban los músicos, salmodiando con largas voces de monotonía y de dolor, recitados religiosos.

Hameido y yo, nos sentamos en un ángulo, sobre altos cojines de damasco verde.

Levantóse uno de los *aissauas*, y se colocó erguido y rígido ante el santo,

Inmediatamente hizo otro lo mismo y así continuaron los demás hasta tocar en fila los dos lados de la mezquita.

Iban los *aissauas* casi desnudos, con las carnes quemadas llenas de oscuras cicatrices y de heridas aún frescas y sangrientas.

Aceleróse la música con un ritmo quebrado, rápido y violento.

Los *aissauas* comenzaron á moverse lenta y cadenciosamente.

Estaban pálidos, con una palidez que hacían sobrehumana las lámparas de colores.

Todos golpeaban el suelo con sus pies desnudos.

Se inclinaban, se erguían, tornaban á inclinarse.

El *mufti*, el *cadj* de la mezquita miraban inmóviles y graves.

Una luz roja iluminaba los arcos, las columnas retorcidas en espirales de púrpura.

Humeaba el benjuí en las altas copas de bronce.

Cesó la música.

Unos negros desnudos, gigantescos y feroces, colocáronse encima del tapiz y comenzaron á girar en círculo.

Cantaban una canción extraña, llena de tristeza y de nostalgia del país misterioso de los caobales, de los lagos y de los árboles de goma.

Se encogían como panteras y saltaban con elasticidades inconcebibles.

Aullidos roncoss se escapaban de sus gargantas, relucían sus pieles cubiertas de sudor, fosforecían sus ojos constelados de oro.

Rendidos por la danza frenética, los negros fueron cayendo uno á uno entre las columnas, bajo las arcadas.

El jefe de lo *aissauas*, musitaba oraciones en su nicho, ante un largo cirio amarillo.

Los *aissauas*, agitando locamente el *ben-dair*, se retorcían convulsos, con los músculos dolorosamente vibrantes, y sus ojos eran de sangre, sus narices humeaban, sus bocas horribles gritaban el nombre de Sidi Aissa, como un alarido salvaje.

Extenuados caían al suelo, y sus cráneos chocaban bárbaramente contra las losas de mármol.

Cuando quedaban rígidos como cadáveres, los arrastraban á los pies del *jeque*, el cual tocaba sus frentes.

Un *aissaua*, de tez de aceite, se acercó al brasero de los perfumes, cogió los carbones encendidos y los masticó arrojando chispas de fuego.

Otros encendieron manojos de esparto en el cirio amarillo, y se quemaron las carnes, las anchas cabelleras confusas.

Algunos sacaron de sus odres serpientes venenosas, que corrían entre las piernas desnudas de los *kjuanes*, las partieron en trozos con los dientes, y mientras los pedazos del reptil se revolvían en el suelo aún vivos, ellos con la bocas llenas de sangre, mascaron la carne blanca y fría.

Dos viejos se clavaron en el pecho sus puñales.

Otros mascaron anchos cactus espinosos; el jugo viscoso y verde corrió por sus cuellos, y sus espinas se clavaron en la lengua, en los labios, en las encías ensangrentadas.

Otros se pincharon en el globo del ojo con largas agujas de hierro.

Otros, con unos pequeños martillitos se hundían en los hombros clavos puntiagudos, martillando hasta agujerear los huesos.

Otros se horadaban la nariz, la lengua, con agujas adornadas de medias lunas.

Otros se herían en los muslos, y con los dedos crueles se arrancaban largas tiras de piel.

Otros se llenaban el pecho de ascuas rojas, y rígidos contemplaban cómo sus carnes se abrasaban.

Al aroma hechizado del benjuí, se mezclaban olores de sangre, de fiebre, de pieles quemadas.

Todos orábamos con graves voces ungidas de fervor y de calentura.

Embriagadas por la sangre, nuestras almas se tendían ávidas al suplicio, á la tortura, al ansia de darse á Dios.

El humo de los cirios parecía elevarse también al Dios de nuestra raza, inmenso y terrible.

Miré á Hameido.

Todo su rostro se desvanecía en la sombra y sólo sus ojos brillaban con un fulgor más que humano.

Y mi espíritu me dijo:

El, cuya substancia es heroica, como era la del Profeta de Dios, con su firme mano tiránica puede conducir el destino de nuestra raza.

El es ambiguo y misterioso como una fiera, y claro y vasto como un dios.

Los *aissauas* caían exánimes.

Palidecían las llamas, rojas como de infierno.

Los creyentes salían lentos de la mezquita.

Levantóse Hameido, y me dijo con su voz lejana:

—Estoy triste, Arbí. Parece que un cuervo devora mi corazón.

Salimos de la *djamna*.

Las aves de la noche trazaban en el aire círculos enigmáticos.

Bendito sea el nombre del Santo Sidi Aissa.



IX

En el nombre de Dios el Grande y el Justo

Por entre las cortinas de la tienda, penetraban los resplandores lívidos del amanecer.

Una angustia mordiente me había devorado toda la noche, y mi frente parecía ceñida por un círculo de hierro.

La llama de mi lámpara palidecía trágicamente ante el claror azul del alba.

Venía una frescura suave, llena de misteriosas dulzuras.

Y mi corazón estaba triste.

El presentimiento ascendía por mi espíritu como una serpiente negra y venenosa.

Acababa mi esclavo de servirme el té con ámbar, cuando oímos cercano y estruendoso el galope de un caballo.

Levantó Mujammed la cortina de mi tienda, y Absalam penetró pálido, tembloroso, con los ojos llenos de lágrimas.

—Sidi, Hameido ha muerto; esta mañana ha sido asesinado.

—¿Qué dices, Absalam? ¿No mientes?

—Por Dios que nos oye, te digo la verdad. Salió aún de noche, solo como siempre, á visitar á los cabilas del Yebel-el-Aud, y los hermanos de El-Malek, que le esperaban ocultos entre el monte, le dispararon sus fusiles. Con cinco heridas, todo ensangrentado, corrió tras sus asesinos que huían, pero le faltaron las fuerzas y cayó muerto. Un pastorcillo de la montaña que lo vió todo, vino en seguida á avisarme, y antes de que se lleven el cadáver á la mezquita, he querido que tú veas al amigo de tu corazón.

En un fulgurar monté en mi caballo, y seguido de Absalam llegué á la montaña.

Todas las cabilas del Yebel-el-Aud rodeaban el cadáver.

Lloraban los mancebos, los viejos, los niños; se clavaban las uñas, se arrancaban las barbas, se llenaban de tierra las frentes y las vestiduras.

Un plañir desesperado saludó mi llegada.

—El era nuestro padre; él era grande como Alí, el hijo del Profeta; él era valiente como el león, y su mano generosa daba la felicidad á nuestros hijos.

—¡Hameido, Señor, Padre nuestro, levánta-

te y vuelve á ser nuestro califa, el que era suave como la paloma y terrible como el rayo!

Me acerqué al muerto.

Su rostro estaba divinamente bello, como el del arcángel.

Tenía los ojos abiertos, y las pupilas fijas en el cielo.

La yilaba era roja de sangre.

Me incliné sobre sus cuerpo, y mis lágrimas se confundieron con su sangre.

Me levanté, y con la voz rota por el dolor, grité á las gentes y á los cielos:

—¡Hermano mío, por el Dios que me escucha y por la sangre de mis padres, juro vengar tu muerte, exterminar á la raza maldita de tus asesinos!

Un largo clamoreo se elevó hacia el cielo, implacablemente azul.

Ascendían por todos los costados de las montañas, gentes pálidas y trémulas.

Caidés, schawis, mjaznis, jlifas, hadis, tolbas, aduls, uaquils, venían ansiosos, ululando con vivos gestos amenazadores.

En las cumbres de las montañas comenzaban á encenderse las hogueras, para llamar á las tribus.

Los esclavos de Hameido llegaron con la camilla de la gran mezquita, con la bandera verde de la *zauya* de Sidi-el-Amin.

Colocamos el cadáver en la camilla, depositando en ella al mismo tiempo un fragmento de tierra manchada con su sangre.

La comitiva se puso en marcha, entre los *a huili a huili* desgarradores de las cabilas.

Iban delante los *tolbas* cantando la profesión de fe *eschejada*.

—*Al-lah ju-acbar asche jadu la ilah in Al-lah na asche jadu anna Mujammed rasul al-lah.*

El cielo estaba lleno de nubes oscuras como maldiciones.

Las blancas azoteas de Beni-Nuar, se poblaban de mujeres.

El sol se abría en el cielo como para recoger el alma llameante del héroe.

Un rayo recto como una espada, arrancó luces á la seda que cubría al muerto.

Con un crujir resonante de sus alas pesadas, un águila surgió de entre las rocas, y se elevó sobre el cadáver.

Todos quedamos extáticos.

Diríase que era el alma de Hameido que volaba á los cielos encarnada en la divina ave de orgullo y de victoria.

Las voces funerarias de los *tolbas*, sonaban largas, fatales, profundas.

Todos los cuervos de la tristeza abrían sus alas en mi alma entenebrecida.

En el horizonte, la tierra aparecía cerrada y misteriosa como un destino trágico.

Mi pensamiento me dijo las palabras el Profeta:

«Cuando ejerzáis una venganza, hacedla idéntica al daño que hubierais recibido.»—*Surat. La Abeja, vers. 127.*

Bendito sea siempre el nombre de Dios:

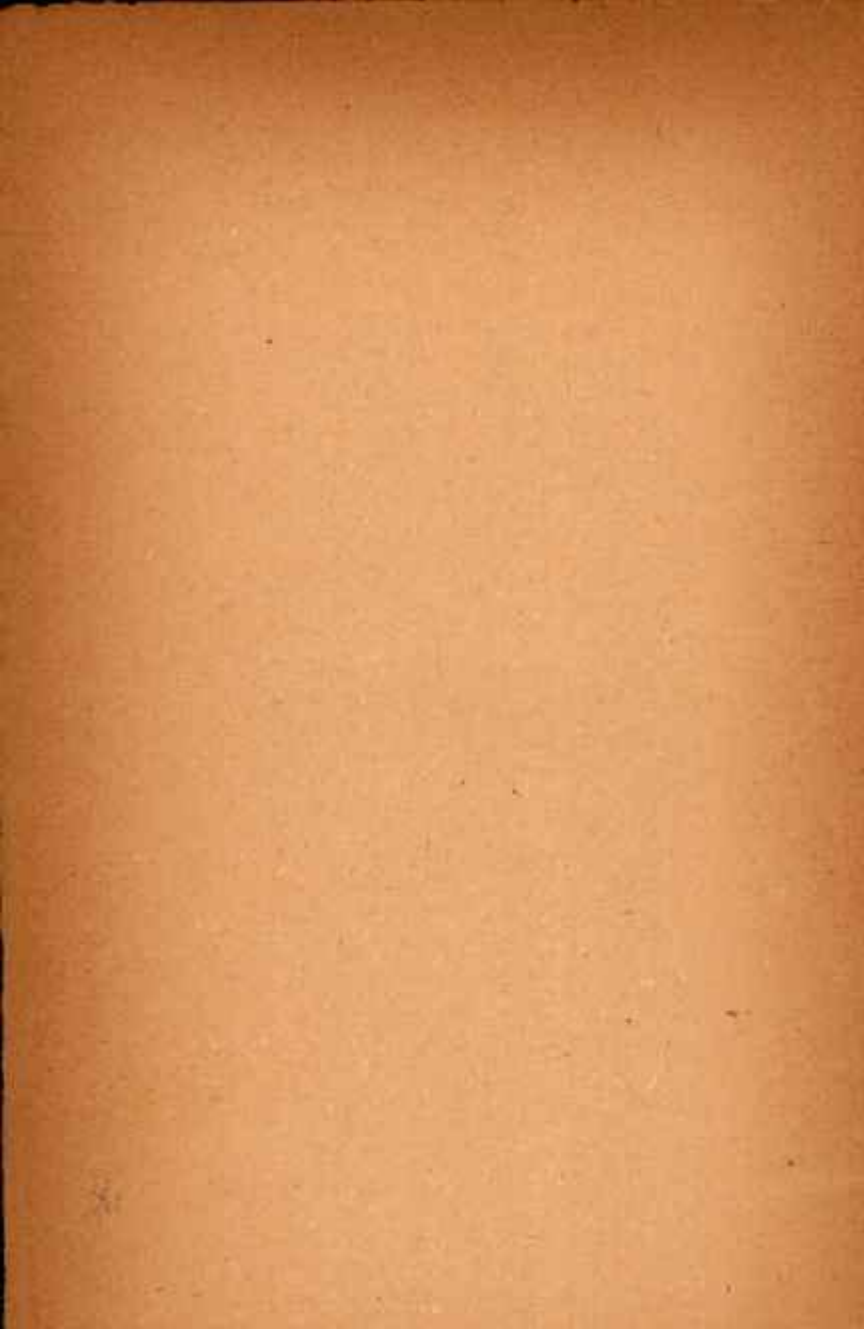
FIN

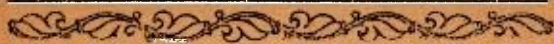


Juicios acerca de

“Morena y Trágica,,

Novela de Isaac Muñoz.





Parece que el alma de Andalucía, que durante el último siglo dormitó bajo el tórrido sol, como en un crepúsculo de primavera, se despierta acariciadora. Y no me refiero al alma social que desgraciadamente perfilóse trágica en cortijos y ciudades con sus huelgas y sus hambres, sino á aquella otra alma, la sentimental, la artística, flor admirable de la raza.

La musa andaluza, de ojos profundos, de piel atezada, de boca ardiente: la que canta y la que llora, la que languidece en los patios en la calma absoluta de la siesta, la que suspira en los jardines del Generalife y del Alcázar sevillano, nardo árabe y rosa de Oriente, soberbia como una estatua morena, rítmica como la más divina estrofa del más divino poeta, tiene en esta tarde de resurrección un beso lánguido para sus artistas, tiene una caricia, tiene, en fin, una mirada que es todo: abismo, infinito, misterio.

¡Oh, el alma andaluza! Yo sé decir, bien que cegado por la admiración á mi raza y á mi tie-

rra, que ella es la esfinge que guarda el secreto de la vida. Su pueblo es pueblo de escogidos. El arte aquí, al igual que en la tierra clásica de la belleza, nace de una feliz conjunción del cielo y de la tierra, de la carne y del espíritu, de la mentalidad y del sentimiento; de la música nocturna, de los paisajes de sol, de los ríos de sonoro nombre; del olivo, del laurel, del mirto y del naranjo.

El alma andaluza resucita. Romero de Torres ha obtenido el triunfo con su *Musa gitana*. Isaac Muñoz ha obtenido también el triunfo, no por menos público, de menor valimiento, con su admirable obra *Morena y trágica*, la novela gitana.

Yo he sentido siempre un respeto profundo por ese pueblo que como reyes desterrados pasea por el mundo su grandeza, incorruptible en estos tiempos de corrupción, aislado en este siglo de civilidad; duro, fuerte, ágil y bello, en esta hora de decadencia, de neurosis y de locura.

Entre los harapos de sus vestimentas, la pureza de las líneas acusa el alto abolengo. El lenguaje y el cantar nos dicen cómo su espíritu se desliza por las mismas entrañas de la Natura-

leza. Su amor tiene toda la fuerza impulsiva del instinto, con todas sus delicias y todos sus martirios; aguas encantadas que parecen recogidas de la fuente de Juvencia, y que hacen de esta casta una familia siempre joven.

La novela de Isaac Muñoz es el alma gitana. Martirio, que es la raza, ama, ama á un misterioso personaje que es el narrador, y á través de cuyo incógnito, se adivina al árabe andaluz, aquel magnífico poeta, artífice, filósofo y músico que elevó Andalucía á su mayor esplendor, bajo los arcos de la mezquita de Córdoba, en las delicias del palacio nazarita, junto á la sombra airosa del alminar que edificara Geber.

La novela está hecha con carne morena, y con fúlgidas llamaradas de pasión. En la cueva troglodita, en la misma matriz de la tierra transcurre el drama. La superstición, el sortilegio, la hechicería, pinta sus destellos lívidos sobre el cuadro. Y entre el inefable deliquio sensual la crueldad entra su garra de tigre y se percibe el olor de la sangre.

Quizá las pupilas poco perspicaces no puedan ahondar en los páginas de este libro. Porque hay que penetrar en él, con cautela y comediamento, con hondo reposo, y luego dejar que el iris se dilate, que inquiera, que descubra, que la vista ahonde, con la rígida certidumbre

de la flecha que busca el corazón para traspasar el misterio y sentir lo que guarda su centro.

Hay páginas que dejan la impresión de un agua fuerte—tales son las que hablan de una fiesta gitana—, hay otras tremantes de enloquecedora evocación, hay otras pérfidas con la atractiva faz de las aguas muertas. Como un joyel tiene esta obra una piedra roja, que es un rubí rodeado de piedras lívidas, de virtudes secretas.

Isaac Muñoz, desde su solar, trabaja con noble paciencia y segura mano en repujar su obra de artista, *Vida, Voluptuosidad, El libro de las Victorias, Morena y trágica*, forman ya una galería donde pueden descansar los espíritus escogidos en su peregrinación por la tierra. «Arbor vitæ» dice el «ex-libris» de su última producción. Y esta divisa es una empresa de gloria, porque el árbol de la vida no deja de dar frutos.

ALFREDO BLANCO



He aquí el libro, no de un pensador sobrio y profundo, ni tampoco de un novelista sensible á extraños y complicados psicologismos, sino de un divino artista de quien diríamos el Leonardo de Vinci de la prosa.

Morena y trágica es una bella popeya rica de colorido y modernidad en que aparece toda desnuda el alma supersticiosa de la raza gitana, cuya vida es una fuente de misteriosos ritos y prácticas cabalísticas.

Isaac Muñoz, que es á la vez un mago de las sensaciones y un innovador de verdad enamorado de la forma, ha interpretado bien el modernismo y alejándose de todo aquello que cercana ó remotamente pudiera atribuirse á un modelo, nos ofrece á manera de poema un dechado de novela, regio y original.

Sin profundizar el concepto de las cosas, y sí cuidando escrupulosamente la euritmia de la frase breve y lapidaria y los modos de expresión que han de sugerir concretamente al

lector emociones estéticas similares á las suyas, él es, entre los escritores contemporáneos, un cruzado del arte nuevo, porque su estilo único, rebosante de belleza, armoniza con el joyel de su ideología lírica, más alta y más pura que la de quienes, fingiéndose refractarios á las leyes académicas, no aceptan las innovaciones de los grandes modernistas.

El modernismo no consiste sólo en la forma, á pesar de los asertos de algunos escritores, ni en la novedad de las sensaciones únicamente, según afirman otros que nos lo presentan como sinónimo del decadentismo.

Sin embargo, quien no concibe modernista una obra nueva en el fondo por sus ideas puramente tendenciosas, ó si se quiere, por la sutilidad de sus impresiones emotivas, si es clásico el molde que sirvió para ejecutarla, jamás debiera concebirla en la forma si su esencia es extraída del árbol de las ideas caducas.

Imaginaos la obra de un pensador modernista escrita en el lenguaje de Cervantes y podréis compararla con un «Don Quijote» de forma moderna.

¿No veis que ambas son la antítesis del modernismo?

Y bien: el modernismo es producto de la conjunción del color y la esencia, ó sea de la forma y el fondo que tienden á armonizarse á me-

dida que se opera la evolución literaria y la idea del individualismo cunde doquiera y se cristaliza en los cerebros ansiosos de renovación.

En América, como en España, hay escritores que sin poder llamarse clásicos tampoco son modernistas. Permanecen vacilantes en la penumbra, no atreviéndose á optar por el arte moderno, que es el fruto del esfuerzo individual.

Hay otros, en cambio, como Vargas Vila, Rubén Darío y Santiago Argüello (éste en prosa solamente) cuyo arte es absoluto.

En España Felipe Trigo, Valle Inclán, Miguel A. Ródenas (1) y entre otros los prosadores, que no cito ahora porque no conozco toda su labor intelectual, se han lanzado á la conquista de un estilo propio y lo han conseguido merced á su desdén por las escuelas literarias y á su gran deseo de no semejarse á nadie.

Tal hizo Isaac Muñoz con su novela *Voluptuosidad*, maravilla artística que parece hecha por un orfebre de la palabra, y ahora afirma su personalidad con *Morena y Trágica*, que es como un poema pagano, cada uno de cuyos versículos encierra, no obstante su breve-

(1) Recomiendo la lectura de «Tierras de Paz» de este admirable escritor. Próximamente me ocuparé de ese libro, cuya dulzura eglógica me hace pensar en los idilios pastoriles de Arcadia.

dad, una salve al amor humano ó un madrigal de miel á la belleza plástica que produce dulcísimas sensaciones é ilumina y educa el sentimiento estético.

La pintura descriptiva, así como las semblanzas de los personajes de ese libro, no pueden ser más sugestivas y exactas dentro de la síntesis de la oración en la que su autor no emplea voces superfluas que amenguarían la gracia y espontaneidad de su léxico sonoro.

La prosa de Isaac Muñoz es de una vaga armonía que á las veces contrasta con el realismo de las escenas audaces que él pinta magistralmente. Es el suyo el divino contraste de un cuadro voluptuoso á lo Watteau en el que sólo se emplearan matices claros con el objeto de espiritualizar el motivo.

Siendo amoral por temperamento, Isaac Muñoz no cree en eso que han dado en llamar algunos pornografía del arte. El arte no es pornográfico. Donde hay arte jamás hay pornografía; hay verdad, además de belleza, porque el artista verdadero no ha de ser un moralista cuyo objeto primordial sea halagar á todos los pudibundos.

Pero hay también un principio de moral falsa en ciertos escritores timoratos que suelen velar con enigmáticas frases sus escenas descarnadas, tergiversándolas por completo.

Y eso es contraproducente para el criterio de los lectores suspicaces que aman el arte tal como es por naturaleza, y no, deformado por el velo de la hipocresía.

Morena y Trágica es de un verismo absoluto y de una evocación tan fiel de la vida y las costumbres gitanas, que recuerda el alma reminiscente de los cantares de gesta.

Martirio, supersticiosa ferviente como todas las gitanas que creen en la virtud de los amuletos y de los augures, ama febrilmente y se entrega al hombre que la requiere.

Luego, para que el amor perdure, según los ritos gitanos, hiere el brazo del amante y éste á su vez el de ella, y ambos succionan mutuamente la sangre que brota de las heridas hechas en holocausto al amor. Y terminan el acto sus tremantes bocas con un beso largo y sensual que sella el pacto amoroso.

Después, ambos se separan y cuando vuelven á verse, Martirio, movida íntimamente por quién sabe qué pronóstico fatal, duda de la fidelidad del amante y se entrega de lleno á la cábala, procurando saber su destino.

El Hado no le es propicio. El le dice que su amante ya no la ama y su amor grande y ardiente truécase en odio hacia él.

Y muere de amor Martirio, cumpliéndose así su lúgubre presentimiento:

*Yo moriré porque tengo tu zangre, porque soy
tu rumí, y porque no podría mirá á otro hombre.*

Tal es en síntesis, el tema de esa novela que tiene poesía de idilio y rasgos perversos de voluptuosidad y lujuria.

Las inclinaciones sádicas que se insinúan precediendo al espasmo; los atractivos del sexo sediento y devorador; la crueldad y la tortura implacables usadas como incentivos para el goce sexual; todo cuanto hay de humano en el amor está descrito con altura en esas páginas de fuego, cuyo fondo de verdad es un mérito enorme que hoy nadié alcanza á loar.

Aunque *Morena y Trágica* no es esencialmente lo que se llama una novela psicológica ni de modernas orientaciones sociales ó científicas, la psicología de los variados tipos que presenta Isaac Muñoz, es tan delicada y veraz que lleva á la imaginación del lector el arquetipo acabado y el carácter general de la raza á que aquéllos pertenecen.

El gran instinto de observación pictórica y la grande intuición de lo bello que acusan las descripciones breves y amenas de esa obra, hablan tanto de un sensitivo en cuyo espíritu priva la influencia del miraje, como de un poeta en cuyos labios pone el Arte armoniosas formas verbales aparentes al motivo de su canto.

Esa virtud del escritor de fibra que aduna á la riqueza de sus emociones íntimas el venero inagotable de sus arpadas verbalizaciones, no invoca turiferarios para demostrarse á todos ni compra el silencio de la crítica convencional, dócil tan pronto al soborno como á la ferocidad.

Isaac Muñoz no necesita, pues, turiferarios, porque su vigoroso talento es superior al elogio y porque sus libros, á fuer de originales, no tienen reminiscencias de otras lecturas ni siquiera semejanzas con ningún otro estilo.

Entre las joyas de la moderna literatura que hoy ejecuta en España un selecto grupo de paladines del Ideal, *Morena y Trágica* es un breviario de amor y un bello símbolo de arte.

PÉREZ Y CURIS





La impresión primera que deja este libro es de una marcada extrañeza; estas vidas que nos interesan momentáneamente son otras muy distintas á las que nos rozan en la vida. Es la misma sensación de extrañeza, de dificultad en la comprensión más interna, que causa en el lector de una literatura determinada, la primer lectura de libros de una civilización distante. Los seres que nos rodean, más bien los que solemos entrever en libros de hoy, con muy pocas excepciones, están fraccionados, son complejísimos, y la intensidad de su vida se halla repartida en facultades y sentidos y direcciones nuevas y múltiples; ha evolucionado hacia un intenso fraccionamiento, hacia una efervescencia de diversidades y de cerebración.

Estos otros seres de *Morena* y *Trágica* han evolucionado en muy distinta forma; se han fortalecido, no se han multiplicado; son los mismos *aquéllos*; los siglos se arrastraron sobre su carne, sobre su forma, revistiéndolos de una vaga apariencia pétrea inconsciente, conservando ocultas las entrañas templadas y la

fermentación de los pensamientos. Y en la fatalidad y en el misterio, estos personajes ensombrecidos que sienten la pasión íntegra, con la opresión pasmosa de una fuerza jamás dividida, nos asombran y nos desconocen á nosotros que nos enorgullecemos de ser múltiples y dominadores.

En el decurso de la acción se siente un fatalismo aplastante, oriental, como los rayos del sol del desierto; apenas si los hombres reaccionan y cuando lo hacen es para arrojarse en un misterio profundo. Comienza la novela á plena luz y plena vida, bajo ese mismo sol:

.....

Cansada de gritar la vieja quedó inmóvil al sol.

Rígida en los umbrales de la caverna, augur y milenaria, era como el espectro vivo de un Destino cerrado.

Al sol, viva luz absoluta, nutrida y pura vestía su figura del oro fastuoso y eterno de las momias faraónicas y como una túnica de sombra flotaba tras ella el negror húmedo, palpitante y atractivo de la cueva.

La gitana Soledad era tan antigua como aquellos mitos indios que hablan de dioses multiformes, de bosques maravillosos cuyo aliento hace arder la sangre de los tigres y de los hombres,

de fuegos sagrados que iluminan la tierra, de músicas embrionarias en las que se percibe lento el rumor infinito de los mundos en formación.

Es notable observar (lo que se descubre á primera vista) cómo en aquellas regiones ardorosas se desprende de las concepciones más espontáneas, abstracciones de la vida práctica y aun de esta misma esa otra concepción del fatalismo y en cambio conforme el sol se temple y se vela con brumas, el hombre créese más libre y más divino, necesitando que la filosofía después de muchos siglos esclarezca el problema viniendo á decir Kant en Alemania, lo que ya entrevió Platón en la dulce y templada Grecia, acariciada por tan calientes rayos; trocando el cristianismo del en un principio concepto filosófico, formado bajo el sol asiático, á los sutiles y errados conceptos de hoy que alumbra nuestro sol enfermo de Europa. Y es que quizás la profundidad no esté en la noche y en lo tenebroso, sino en las deslumbradoras policromías bajo el oro más amarillo, en el Astro asfixiante, en el Astro divino.

Ese fatalismo, ó como dijo Schopenhauer, refiriéndose á Fichte, «la idea de un encaadenamiento riguroso de las acciones humanas es la línea de demarcación que separa la cabeza de los filósofos de todos los demás».

Es aquel pensamiento de Leonardo (Dimitri Merejkowski: «La resurrección de los dioses»: «Los hombres—pensaba—no podrán nunca encontrar nada más bello, más ligero y perfecto que la naturaleza, que con prodigiosa exactitud dispone sus leyes de modo que todo efecto se relacione íntimamente con su causa.»

Se ofrece este libro como una cosa rara en nuestra literatura, en la que, prescindiendo de algunas personalidades notables y ya *viejas*, según el sentir de otros que les toleran más ó menos, todo es frívolo y charanga, y una peste de análisis y de perversidad. Es raro en el estilo quebrado, fuerte, á párrafos cortos; raro en su esencia, no vana como al uso, sino preñada y casi estallando. En conjunto, una especie de *algo geométrico*—citando una palabra suya—, pleno de ángulos salientes y de rectas inverosímiles que se unen unos con otras por medio de curvas rarísimas de un alto lirismo.

Quizás pudiera encontrarse cierta influencia *del*—como le llama él mismo—*más ilustre de los escritores de España, D. Ramón del Valle-Inclán*, pero es indudable que la personalidad de Isaac Muñoz resalta y aparece como cosa propia é incalificable en moldes del exquisito autor de las *Sonatas*; éste es español, y Muñoz, á mi juicio, ha heredado bien poca ánima castellana, pues no tiene ese reposado escepticis-

mo que nos resta de nuestra fe ardiente ni esa sequedad y adustez que tan bien armonizan con la galanura fresca y poética de nuestros huertos (aunque sí coincida con nuestro sensualismo y nuestra metafísica), y menos, y esto sobre todo, sin ninguna socarronería, esa socarronería á veces pérfida y á veces moralizadora, que, en nuestros días, hemos dado en dejar en suave é intelectual ironía sin propósito. Muñoz es árabe y es hiperbóreo; su nietzscheanismo sentencioso y recortado de habitante de las más altas cimas, se confunde con esa languidez de caravana, y esa fosforescencia sensual de fiera del trópico; ha sabido desentrañar el alma de los seres enigmáticos, y encontrar la fusión del amor y de la muerte, no á la manera del ridículo snobismo literario que nos rodea, sino analizando la esencia de la sangre y profundizando en los rugidos y en los relámpagos pasionales de las almas más fieras y más herméticas. Ha despedazado la carne y ha adivinado el espíritu.

«Percibí cómo en la sangre está la más alta gracia de la vida.

Y percibí cómo el amor, el divino amor animal, no está hecho sino de la crueldad, de la ferocidad y del martirio.

Cada amor es como una entraña que damos á morder á los dientes felinos de nuestras amadas.

Y en cada espasmo de amor vibran las tres divinas fuerzas de la vida: la alegría, la crueldad y la muerte.

El capítulo que intitula «La lujuria y la sangre», entraña de la novela y que sintetiza la acción, alcanza un grado de emoción casi bestial.

No puede incluirse en manera alguna en la ya pasada novela naturalista, ni en la más moderna novela erótica: es una mezcla confusa de emotividad, de lirismo y de vida.

Martirio fué otra vez mía en un espasmo con prolongaciones infernales.

Una lujuria insaciable como el ansia de asesinar galopaba por mis venas fosforescente y desesperada.

Entre mis brazos, su cuerpo de oro cálido y tremante, crujió, se descoyuntó, agonizó.

Su cabellera desatada me inundó como una ola bestial y áspera.

Mis dientes sintieron la caricia fría y sádica de sus dientes crispados.

.....

De la piel de oro saltaron unas gotas de sangre, violentas como instintos.

Yo las bebí sediento, paladeando su gustor acre animal.

De pronto Martirio se irguió como el acero de una espada curvada.

Una vida eléctrica tembló en sus miembros magnetizados.

Fué el despertar de una hiena atacada de la lujuria de la sangre.

En sus ojos brillaban impenetrables las dos negras esfinges de la locura.

Sus dientes, singularmente blancos, tenían un horror sobrehumano.

Diríase su actitud la de una criatura que viniera, desde otra vida, á revelarnos el más espantoso de los enigmas.

Nada humano quedaba en ella. Era espectral y feroz.

Un instante se encarnó en mi alma, el alma del arcángel maldito.

Un instante la llama de mi crueldad se encendió en las lumbres del infierno.

—¡Mátame!...

Su voz fué como una herida que se desgarraba, y como un alarido de maldición...

En otro capítulo, «Noche de zambra», notabilísimo como descriptivo, llega á lo íntimo de las almas de esa raza de gitanos magnética, fiera y dulce que parece llegada de Egipto ó

de la India. En «El camino de los muertos» se palpa el misterio y lo sobrenatural.

No creo, sin embargo, *Morena y Trágica* como cristalización de la novela perfecta. Antes he anotado que extraña, ahora añadiré que casi desentona en nuestra literatura, que al fin sigue la corriente moderna; no es quizás lo más propio para novelar ese estilo incisivo, agudo, en un tono demasiado alto; aunque esto ha de decirse con bastante restricción desde el momento que afecta la forma autobiográfica, y por la índole especial del asunto.

Termina paradojando, ascendiendo hasta una exaltación angustiosa y reveladora.

Mi garganta la llamó con un grito que se rompió en aullido.

Caí sobre su cuerpo.

Mordí la adelfa venenosa de su boca, gustando el perfume de su amor y de la muerte.

Su cabellera me envolvía como una ola tiránica, que me arrastrara al misterio, á la nada, á lo infinito.

Alcánzase la esencia de la DIVINIDAD y de la VIDA, más bien ésta se ha divinizado.

Puede decirse entonces con el alma «A ti que eres una y todo, divina Isis». Y á la oscura potencia creadora ofrendarle su atributo, la flor de loto. Y como ella lo es todo y nos comprende, en-

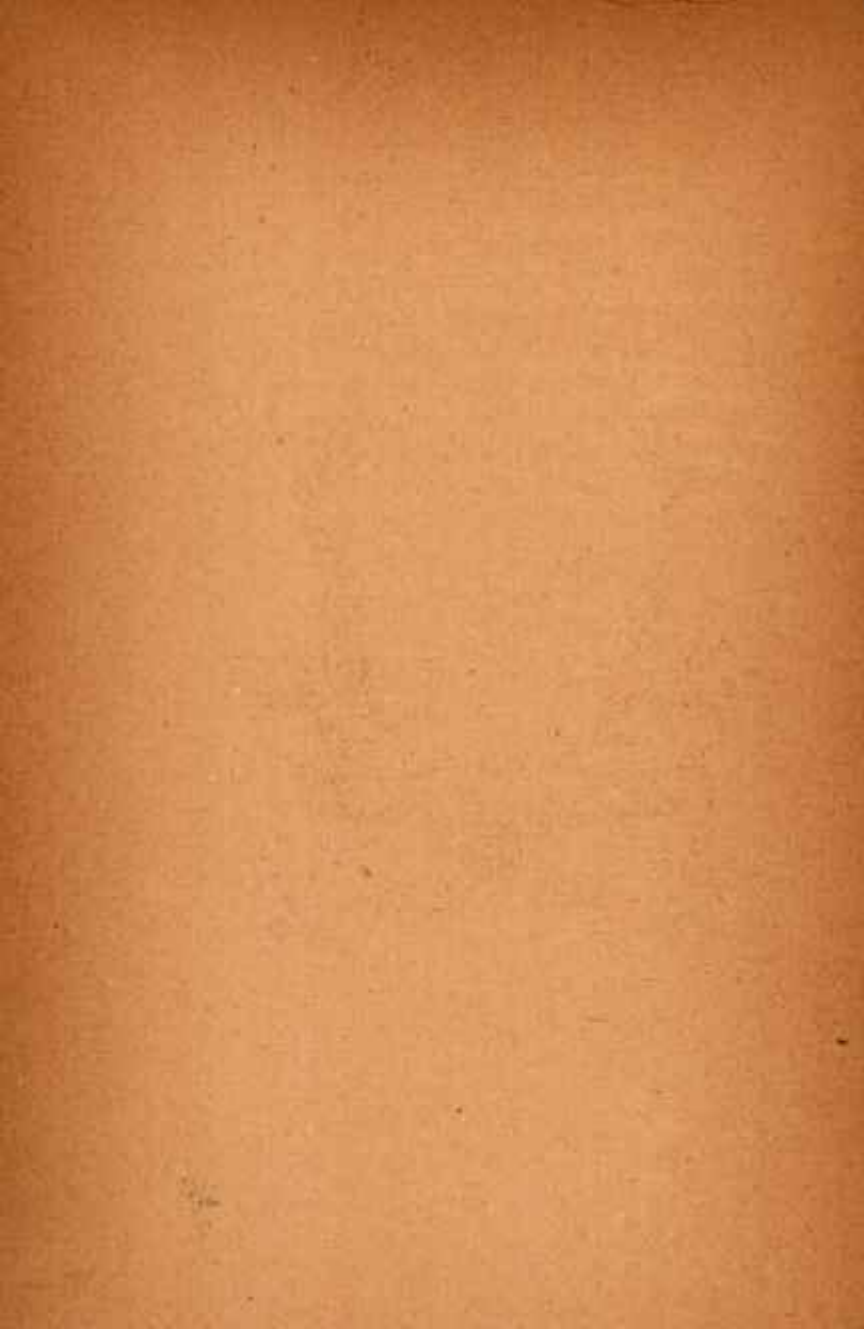
contrar en el fondo de sí mismo, en lo más subconsciente una manifestación de su divinidad y de su símbolo. ¡Oh loto que naces cual jénix!

Y atender los misteriosos conceptos de aquel Doctor Sutil, hermoso, científico y perverso que atormentó á Fra Giovanni.

—Me amarás cuando te haya hecho daño. Los hombres sólo pueden amar á los que les hacen sufrir. Y sólo hay amor en el dolor.

GUILLERMO ESCOBAR





SE
ACABÓ
DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EL DÍA
12 AGOSTO DE 1909

LIBRERIA DE PUEYO
MESONERO RO.
MANOS, 10
MADRID





Catálogo de obras modernas.

EN PROSA

Pesetas.

ACEBAL, (Francisco):

Huella de Almas (novela) 2

ALARCON (Mariano):

Obras de teatro.—Tomo I: *Moisés contemporáneo*. Contiene este tomo las siguientes obras: El éxodo (drama en cuatro actos).—
En el desierto (drama en cuatro actos).—
La tierra de promisión (drama en cuatro actos)..... 5

Tomo II.—*Del dolor al olvido*. Contiene este tomo las siguientes obras: Rescataña (drama en tres actos).—Rayo de sol (drama en un acto).—La fuerza de la corriente (La sinfonía de las aguas), drama en cuatro actos..... 5

ALVAREZ (Agustín):

La transformación de las razas en América. 2

ALVAREZ Basilio):

Por los agros celtas (prosas)..... 1

AMORÓS (Juan Bautista), Silverio Lanza:

La rendición de Santiago (novela)..... 2

El año triste (4.^a edición)..... 0 50

Cuentos escogidos. 0 50

ANTON DEL OLMET (Fernando):

Queralt, hombre de mundo (novela social)... 5

El Arma de Infantería en el levantamiento del 2 de Mayo de 1808.....	3
ANTON DEL OLMET (Luis):	
El libro de la vida bohemia.....	3 50
ARCE (Francisco de):	
Fasionales (cuentos).....	2
La Calatrava (novela).....	3
AREVALO (Joaquín de):	
Misterios del lupanar (novela)	1
ARTIGAS ARPÓN (Benito):	
Neurastenia.....	1 50
BARK (Ernesto):	
Filosofía del placer.....	3
La Invisible (novela contemporánea)	3
BARRADA (Salvador):	
Leyendas y parábolas.....	2
BARRIOBERO Y HERRAN (Eduardo):	
Cervantes de levita (crítica social).....	1
Misterios del mundo (Filosofía del suicidio)...	1
Don Quijote de la mancha (comedia lírica sobre la base de la obra del inmortal Cer- vantes).....	3
Cuerrero y algunos episodios de su vida mila- grosa (novela documentaria).....	2
Sincerasto el parásito (novela de costum- bres romanas).....	3
Juerga y doctrina (zarzuela en un acto).....	1
BENAVENTE (Jacinto):	
La gata de angora (comedia en cuatro actos).	2
BRAVO (Emilio):	
Sueños y realidades (novela).....	1

BRAVO CARBONELL (J.):

El Toledano Rojas, obra premiada..... 3

BUENO (Manuel):

Almas y paisajes (cuentos)..... 2 50

A ras de tierra..... 1

BUSTO SOLIS (J. del):

Cuadros de la vida..... 2

BUSTO TAVERA:

El libro de mi alba (novela)..... 2

CADENAS (José Juan):

La corte del Kaiser. (Un año en Alemania.) 3

CALONGE (Enrique):

De una vida (cuarteleros)..... 1

CAMBA (Francisco):

Camino adelante (novela)..... 2

CANEL (Eva):

El agua turbia (novela)..... 4

Las manos muertas (novela)..... 3

La pola (novela)..... 3

CANITROT (Prudencio):

Cuentos de abades y de aldea..... 3

CANOVAS Y VALLEJO (José):

Cuentos de éste..... 2 50

El compañero de viaje..... 2

CARRETERO (Manuel):

El Triunfo de la Vida (novela), con ilustraciones de Romero de Torres..... 3

CASCALES (José):

El apostolado moderno. Estudio histórico-crítico del socialismo y el anarquismo..... 2

CESTERO (Tulio M.):

Sangre de primavera (prosas)..... 3

CIGES APARICIO (M.):	
Los vencedores (novela).....	3
CUERO Y PITA-PIZARRO (Luis de):	
La hija de Fedra (novela).....	2
DARIO (Rubén):	
Azul.....	1
Opiniones.....	3 50
Los raros.....	2
DELGADO CARRASCO (J.):	
A flor de vida (novelas cortas).....	2
DELORME (Rafael):	
Los aborígenes de América	3
DIAZ CANEJA (Juan):	
La cumbre (novela).....	3
DICENTA (Joaquín):	
De piedra á piedra (cuentos).....	3
Crónicas.....	2
Cuentos.....	0 25
DOMINICI (Pedro César):	
La tristeza voluptuosa (novela).....	2
Dyonisos (novela).....	5
El triunfo del ideal (novela).....	5
DONOSO CORTÉS (Ricardo):	
Alma sin lares (novela).....	2
DORIO DE GADEX:	
Tregua (novela).....	2
Lolita Acuña (novela).....	2
Un cobarde (prosas).....	2
La educación de una princesa, ejemplo novelesco.....	2
D'ORS (Eugenio):	
La muerte de Isidro Nonell (Narraciones arbitrarias).....	3

EDO (Carlos):	
Y va de cuentos... (prosas).....	3
ENSEÑAT (Juan B.):	
Los amores de Catalina de Médicis (novela histórica)	1
ESTRADA (Domiciano):	
¡Libertad!... (novela).....	2
FABRA (Nilo María):	
El problema social (prólogo de Emilio Cas- tellar).....	3 50
FERNANDEZ VAAMONDE (Emilio):	
Al vuelo (cuentos y apuntes).....	2
FERRANDIZ (José):	
Memorias de una monja (novela).....	2
Manuscrito de una monja (idem).....	2
La muerte del microbio.—Mendicidad,.....	3
FIGUERAS (Mariano):	
Prematura vejez (novela).....	2
FRANCES (José):	
Guignol (teatro para leer).....	1 50
El teatro asturiano.....	1
GARCIA (José Jesús):	
Broza (cuentos)	3
GARCIA MERCADAL (J.):	
Del Jardín de las Doloras (impresiones)....	1
Frente á la vida (crónicas).....	3
Zaragoza en tranvía.....	1
Ante el centenario (Zaragozanas).....	1
GARCIA SANCHIZ (Federico):	
Por tierra frágosa.....	1 50
Las siestas del cañaveral.....	1 50
La comedieta de las venganzas.....	2

GEREDA (Eduardo G.):

Tipos de clínica (Escenas cómicas) 2

GOMEZ (Juan Bautista):

Vibraciones..... 2

GOMEZ CARRILLO (Enrique):

El modernismo 3 50

Grecia..... 3 50

Psicología de la moda femenina..... 1 50

Entre encajes..... 2

El alma encantadora de Paris..... 2

GOMEZ DE LA SERNA (R.):

Morbideces (prosas)..... 2

GONZALEZ (Nicolás Augusto):

La llaga (novela)..... 3

GONZALEZ ANAYA (Salvador):

Rebelión (novela)..... 3 50

Los alquimistas. Estudio sobre la alquimia y
sus adeptos..... 2

GONZALEZ BLANCO (Andrés):

Salvador Rueda y Rubén Darío..... 3 50

Vicente Blasco Ibañez, su vida y sus obras. 1

GONZALEZ BLANCO (Edmundo):

Las iglesias del Estado..... 1

GONZALEZ (Joaquín V.):

Historias íntimas..... 2

GONZALEZ HERVÁS (Justo):

Vértigo en altura (novela)..... 2

GUARDIOLA VALERO (Eliseo):

Importancia social del arte..... 3 50

GUERRA (Angel):

De mar á mar (novelas cortas)..... 1

HAMLET-GOMEZ:

Inri.—El pantano (dos novelas)..... 3

	<u>Pesetas.</u>
Del alma de Andalucía (novela).....	3
HÉCTOR ABREU (Manuel):	
Aves de paso (novela).....	3 50
Novelerías.....	3
Amazona (novela).....	3
El Espada (novela del toreo).....	3
Dominio de faldas (psicología masculina).....	2
Matar por matar (novela).....	3
Niño bonito (novela del toreo).....	2
HEREDIA (Rafael):	
A toda máquina.....	1 50
HERNANDEZ CATÁ (Alfonso):	
Cuentos pasionales.....	1 50
Novela erótica.....	3
HERNANDEZ Y CID (A.):	
El genio de la especie (drama).....	3
HERRERO DE VIDAL (Melchora):	
Para las mujeres (Reflexiones y consejos)....	2
HOYOS (Julio):	
El dolor de la casa (novela).....	2 50
Los ojos del lazarillo (cuentos).....	2
HOYOS Y VINENT (Antonio de):	
Frivolidad (novela).....	3 50
Mors in vita (novela).....	4 50
A flor de piel (novela).....	3 50
Los emigrantes (novela).....	3 50
HUERTOS (Luis G.):	
Hampa (novela).....	2
Resum (prosas).....	2
ICAZA (Francisco A. de):	
Examen de críticos.....	2
IGLESIA (Alvaro de la):	
Adoración (novela).....	2

IGLESIA VARO (Antonio de la):	
Angustias Salazar (novela).....	3
IGLESIAS (Prudencio):	
De mi museo (prosas).....	2
INSÚA (Alberto):	
Don Quijote en los Alpes (viajes).....	3
<i>Historia de un escéptico</i>	
En tierra de Santos (novela).....	3
La hora trágica (novela).....	3
El triunfo (novela).....	3
INSÚA (Waldo A.):	
Deseada (novela).....	3
Alma nueva (novela).....	1 50
JORDAN (Luis María):	
La túnica del sol.....	2
JUST LLORET (Joaquín):	
Inglaterra árbitra de España (artículos)....	1
LABALLE COBO (Jorge):	
Voces perdidas (novelas cortas).	4
LA IGLESIA (Gustavo):	
Caracteres del anarquismo en la actualidad..	6
LARRUBIERA (Alejandro):	
Camino del pecado (novela)	2
LEYVA (Nicolás):	
Cuentos en papel de oficio.	3
LOPEZ AYDILLO (Eugenio):	
Galicia ante la solidaridad.....	1 50
LOPEZ BALLESTEROS (Luis):	
La cueva de los buhos (novela):.....	3
Lucha extraña.....	3
LOPEZ CAMPAÑA (Perfecto):	
Fanfarria de prejuicios (prosas).....	3
LOPEZ DE HARO (Rafael):	
En un lugar de la Mancha (novela).....	2

Dominadoras (novela).....	3
El salto de la novia (novela).....	3
Batalla de odios (novela).....	3
Floración.—Del amor y del pudor (novela).	3
LOPEZ ORENSE (Daniel) «Fantasio»:	
El placer de amar (novela).....	3
LOPEZ ORTIZ DE LEON (Angel):	
Arpegios (prosa y verso).....	2
LORIENT (Mytil):	
El dependiente	1 50
La mujer educada.....	1
La aventurera antillana (novela).....	2
MARTIN RUIZ (Leocadio):	
Tierra sultana (prosas)	1 30
Canciones del llano.....	2
MARTINEZ BARRIONUEVO (Manuel):	
Heroínas (novela).....	3
Paca Cielos (novela española).....	3
MARTINEZ OLMEDILLA (Augusto):	
La caída de la mujer (novela).....	3
Memorias de un afrancesado (ídem).....	3
Salvador Rueda,—Su significación, su vida, sus obras.....	0 23
El mirlo blanco (novela).....	1
El tormento de Sisifo (novela).....	3
MARTINEZ-RUIZ (José) «Azorín»:	
Los hidalgos (La vida en el siglo XVII).	1 50
MARTINEZ SANTONJA (J.):	
Misión social de la juventud intelectual es- pañola.....	1
MARTINEZ SIERRA (Gregorio):	
Teatro de Ensueño	4

Motivos.....	5
La tristeza del Quijote.....	4
Hamlet y el cuerpo de Sara Bernhardt.....	2
Pascua Florida.....	2
La feria de Neuilly.....	4
Aldea ilusoria.....	4
La sombra del padre (comedia).....	3
El peregrino ilusionado.....	4
El agua dormida (prosas).....	3 5
MAS Y PI (Juan):	
Ideaciones	2
MELIÁ (Juan A.):	
Alma rebelde (prosas).....	3
MESA (Enrique de):	
Flor pagana (prosas).....	3
MILEGO (Julio):	
El teatro en Toledo durante los siglos XVI y XVII.....	3
Emilio Castelar (estudio crítico).....	3
MIRANDA CARNERO (P.):	
La hidalga (novela).....	3
Manuel Pérez (novela), con un prólogo de Si- nesio Delgado.....	3
MIRÓ (Gabriel):	
Del vivir (novela).....	2
Hilvan de escenas (prosas).....	2
La mujer de Ojeda (novela).....	2 50
La novela de mi amigo.....	2
MONTON PALACIOS (Clemente):	
De Marruecos.....	1 50
Una vida al abismo (novela).....	2
MORA (Fernando):	
Venus rebelde (novela).....	3

Los vecinos del héroe (novela).....	3
MORENO (Francisco), <i>Doctor Moorne</i>:	
Biblioteca de Estudios Orientales.	
I <i>La impostura religiosa</i> . El génesis y sus falsas interpretaciones.....	3
II <i>La evolución simio-humana y el desarrollo de la inteligencia en el hombre</i>	4
III <i>La impostura sacerdotal</i> . Orígenes del cristianismo y su desviación.....	3
MOROTE (Luis):	
La conquista del Mogreb.....	I
De la dictadura á la república. (La vida política en Portugal.).....	I
Pasados por agua.....	I
Rebaño de almas.....	I
MORRIS (Guillermo):	
Noticias de ninguna parte.....	I
MUÑOZ (Isaac):	
Vida (novela).....	I
Voluptuosidad (novela).....	3
Morena y trágica (idem).....	3
El Libro de las victorias.—Diálogos sobre las cosas y sobre el más allá de las cosas....	3
La fiesta de la sangre (novela mogrebina)..<	3
MUÑOZ SAN ROMAN (José):	
Seqüía (novela andaluza).....	2
MURGER Y BARRIERE:	
La bohemia (comedia en cuatro actos)....	2
NERVO (Amado):	
Almas que pasan (últimas prosas) — — — —	3 50
Otras vidas (novelas cortas).....	3 50
NUÑEZ DE PRADO (G.):	
Dramas del anarquismo.....	I

Cantaores andaluces.....	1
ORTIZ DE PINEDO (Adelardo):	
La sima (novela).....	2
Oriente 1953 (novela).....	2
ORY (Eduardo de):	
Desfile de almas (prosas).....	2
PADILLA (Rafael):	
España actual.....	3 50
PAGANO (José León):	
Cómo estrenan los autores	2
El dominador	1
Bárbaros y europeos.....	2
PALOMERO (Antonio):	
Mi bastón y otras cosas por el estilo.....	2 50
PAMPLONA ESCUDERO (Rafael):	
Juego de damas (novela).....	3
Engracia (novela).....	1
La tierra prometida.....	1
PARDO BAZAN (Emilia):	
La sirena negra (novela)	3 50
Pascual López (novela).....	3
PEDROSA (Ricardo):	
Amor es vida (novela).....	2 50
PEREZ ZÚNIGA (Juan):	
Seis días fuera del mundo. (Viaje cómico) ..	2
Pura broma (artículos cómicos)	1
Tipos raros.....	1
Buen humor.....	2
QUILIS PASTOR (José):	
Alborada (novela).....	1 50
La fuente del Zarzal (cuentos de aldea)...	2
RAHAVANEZ (Rodrigo de):	
Caprichos.....	2

RAMIREZ ANGEL (Emiliano):

La tirana (novela).....	1
Madrid sentimental (prosas).....	1 50
Cabalgata de horas (novela).....	3

RAMOS (Fernando) y BRAVO (Marcelino):

Alma y carne (novela extremeña)....	2
-------------------------------------	---

RAMOS MEJIA (José María):

Los simuladores del talento.....	2
----------------------------------	---

RÉPIDE (Pedro de):

La enamorada indiscreta.—Agua en cestillo, —No hay fuerza contra el amor. (Tres no- velas en un tomo)	3
El Madrid de los abuelos.....	2
La casa de todos (comedia en un acto).....	1
Los majos de plante (sainete).....	1

REYNA ALMANDOS (Luis):

Mar y cielo.....	2
------------------	---

RIZAL (José):

Noli me tângere (novela).....	1
El filibusterismo (novela), dos tomos.	2

RÓDENAS (Miguel A.):

Tierras de paz.....	3
Romeros del dolor (novela).....	1 50

RODRIGUEZ ALCALA (José María):

Camino de abrojos (novela).....	3
---------------------------------	---

RODRIGUEZ AVECILLA (C.):

Rincón de humildes (crónica de un viejo café). ..	2 50
---	------

RODRIGUEZ EMBIL (Luis):

Gil Luna, artista (novela).....	2
---------------------------------	---

ROJAS (Ricardo):

El alma española.....	1
El país de la selva.....	5

ROMERA NAVARRO (M.):

Ensayo de una Filosofía feminista. Refutación á Moebius..... 3

RUEDA (Salvador):

La cópula (novela), segunda edición..... 3

RUIZ CONTRERAS (Luis):

Mis jesuitas..... 1

RUSIÑOL (Santiago):

Pájaros de barro..... 5

Desde el molino (impresiones de arte)..... 5

La madre.—Cigarras y hormigas (drama)..... 3 50

Desde el molino (edición económica)..... 1

Vida y dulzura (comedia)..... 2

Buena gente (comedia en cuatro actos).—El enfermo crónico (comedia en un acto)..... 5

La fea (drama en tres actos).—El buen policía (comedia en dos actos)..... 5

Aleluyas del señor Esteban (novela)..... 3 50

SALAVERRÍA (José María):

Vieja España (Impresión de Castilla)..... 2 50

Nicéforo el bueno (novela)..... 3

La virgen de Aránzazu (novela)..... 3

SALAZAR (Rodolfo):

Risas y lágrimas (novela en cuatro capítulos). 0 50

SALVADOR Y RAMON (José):

Siluetas ácratas..... 1 50

SASSONE (Felipe):

Malos amores (novela)..... 2

Almas de fuego (novelas cortas)..... 3

Vórtice de amor (novela)..... 3

SAWA (Miguel):

Ave fémina..... 1

SEVILLA (Alberto):

Gazapos literarios 2

SEVILLA RICHART (Emilio):

Brasas y nieve (novela) 3

SILES (José de):

La novia de Luzbel.... 1

La casa de la alegría..... 1

El lobo y la oveja..... 1

El drama del Calvario (leyendas místicas).... 1

Boda buena y boda mala..... 1

El cincel y la paleta..... 1

Acuarelas del redondel (narraciones taurinas). 1

Cielos y abismos..... 1

Memorias de un patriota... 1

La estatua de nieve 1

La copa de veneno..... 1

El paraíso de los pobres. 1

La hija del fango (novela)..... 1

Historias de amor..... 1

El asesino de Lázara... 1

El calavera (comedia en un acto) 1

La pícara Cornelia (novela picaresca).. 1

La niña del fraile (ídem). 1

SORIANO CAÑAS (Rafael):

Cartas de mujeres. (Contestaciones á las de Jacinto Benavente)..... 0 60

SUAREZ DE PUGA (Antonio):

Pan de centeno (novela gallega)... 2

Lluvia de fuego (novela)..... 2

SYLVA (Carmen):

El haya roja (novelas cortas);... 1

TABOADA STEGER (Ricardo):

El soplo del diablo (prosas) 2

TOMEY (Julio Víctor): *León Fogoso*.

Carcajadas.....	2
Escenas aragonesas	2

TRIGO (Felipe):

Las ingennas (novela), dos tomos.....	7
La sed de amar (novela)....	3 50
Alma en los labios (noveia).....	3 50
Del frio al fuego (ellas á bordo), novela.....	3 50
La Altisima (novela).....	3 50
El amor en la vida y en los libros.....	3
Socialismo individualista.....	3
La Bruta (novela).....	3 50
La de los ojos color de uva (novela).....	3
El Barón de Lavos (novela de Abel Botelho traducida del portugués), 2 tomos.....	6
Sor Demonio (novela).....	3 50
En la carrera (idem).....	3 50
Cuentos ingenuos.....	2

TRIVIÑO (Cayetano):

Doctrina para el amor.....	2
Lógica forma social.:.....	2

URBANO (Rafael):

El Sello de Salomón (un regalo de los dioses).	2
--	---

URBANO (Ramón A.):

Moisés (novela).....	2 50
Sobre ruinas (idem).....	2
La embajadora (idem).....	2
Fortaleza (novela ilustrada).....	3
De capa y espada (cuentos).....	2

VALCARCEL (Manuel) y MARTIN DE SALA
ZAR (Julián):

Amelia (novela).....	2
----------------------	---

VALLE (Adrián del):

Por el camino (novelas cortas)..... 2

VALLE-INCLAN (Ramón del):

Sonata de Primavera (novela)..... 2

Sonata de Estío (idem)..... 2

Sonata de Otoño (idem)..... 2

Sonata de Invierno (idem)..... 2

Flor de Santidad (idem)..... 2

Aguila de blasón (comedia bárbara)..... 3 50

Jardín novelesco.—Historias de santos: de
almas en pena: de duendes y de ladrones.. 3 50

El Marqués de Bradomín (novela)..... 3 50

Historias perversas..... 2

Romance de lobos (novela)..... 3 50

El yermo de las almas (novela)..... 3 50

Los cruzados de la causa (novela)..... 3 50

El resplandor de la hoguera (idem)..... 3 50

Cofre de sándalo (prosas)..... 3 50

Corte de amor (novela)..... 3 50

VARELA (Benigno):

Estrellas con rabo (novelas cortas), prólogo
de D. José Nakens..... 1 50

Senda de tortura (novela) 3

VASSEUR (Alvaro Armando): *Américo Llanos.*

El memorial (prosas)..... 3

VENERO (Carlos):

Amor de verano (novela)..... 2

VICENTE (Angeles):

Teresilla (novela)..... 2

Los Buitres (cuentos)..... 2

VIDAL (Pepita):

Cosas que pasan (prosa ligera)..... 2 50

VILLAESPESA (Francisco):

Zarza florida ò el milagro de las rosas (novela) 2 50

La Gioconda (comedia de D'Annuzzio, traducida del italiano) 3 50

VILLEGAS (Manuel F.):

Plevit super illam (novela) 3

El palacio de las brujas 2

VILLEGAS Y BERMUDEZ DE CASTRO

(Ramón):

Géminis (novelas cortas) 3

ZAHONERO (José):

Cuentos pequeños 4

La divisa verde (novela corta) 0 75

ZAMACOIS (Eduardo):

Río abajo (prosas) 3

Punto negro (novela) 3

Desde el arroyo (crónicas) 1

Desde mi butaca 3

Nochebuena (comedia en un acto) 1

El pasado vuelve (comedia en un acto) 1

ZAYAS (Antonio de):

Ensayos de crítica histórica y literaria 3 50

ZORRILLA DE SAN MARTIN (Juan):

Resonancias del camino 2

Huerto cerrado.—Mitre-Gómez-Lavalleja 2

EN VERSO

ABRIL (Manuel):

Canciones del corazón y de la vida 2

AGUILAR Y TEJERA (Agustín):

Salterio 1

BACHILLER CANTA CLARO (El):

Los señores diputados, 400 semblanzas en verso, con prólogo de Galdós..... 2

BACHILLER KATACLÁ:

Epigramas 2

BARRANTES (Pedro):

Tierra y cielo..... 3

Anatemas..... 2

BARREDA (Ernesto Mario):

Talismanes..... 2

BLANCO FOMBONA (Rufino):

Pequeña Opera lírica..... 2

BRENES MESEN (Roberto):

En el silencio..... 3

BRIGA (Augusto):

Mundanas..... 3

CARRERE (Emilio):

Románticas..... 1

El caballero de la muerte..... 3

CASTRO (Cristóbal de):

El amor que pasa..... 3

Cancionero galante..... 3 50

CASTRO (Rosalia de):

En las orillas del Sar..... 3 50

CATARINEU Ricardo J.:

Estrofas..... 2

CONTRERAS (María del Pilar):

Entre mis muros..... 3

Páginas sueltas..... 2 50

CUQUERELLA (Félix):

Del amor..... 2

CURROS (Enriquez M.):

Aires da miña terra..... 3

CHOCANO (José Santos):

Los conquistadores (drama heroico en tres
actos)..... 2

Fiat Lux (poesías))..... 4

DARIO (Rubén).

Cantos de vida y esperanza..... 5

Prosas profanas..... 5

Canto errante..... 3

DIEZ CANEDO (Enrique):

Versos de las horas..... 2

La visita del sol..... 2

Del cercado ajeno..... 8

FABRA (Nilo):

Interior..... 3

Ingenuamente..... 2

FERNANDEZ RÍOS (Ovidio):

Por los jardines del alma..... 3

FERNANDEZ VAAMONDE (Emilio):

Diálogos..... 2

Después del desastre..... 1

FORTÚN (Fernando):

La hora romántica..... 2

GARCIA VALENZUELA (G.):

Rumor de notas..... 2

GARCÍA VELA (J.):

Hogares humildes..... 2

GIL ASENSIO (Federico):

Como la vida..... 1

GINÉS (Agustín):

Primicias..... 1

GODOY Y SOLA (Ramón de):

Aspiraciones... 2

GOMEZ JAIME (Alfredo):

Rimas del Trópico... 3

GONZALEZ ANAYA (Salvador):

Medallones... 2

Cantos sin eco (prólogo de Manuel Reina)... 2 56

GUTIERREZ (Enrique F.):

Cascabeles de oro... 2

ICAZA (Francisco A. de):

Lejanías... 2

La canción del camino... 2

Efímeras... 2

JIMENEZ (Juan R.):

Ninfeas... 3

Elegías puras... 2

Las hojas verdes... 2

JURADO DE LA PARRA:

Los del teatro... 3

LASTRA (Juan Julián):

Las rosas del deseo... 2

LOPEZ (Luis C.):

De mi villorrio... 2

Posturas difíciles... 2

LOPEZ ALARCON (Enrique):

Constelaciones... 3

Gerineldo (Poema de amor y caballería)... 3

Las manos largas (vandeville)... 3

LOZANO (Carlos):

Acuarelas... 2

MACHADO (Antonio):

Soledades-Galerías-Otros poemas... 3

MACHADO (Manuel):

Alma-Museo-Los cantares... 3

Caprichos... 3

La fiesta nacional... 75

MARQUES DE CAMPO:

Estampas... 2

MARIN BALDO (Jacobo M.):

Madrigales... 3

MARTINEZ SIERRA (Gregorio):

La Casa de la primavera... 3 50

MENDILAHARSU (Julio Raul):

Como las nubes... 3

MESA (Enrique de):

Tierra y alma... 2

MOLINA (Gonzalo):

Rimas Bohemias... 2

MONTERREY (Manuel):

Madrigales floridos... 2

MORALES (Tomás):

Poemas de la Gloria, del Amor y del Mar... 2 50

NAN DE ALLARIZ (Alfredo):

Fuime de palla... 3

NERVO (Amado):

Poemas... 5

Perlas negras. (poesías)... 5

ORTIZ DE PINEDO (José):

Dolorosas... 2

Poemas breves... 2

Huerto humilde... 3

ORY (Eduardo de):

La primavera canta... 1 50

El pájaro azul... 1 50

Laureles rosas	1 50
Bouquet de Azucenas	1
La musa nueva (Florilegio de rimas modernas)	3
Mariposas de oro	4
OTÉYZA (Luis de):	
Brumas	2
Baladas	2
PALAU (Melchor de):	
Verdades poéticas	2
PASO (Manuel):	
Poesías	0 50
PELAYO (Miguel):	
Evocaciones	2
PUJOL (Juan):	
Ofrenda á Astartea	2
Jaculatorias	2
QUILIS PASTOR (J.).	
Leyendas hispano-americanas	2
RÉPIDE (Pedro de):	
Libertad (poema)	1
Las canciones de la sombra	3
RIVAS (José Pablo):	
Los cantos de la aurora	3 50
La ranchera del Jamapa	1
ROSADO VEGA (Luis):	
Alma y sangre	8
Sensaciones	3
Libro de ensueño y de dolor	6
RUEDA (Salvador):	
Trompetas de órgano	2
Lenguas de fuego	2
En la vendimia	0 25
Fuente de salud	2

SALAZAR (Rodolfo de):	
Ecos del alma.....	2
SALVADOR (Luciano):	
De un poeta muerto (rimas amorosas).....	1
SANCHEZ RODRIGUEZ (José):	
Alma andaluza.....	2
SANDOVAL (Manuel de):	
Cancionero.....	3
SHERIF (Leonardo):	
Versos de Abril.....	2
SILÉS (José de):	
Los fantasmas del mundo.....	1
El diario de un poeta.....	1
Musa retozona.....	1
El carnaval eterno.....	1
VAL (Mariano Miguel de):	
Edad dorada.....	3 50
VALENZUELA (José de):	
Almas y Cármenes.....	8
VALERO MARTIN (Alberto)	
Ninón.....	2
VALLE-INCLAN (Ramón del):	
Aromas de leyenda.....	3
VARIOS AUTORES:	
La corte de los poetas.—Florilegio de rimas modernas.—Forma un elegante tomo de 348 páginas y contiene 173 composiciones en verso de los mejores poetas modernos españoles é hispano americanos,.....	4
Poesías revolucionarias.....	1
VASSEUR (Alvaro Armando) <i>Américo Llanos:</i>	
A flor de Alma.....	2

VERDUGO (Manuel):

Hojas..... 2

VIDAL (Pepita):

Lira andaluza..... 3 50

VILLAESPESA (Francisco):

Tristitiæ rerum (La Tristeza de las cosas).. 3

Las canciones del camino..... 2

Carmen..... 2

Rapsodias..... 2

El patio de los Arrayanes..... 2

Viaje sentimental (2.^a edición)..... 3

El mirador de Lindaraxa..... 3

El libro de Job..... 3

Las horas que pasan..... 3

El jardín de las Quimeras..... 3

La copa del Rey de Thule (2.^a edición).... 3

ZAYAS (Antonio de):

Joyeles bizantinos..... 4

Retratos antiguos..... 3

Paisajes..... 3

Noches blancas..... 4

Leyenda..... 4